



Cruel mentira



Dos años atrás, en un momento de angustia, Claudia le había dicho a Morgan Stone que el bebé que ella había perdido era su hijo. Ella dejó que Morgan creyera que sus crueles palabras habían sido las responsables de la pérdida.

Ahora Morgan regresaba a su vida… y su mentira estaba a punto de atraparla. Mientras su proposición comercial era estrictamente legítima, sus tácitas caricias embriagaron sus sentidos con el calor de las sensaciones no del todo olvidadas. ¿Era éste un acto calculado de venganza? Y si no fuera así, ¿qué era lo que no dejaba a Claudia decirle la verdad a Morgan?



Susan Napier

Cruel mentira

Bianca - 882

ePub r1.0
LDS 19.04.16

Título original: *The Cruelest Lie*
Susan Napier, 1997
Traducción: Íñigo Azurmendi Muñoa

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

¡ESTÁ embarazada!

Claudia, que había encontrado muy pocos motivos para reír durante los pasados meses, bajó la mirada hacia su abultado vientre, cubierto por un ligero vestido de algodón y sintió que su espíritu se animaba.

—¡Dios santo, es cierto! —exclamó en tono horrorizado, mirando al desconocido que la observaba desde el umbral de la puerta con el ceño fruncido—. ¡Y pensar en todo el dinero que he malgastado en dietas!

En lugar de divertirle, la broma de Claudia hizo que el hombre frunciera aún más el ceño y que su boca se cerrara en una tensa línea. Era alto y delgado, con un pelo intensamente negro que contrastaba con su pálida piel y la sombra de una barba que acentuaba el gesto amenazador de sus ojos entrecerrados contra el sol de la tarde. De hecho, si no hubiera sido por el elegante traje gris y la discreta corbata de seda que vestía, que revelaban una buena posición económica y excelente gusto, Claudia tal vez se habría asustado. Supuso que se habría equivocado de puerta.

—Muy gracioso.

La acida respuesta del hombre hizo que Claudia se sintiera aún más divertida.

—Gracias, a mí también me lo ha parecido. ¿Suele empezar las conversaciones con desconocidos afirmando lo evidente?

—Si hay alguien evidente aquí, es usted… Muy evidente —el tono de desagrado con que replicó el hombre y la referencia al abultado abdomen de Claudia hizo que el buen humor de ésta desapareciera. Obviamente, era demasiado estirado como para apreciar sus bromas. Por otro lado, a nadie le gustaba que se

mofaran de uno por una honesta equivocación y no era justo por su parte jugar con su ignorancia, pero no pudo evitar un intento más.

Suspiró.

—De acuerdo, morderé el anzuelo. ¿Qué vende? ¿Aspiradoras? ¿Enciclopedias? —Claudia adoptó la típica actitud de una atareada ama de casa, sabiendo que aquel hombre no podía ser un vendedor, y menos aún de los que iban por las casas. Le faltaba algo imprescindible para aquel trabajo: tacto y encanto.

El hombre se puso aún más rígido al oírle decir aquello.

—No vendo nada.

—A mí no, desde luego —asintió Claudia—. Es su primer día de trabajo, ¿no? Desde luego, debe hacer algo respecto a su técnica de ventas si espera vivir de…

—¡No soy vendedor! —la voz del hombre vibró peligrosamente y Claudia decidió que había llegado el momento de suavizar las cosas utilizando parte de su famoso tacto.

—Por supuesto que no… —empezó a decir, pero fue interrumpida de inmediato.

—¡No me trate con condescendencia… señorita Lawson!

El énfasis en su estado de soltera y el comprobar que conocía su identidad cayeron como un jarro de agua fría sobre Claudia, anulando por completo su buen humor y aclarando las razones del despectivo tono acusador utilizado por el hombre.

Últimamente, Claudia se había enfrentado demasiado a menudo con el rostro de los prejuicios y la intolerancia como para no reconocerlo de inmediato. La media sonrisa que había suavizado las líneas de su delgado rostro se desvaneció por completo. De pronto se sintió expuesta a la intensa luz del sol de verano y odió a aquel hombre por hacerla consciente de su terrible vulnerabilidad.

¿Sería un periodista? No, no más que un vendedor. Los periódicos no pagaban lo suficiente a sus reporteros como para que se compraran trajes de mil dólares.

—Entonces vaya directamente al grano, señor… —Claudia alzó las cejas en un gesto que sabía que enfatizaba la natural arrogancia de sus delicados rasgos. Chris la había llamado hermosa y, a pesar de que ella pensaba que su rostro era demasiado afilado para los patrones de belleza convencional, le había hecho creerlo. Y aquellos días estaba aún más afilado, debido a las náuseas que alteraban

constantemente su apetito y al esfuerzo de mostrar un rostro valiente y despreocupado frente al mundo.

El hombre ignoró su orden implícita.

—¿Está Mark en casa?

—¿Mark? —Claudia esperaba algún otro ataque y aquella inocente pregunta referida a su inquilino la tomó por sorpresa.

—Mark Stone.

—Mark Stone —Claudia repitió el nombre lentamente para darse tiempo a pensar. ¿Inocente? ¿Aquel hombre? Definitivamente, no. ¿Buscaba información sobre ella o sobre Mark? ¿Sería él el motivo de que Mark se hubiera comportado de forma tan extrañamente culpable durante las últimas semanas? ¿Se habría metido en algún lío y no había querido añadir más preocupaciones a las que ella ya tenía?

Claudia volvió a observar a su visitante, que esperaba una respuesta sin disimular su impaciencia. La apariencia de riqueza no era garantia de integridad y honestidad, y Claudia tenía muy buenas razones para saberlo. En aquella segunda ojeada, comprobó que la elegante vestimenta no disimulaba la amenaza de la boca ladeada del hombre, la fría mirada de sus ojos entrecerrados ni la tensión de los músculos de su cuello y hombros. Había ido allí esperando encontrarse con problemas y decidido a manejarlos agresivamente. «Implacable», fue el descriptivo epíteto que saltó a la mente de Claudia.

¿Sería un timador, o una especie de matón contratado para cobrar una deuda? Miró por encima del hombro del desconocido, fijándose en el coche que había aparcado tras la verja. Un Jaguar plateado tan fríamente sofisticado como el hombre que tenía ante sí.

—No está aquí —contestó finalmente. El hombre no se inmutó al oírla.

—Sé que vive aquí —por el tono de su voz parecía estar retando a Claudia a que lo negara.

—Pues lo siento, pero no está en casa —replicó ella, sin ocultar su satisfacción.

—¿De verdad? —el hombre tampoco trató de ocultar su incredulidad—. ¿No está en casa, o sólo no está en casa para mí?

—Ya que no sé quién es usted, supongo que ambas cosas —

replicó Claudia secamente.

—Esperaré.

—Hágalo —unos ligeros destellos dorados brillaron en los ojos color caramelo de Claudia. Esperaba que el traje de aquel hombre se tostara mientras aguardaba a una víctima que nunca llegaría, aunque, sin duda, su caro coche tendría aire acondicionado.

—Gracias —antes de que Claudia se diera cuenta de lo que estaba haciendo, el hombre pasó ágilmente junto a ella y recorrió el pasillo de la casa, asomándose a las habitaciones que daban a ambos lados.

—¡Hey! ¿Qué cree que está haciendo? Claudia había dejado todas las puertas abiertas para que hubiera corriente. Para cuando alcanzó al hombre,éste ya había inspeccionado la cocina, el baño y los dos dormitorios, uno de los cuales contenia una cama doble, y el otro un diván, una mesa y una silla y una cuna parcialmente montada.

Sabiendo que no había forma de detenerlo por la fuerza, Claudia entró precipitadamente en el cuarto de estar en forma de L antes que él. Sentía que la energía hervía en su interior, anulando el letargo que había sido un compañero constante durante su embarazo.

—¡Como habrá comprobado, Mark no está aquí! —reiteró sarcásticamente—. Tal vez quiera mirar en los armarios y levantar las alfombras para asegurarse de que no está en el sótano.

—¿Tiene sótano?

Claudia parpadeó. ¿Acaso carecía aquel hombre de todo sentido del humor o de la medida?

—¡No! —«espetó—. Ojalá lo tuviera. ¡Al menos así tendría algún lugar en que encerrarlo hasta que vinieran a recogerlo los loqueros!

—¿Piensa que estoy loco? Todavía no ha visto nada, señorita Lawson —de manera que podía sonreír, pero no fue un consuelo. De hecho, la curva ladeada de sus labios resultaba de lo más inquietante. Incluso más que sus ojos. Ahora que no los tenia entrecerrados para protegerse de la luz del sol, Claudia comprobó que eran de un precioso azul intenso. Los contundentes rasgos y la dura mandíbula resultaban poco atractivos debido a su rudeza, pero aquellos ojos resultaban casi hipnóticos en su vivido esplendor—. ¿Dónde está?

Claudia tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada del rostro del hombre.

—¿Por qué iba a decírselo?

—¿Porque lo pregunto?

Claudia estuvo a punto de echarse a reír.

—¿A eso le llama preguntar? Yo lo llamo arrogancia e invasión de la intimidad.

—No sabía que le quedara ninguna intimidad que invadir, señorita Lawson —dijo él con cínico desprecio, mirándola penetrantemente—. Tal y como usted y su famoso amante se han divertido con la prensa dudo que ni siquiera sepa lo que significa esa palabra.

Claudia deseó poder refutar con frialdad aquel comentario despectivo, pero lo cierto era que Chris se había dedicado a explotar todo lo posible la fama que le había acarreado su profesión de corredor de coches. Amarlo y ser amada por él supuso abrazar su fama, compartir gran parte de su relación con el público, aceptar su lugar bajo los focos junto a él, si no de buena gana, al menos con dignidad y elegancia.

En los primeros meses tras su muerte en un accidente durante una carrera, la prensa había sido incluso más especulativa que nunca, pero Claudia se limitó a retirarse, y su negativa a alimentar los viejos cotillees o a añadir combustible a los nuevos la había llevado a su actual estado de agradable anonimato. Pero no iba a permitir que aquel tipo de mente estrecha menospreciara lo que ella y Chris habían compartido sólo porque creyera todo lo que leía en las revistas de cotilleo.

—Gracias por hacerme vislumbrar su rigurosa y anticuada moralidad…

—Muy al contrario —interrumpió él secamente—. Tengo una flexibilidad muy al día en el tema de la moralidad. Por ejemplo, no creo que un niño deba ser condenado a priori por el mero hecho de ser ilegítimo. ¡Si cree que mi hijo va a casarse con usted simplemente por haberla dejado embarazada, ya puede ir planeando otra cosa!

Una luz tan intensa como los ojos del desconocido iluminó de repente el cerebro de Claudia. ¡Por supuesto! El pelo negro, la esbeltez, la profunda y aterciopelada voz… Pero ahí terminaba el

parecido. Los ojos de Mark eran color avellana y su rostro tenía una perfección de modelo masculino que no había heredado de su padre. No era extraño que no lo hubiera adivinado de inmediato. Por lo que Mark le había contado, suponía que su padre era mucho mayor, pero aquel hombre apenas tendría cuarenta años. ¡Y tampoco era extraño que se hubiera mostrado tan sorprendido al ver que estaba embarazada! Claudia estuvo a punto de sonreír. Ahora sabía con certeza que el padre de Mark había cometido un error.

—Si hubiera creído que su hijo quería casarse conmigo, señor Stone, habría salido corriendo en dirección opuesta—dijo secamente y con total sinceridad—. Porque usted es el señor Stone, ¿no?

—Sabe perfectamente que sí.

—¿Y cómo iba a saberlo? Según recuerdo, ni siquiera se ha molestado en presentarse antes de entrar en mi casa —por lo que le había contado Mark, aquella arrogancia era típica de Morgan Stone.

Mark le había hablado poco sobre su pasado. Sabía que era de Wellington y que su madre había muerto cuando él era un niño, dejándolo a cargo de un padre rico, autocrático y perfeccionista cuyas expectativas para su único hijo se habían vuelto más y más rígidas e irreales con el paso del tiempo. Estudiante de Ciencias Empresariales en la universidad de Auckland, Mark había tenido una pelea con su padre seis meses atrás y había roto relaciones con él por completo. Teniendo frente a sí la poderosa imagen de Morgan Stone, Claudia comprendió la desesperada necesidad de Mark de comprobar que podía valerse por sí mismo.

—Si las pruebas confirman que su hijo es de Mark, haré los arreglos necesarios para que reciba apoyo financiero durante su embarazo —continuó Morgan Stone con frialdad—. Si desea criar usted misma al niño, estableceré un fondo económico para que pueda hacerlo. Mi abogado se encargará de ello, pero no espere darse la gran vida a costa mía. Si no quiere hacerse cargo del bebé, haré los arreglos necesarios para…

Claudia sintió un escalofrío y colocó las manos protectoramente sobre su vientre, sintiéndose repentina e intensamente consciente de su fragilidad física. Sabía que era pequeña y estaba delgada, y su médico no dejaba de animarla para que engordara, pero, al parecer,

sólo había logrado hacerlo a expensas del resto de su cuerpo, de manera que, mientras su vientre y estómago no habían dejado de crecer, su rostro brazos y piernas habían perdido la habitual redondez. Tal vez no fuera la perfecta imagen de una floreciente madre, pero quería aquel niño, lo necesitaba…

—Si está sugiriendo un aborto —dijo con dureza—, olvídelo. Es demasiado tarde. Es mi bebé. No tiene nada que ver con usted…

—Si es mi nieto, tiene todo que ver conmigo —replicó él—. Y mi flexibilidad moral no incluye aceptar el aborto como una forma retrasada de contracepción, especialmente para una mujer tan sexualmente experimentada como usted. Sólo quería decir que haría los arreglos necesarios para aceptar la custodia de mi nieto si usted no demostraba ser capaz de darle un hogar seguro… —sus ojos azules se deslizaron por el cuerpo de Claudia mientras hablaba, examinándola con una curiosidad descaradamente hostil. ¿Estaría preguntándose qué habría visto su hijo en ella?

Aquella calurosa mañana, Claudia se había puesto tan solo un ligero vestido de algodón y la intensa mirada de Morgan Stone la hizo sentirse agudamente consciente de la femenina plenitud de su cuerpo, de la forma en que caía el corpino sobre sus redondeados senos, conteniéndolos apenas, de la tensión de la tela sobre su protuberante estómago. No había nada impúdico en la mirada, y sin embargo Claudia sintió que se sonrojaba intensamente. La plácida aceptación maternal de los cambios radicales que tenían lugar en su cuerpo fue momentáneamente sustituida por la sensual comprensión de que a los ojos de los hombres era un símbolo abierto de fertilidad, de voluptuosa sexualidad femenina. Cuando aquel hombre la miraba, era con el conocimiento cierto de su íntima experiencia.

Un extraño escalofrío recorrió su cuerpo. ¿Aquel hombre fuerte y viril un «abuelo»? ¿El abuelo de su hijo? La primera idea era casi risible, y la segunda totalmente repugnante.

Morgan Stone dio un paso hacia ella y Claudia se echó atrás, estando a punto de caer al tropezar con el brazo de un sillón que se hallaba a sus espaldas. Sólo las manos de él sujetándola por la cintura impidieron que se fuera al suelo. Instintivamente, Claudia lo agarró por las muñecas y trató de apartarlo de sí.

—Su… suélteme.

—¿Qué creía que iba a hacer, golpearla? —gruñó él con aspereza—. No tengo por costumbre golpear a las mujeres, y menos aún a las que están en su estado. Se ha puesto muy pálida y he pensado que se iba a desmayar. Será mejor que se siente.

—Yo no… —incluso mientras protestaba, él la llevó hasta el sillón, haciéndole sentarse y sujetándola para que no se levantara. No sólo era fuerte, sino extremadamente testarudo.

—Se sobresalta ante la mera idea del aborto y sin embargo no parece tener problemas en dejar morir de hambre a su hijo —dijo Morgan Stone severamente—. Supongo que está demasiado preocupada por conservar su figura como para seguir una dieta adecuada. ¿De cuántos meses está embarazada? ¿De cinco o seis? Sin embargo, sus brazos parecen palillos —se inclinó para demostrar su punto de vista, rodeando con los dedos el brazo de Claudia.

—Tengo los huesos pequeños por naturaleza —dijo ella a la defensiva. Estaba deseando verle tragarse sus palabras cuando le dijera la verdad— ¿Y ahora, le importaría soltarme? Usted no sabe nada sobre mi embarazo… —Claudia retorció su cuerpo y él la soltó, irguiéndose.

—Sé que hay riesgos que una mujer de su edad debe evitar cuanto está embarazada…

—¡Una mujer de mi edad! —la intención de Claudia de lanzarle la verdad a la cara quedó olvidada al oírle decir aquello—. ¿Qué tiene que ver mi edad con eso? ¡Sólo tengo veinticuatro años!

—Seis más que Mark —dijo él, aprovechando la oportunidad.

—¡Sé muy bien cuántos años tiene! —exclamó Claudia entre dientes. Cuando decidió alquilar una habitación de su casa lo hizo pensando en alguna estudiante de la universidad, pero cuando apareció una especie de semidiós griego en la puerta de su casa contándole la triste historia del rechazo de su familia decidió dejarlo entrar en su vida. Nunca se arrepintió de hacerlo. La energía y el optimismo de Mark la rescataron de la peligrosa inercia de tristeza en la que estaba cayendo.

—Pero me sorprende que usted lo sepa —añadió—. Ni siquiera le envió una postal de felicitación en su cumpleaños.

—No lo hice porque él aún no se había dignado a decirme dónde estaba, y estoy seguro de que usted no lo animó a ponerse en

contacto con su familia. No antes de tenerlo bien sujeto…

—¡No sea ridículo! —Claudia alzó la cabeza para mirarlo, esforzándose por mantener la dignidad a pesar de su posición inferior. Se alegró de haberse recogido aquella mañana su lacia melena negra en un moño en lo alto de su cabeza. Le daba un aire de sofisticación que contrarrestaba con el resto de su aspecto. ¡Debido a la hinchazón de sus tobillos ni siquiera llevaba zapatos! —. Mark es un joven responsable, inteligente…

—Con el énfasis en lo de «joven»…

—Capaz de tomar sus propias decisiones —continuó Claudia, ignorando el comentario de Morgan Stone—. Puede que si usted hubiera sido más comprensivo él no hubiera…

—¿Salido corriendo para caer en sus brazos?

—¿Quiere dejar de poner palabras en mi boca de una vez? —haciendo un esfuerzo, Claudia se puso en pie con gesto desafiante —. Si esta es la forma en que trata sus asuntos personales, señor Stone, no me sorprende que esté teniendo dificultades…

—Y usted, por supuesto, es famosa por cómo trata sus asuntos personales. Mientras estuvo vivo, no dejó de decir a los cuatro vientos que Christopher Nash era el amor de su vida, y sin embargo, aquí está sólo siete meses después, liada con un jovencito que la ha dejado embarazada y sacándole todo el dinero que puede —la expresión de sorpresa de Claudia al oír aquello sólo recibió otra de desprecio por parte de Morgan Stone—. Oh, sí, ya sé que Mark ha tenido que aceptar dos trabajos para comprar su lealtad, ¡a pesar de que sus estudios se están resintiendo por ello! Está demasiado ciego como para darse cuenta de que su lealtad hacia él está asegurada por su apellido. ¿Por qué iba a importarle a usted si consigue acabar sus estudios con sobresaliente o si no lo consigue en absoluto? No es lo que podría ser sino lo que es lo que le interesa de él. ¡Estoy seguro de que ha calculado su valor como Stone hasta el último dólar! Pero quiero que sepa algo: ¡si se casa con usted, no sacará un centavo de mi dinero!

Claudia se quedó muda al oír todo aquello. Con su habitual testarudez, Mark había decidido no tocar el dinero que su padre le había asignado para sus estudios, y ella sabía que pagaba el alquiler de la habitación y la comida con lo que ganaba trabajando en una pizzería, pero no había oído hablar del segundo trabajo. Solía

protestar vagamente cuando Mark se presentaba con algún perfume, flores, o algo para tentar su apetito, pero él parecía tan contento de hacerlo que Claudia nunca se paró a pensar lo suficiente en el dinero que debía costarle.

Aspiró profundamente. Aquello ya había llegado demasiado lejos.

—Señor Stone —dijo con voz ronca—, está usted completamente equivocado. Por supuesto que no estoy enamorada de su hijo…

El rió con aspereza.

—No me está diciendo nada que no sepa ya. Es una lástima que no haya venido con una grabadora; estoy seguro de que lo que acaba de decir seria muy revelador para Mark.

—Y él tampoco está enamorado de mí —continuó Claudia con firmeza.

—¿Sólo cree que lo está? Oh, sí, eso también lo sé, señorita Lawson. Eso hace que resulte muy fácil de manipular, ¿no? Es una lástima que alentara al «amor de su vida» a gastar tanto dinero en usted mientras estaba vivo; de lo contrario, es posible que no la hubiera dejado tan desprotegida al morir. Este lugar debe parecerle un cuchitril en comparación a los hoteles de cinco estrellas en que usted y sus amiguitas solían instalarse durante las carreras de coches…

Claudia apretó los puños para no golpearle el rostro, sintiendo que todo su cuerpo temblaba debido a la rabia reprimida. Aunque a Morgan Stone le pareciera poca cosa, había tenido que luchar con todas sus fuerzas para hacerse un hogar allí, un lugar en el que criar a su bebé en medio de un mundo inseguro y tambaleante. Aquel hombre no tenía derecho a menospreciarlo. Pero no suplicaría su comprensión. No. ¡Merecía sufrir parte del tormento que le había ofrecido a ella!

—¿Cree siempre todo lo que lee en los periódicos, señor Stone? —atacó—. No imaginaba que fuera tan influenciable…

—Mi hijo es el único influenciable. Siempre ha sido demasiado blando para su propio bien.

—¿Para su propio bien o para el suyo, señor Stone? Lo irónico de todo esto es que cuando Mark me habló de usted no creí realmente lo que me dijo. Pensé que exageraba. Incluso le sugerí que se pusiera en contacto con usted para tratar de arreglar las

cosas.

Los ojos azules de Morgan Stone no parecieron impresionados por aquella información.

—¿Le sugirió una reconciliación? ¡Qué conmovedor! Y que provechoso habría resultado para usted que Mark volviera al seno de su familia… y a su cuenta bancaria.

Era como darse de cabezazos.contra una pared, decidió Claudia histéricamente. ¿Quién podría haber creído que una simple confusión podía llevar a un enfrentamiento de tales proporciones? La laberíntica conversación se había alejado tanto de la verdad, que se sentía mareada y desorientada.

—Pero puede que haya otra alternativa —murmuró él, rompiendo el silencio cargado de tensión que se había producido durante unos momentos entre ellos—. Una alternativa que tal vez le resulte beneficiosa…

—¡Si va a ofrecerme dinero, ya puede olvidarlo! —dijo Claudia con fiereza, sintiendo que el dolor de cabeza que llevaba todo el día latente afloraba con toda su intensidad—. ¡Quiero que se vaya de mi casa ahora mismo!

—¿Su casa? —una despectiva sonrisa volvió a curvar los labios de Morgan Stone—. Tengo entendido que más bien le pertenece a una compañía financiera, y los pagos mensuales a los que debe hacer frente deben llevarse gran parte de su dinero. De hecho, últimamente se ha acogido al subsidio de desempleo, ¿no, señorita Lawson? Y en los últimos meses, no ha hecho el más mínimo intento por conseguir un trabajo. Supongo que ha decidido que quedarse embarazada era una buena forma de evitar tener que ganarse la vida. Me pregunto qué pensarían en la oficina de desempleo, si supieran que vive con un hombre que la mantiene con su dinero.

—¡No soy ninguna tramposa! —exclamó Claudia, alzando la mandíbula y echando chispas por los ojos. Ya era suficientemente vergonzoso que debido a su difícil embarazo, tuviera prohibido trabajar y hubiera tenido que aceptar lo que consideraba una caridad para vivir. Y que Morgan Stone se lo restregara por la nariz era doblemente humillante—. ¡La oficina de desempleo lo sabe todo sobre Mark! De manera que no crea que va a poder chantajearme, si su soborno falla.

—¿Sí?—Morgan Stone captó rápidamente el error que se le habia deslizado a Claudia involuntariamente—. ¿De manera que está dispuesta a considerar una oferta si es lo suficientemente alta? —a continuación dijo una cantidad que dejó a Claudia sin aliento. Desafortunadamente, también hizo explotar los últimos restos de autocontrol que le quedaban.

Más tarde, la secuencia de acontecimientos se repitió una y otra vez en su dolorida cabeza: ella atacándolo con todas las viles palabras que solían ruborizarla cuando las había oído usar a Chris en las ocasiones en que perdía una carrera debido a la incompetencia de alguien de la escudería. Ella lanzando golpes contra el granítico pecho de Morgan Stone y él sujetándola por el codo para tratar de calmar su histeria. Ella apartándose de él, resbalándose, cayendo de costado-Quedo tumbada sobre la alfombra, aturdida, y Morgan Stone se arrodilló junto a ella, mostrando en su pálido rostro los primeros rasgos de emoción mientras apoyaba una mano en su cadera.

—¿Se encuentra bien?

—¡No me toque! —si la tocaba se rompería en pedazos. El miedo que la había perseguido desde la violenta muerte de Chris se solidificó en una agónica certeza a la que no habia sido capaz de enfrentarse hasta ese momento. Tras el incesante vomitar de su primer mes de embarazo había estado esperando, temiendo, rezando para que aquel momento no llegara nunca. El momento en que tendría que pagar por los pecados de su pasado. Pero no de aquella forma, por favor, Dios, no de aquella forma… Gimió.

—Señorita Lawson… Claudia… ¿estás herida? —Claudia percibió el pánico en la voz de Morgan Stone; su creciente preocupación.

—Vayase, déjeme sola… —una punzada de dolor recorrió su cuerpo, haciéndola cerrar los ojos a la vez que apartaba la cabeza de él.

—No puedo hacerlo. No sabiendo que puedes haber sufrido algún daño. ¿Es aquí? ¿Es el bebé? —la mano de Morgan Stone deslizándose sobre el abdomen de Claudia hizo que ésta sintiera una nueva punzada de dolor, pero más mental que física. Gimió y oyó que él maldecía entre dientes a la vez que se apartaba y le alzaba la falda del vestido. Claudia abrió los ojos repentinamente,

pero la protesta murió en sus labios al ver que Morgan dejaba caer la falda y le deslizaba una mano por la frente para apartarle un mechón de cabello.

—No hay sangre, Claudia. No estás sangrando y no has roto aguas. No llores… no estás sola. Yo cuidaré de ti. ¿Quién es tu doctor?

Oh, Dios, era tan implacable en su ternura como en su rabia, a pesar de que la despreciaba. Claudia dejó caer la cabeza a un lado a la vez que renunciaba a toda esperanza.

—Voy a devolver… —dijo entre dientes.

Lo hizo, y después, él la alzó con gran suavidad y la dejó sobre el sofá, sentándose junto a ella, acariciándola con gran ternura mientras hacía una llamada desde de un teléfono móvil que sacó de su bolsillo.

Cuando terminó la llamada, humedeció el rostro de Claudia con un paño y le habló con suavidad, sin parecer preocuparse porque ella no lo escuchara, centrada como estaba en su interior, preparándose para el dolor que sabía que iba a llegar.

La acompañó en la ambulancia, y, por alguna razón inexplicable, Claudia se aferró instintivamente a su mano, soltándosela sólo cuando el personal del hospital lo convenció de que estaba estorbando en la habitación donde la examinaron. El resto del día y parte de la noche degeneraron en un confusión de horror y dolor, de manera que cuando Claudia despertó al día siguiente pensó que todo habia sido una pesadilla.

Pero enseguida vio la fría y blanca habitación, exploró la agotadora sensación de vacío en su interior y supo que todo había sido real. Demasiado real. Cerró los llorosos ojos y, cuando los volvió a abrir, el médico estaba allí. No el de urgencias, sino el ginecólogo que la había tratado hasta entonces.

Recibió su amable expresión de compasión apáticamente, sin llorar al oír que su bebé había sido un niño. Sólo cuando el médico se sentó en una silla junto a la cama y empezó a interrogarla sobre sus actividades en los últimos días empezó a mostrar cierta emoción.

—¿Habías notado si el bebé se movía mucho recientemente, Claudia?

Claudia bajó la mirada.

—¿Era perfecto? Quiero decir… ¿no era…?

—¿Deforme? No, Claudia. Pero no había latido cuando te ingresaron; por eso fue imprescindible practicarte la cesárea —el doctor hizo una pausa y luego continuó con gran suavidad—. No creo que sintieras que se movía últimamente, ¿no, Claudia?

Las lágrimas contenidas comenzaron a deslizarse por las mejillas de Claudia.

—No… no era un bebé muy activo durante el día… era por la noche cuando solía…

—¿Y estas últimas noches?

—Últimamente me he sentido muy cansada… He dormido mucho… No sé. Y cuando me he caído debo haber…

El médico tomó la inquieta mano de Claudia entre las suyas.

—No ha sido la caída, querida. Creo que en el fondo de tu corazón lo sabes. No ha sido culpa tuya ni de nadie. Todo lo que ha hecho la caída ha sido precipitar el parto. Pero hay muchos indicios de que el bebé llevaba muerto varios días…

—¡No! —Claudia apartó la mano, colocándola sobre su vacío vientre mientras trataba de negar el secreto

terror que había invadido sus sueños—. No… Habría sabido que algo iba mal… Habría hecho algo…

—Dudo que pudiera hacerse nada, Claudia. A veces, estas cosas pasan…

—¿Qué cosas? Ha dicho que el bebé era perfecto… ¡así que debo haber sido yo! ¿Qué he hecho mal? —gritó, angustiada.

—No has hecho nada mal, querida —dijo el médico, tratando de calmarla—. Y es cierto que el bebé parecía perfecto, pero no sabemos nada sobre el resto. Te advertí al principio que había algunos aspectos inquietantes en el embarazo que podían indicar que no llegaría a buen término…

—Pero hice todo lo que me dijo —susurró Claudia.

—Lo sé. Hiciste todo lo que pudiste por tu bebé. Pero a veces no es suficiente. Puede que más adelante, cuando sepa más sobre lo sucedido, podré darte razones más concretas —Claudia apartó rápidamente las terribles implicaciones de aquellas palabras—. Entretanto, debes descansar todo lo posible. Perder un bebé en los últimos meses de embarazo es mucho más traumático que al principio. Y sé que probablemente no querrás oír esto ahora, pero

tienes que saber que el médico de urgencias ha dicho que no hay indicios de complicaciones físicas que puedan poner en peligro futuros embarazos. Existen todas las probabilidades de que la próxima vez des a luz un bebé totalmente sano, y sin necesidad de cesárea.

—¿La próxima vez…? —Claudia ni siquiera podía imaginar el volver a pasar por aquella agonía—. ¡Sabe que fue una equivocación! —recordó dolorosamente—. No tenía intención de quedarme embarazada… fue una sorpresa tan grande… Yo… ¿cree que…?

—No, no lo creo, y tampoco deberías creerlo tú —dijo el médico con firmeza—. Sintieras lo que sintieras al principio, luchaste mucho por tener este bebé, Claudia, y ahora tendrás que luchar por aceptar lo sucedido y seguir adelante. Y ahora, ¿quieres que le diga a tu amigo que pase a verte unos minutos? Las enfermeras me han dicho que ha pasado toda la noche dándoles la lata.

—¿Amigo? —estando Mark fuera, Claudia no pudo imaginar quién habría ido a verla. En la ficha del hospital, sólo puso los nombres de sus padres en Australia y el de Mark cuando fue atendida por primera vez.

—Se trata del señor Stone. La enfermera Dawson dice que es tan testarudo como una roca. No está satisfecho con los breves informes que le ha ido dando y exige hablar con tu médico. El médico de urgencias ha estado toda la noche ocupado, y yo he tenido que hacer unas llamadas, pero si quieres puedo explicarle lo que ha pasado…

—¡No! —la exclamación de Claudia reveló un inconfundible matiz de pánico. De pronto, tuvo una fuente para todo su dolor. Un perfecto depositario para toda su rabia y sentido de la culpabilidad. «Perfecto». Cómo odiaba esa palabra. Y lo odiaba a él por haber estado allí cuando su cuerpo rechazó al bebé—. No. No quiero que le cuente nada. No es un amigo… Apenas lo conozco. ¡No quiero que sepa nada sobre mí!

El médico la miró con cautela.

—Ya sabe que hemos tenido que operarte y que el bebé ha nacido muerto. Teniendo en cuenta que estaba contigo cuando sucedió, ¿no crees…?

—No —la agitación de Claudia creció hasta bordear la histeria

—. ¡Prométame que no le dirá nada! Necesita mi permiso para hablar con otra persona sobre los detalles médicos que me atañen, ¿no, doctor? Pues no se lo doy. No quiero que ese hombre esté aquí. ¡Dígale que se vaya!

El médico no tuvo más remedio que aceptar el deseo de Claudia, y, unos minutos después, tras examinar los puntos y el estado general de su paciente, salió de la habitación. Claudia se tumbó dolorosamente de lado, acurrucando su cuerpo en torno a su vacío útero. Las lágrimas se deslizaron lentamente de entre sus párpados cerrados. Era muy cruel sentir cómo le había sido arrebatada de golpe la alegría que con tanto esfuerzo había crecido en su interior durante los últimos meses.

—¿Claudia?

Claudia abrió los ojos y vio a Morgan Stone inclinado sobre ella.

A pesar de su estado de confusión, Claudia se sorprendió al ver el cambio experimentado en él; las profundas ojeras, el pelo revuelto, los ojos enrojecidos de cansancio y el elegante traje arrugado. Entonces, sintió una morbosa satisfacción interior ante la evidencia de su larga y desesperada espera. Debía sentirse desesperado. Debía ser él el que yaciera rígido y frío en alguna oscura sala del hospital, no su querido e inocente bebé…

—¿Qué hace aquí? —preguntó, frotándose las lágrimas con gesto de enfado. Debía haber supuesto que Morgan Stone ignoraría el mensaje que le había hecho llegar a través del médico.

—Tenía que verte. Ver cómo estabas. Saber si necesitabas algo… —su boca era una una línea de tensión.

—Sí, hay algo que necesito… recuperar a mi bebé, vivo y sano —espetó Claudia con desprecio—. ¿Puede hacer eso por mí, señor Stone, o va a admitir que hay cosas que su precioso dinero nunca podrá comprar… como el amor?

El rostro de Morgan Stone adquirió un tono grisáceo mientras escuchaba en silencio la acusación de Claudia, mirándola con una compasión que le hizo sentirse hundida en un mar de confusas emociones. En su vulnerable estado, aquella compasión resultaba aún más difícil de soportar que su desprecio.

—No, no puedo hacerlo.

—¿Entonces por qué está aquí? Mi bebé está muerto y me siento como si acabaran de desgarrarme a navajazos. ¿Es eso lo que estaba

esperando oír? ¿Es suficiente castigo por haberme atrevido a existir en el mismo planeta que su hijo y por haber mantenido una relación con él?

Claudia vio cómo se tensaba la mandíbula de Morgan Stone mientras éste absorbía toda la fuerza de su ácido odio. Sus ojos revelaban un profundo tormento que ella se negó a reconocer.

—Dios, no… Claudia, fue un accidente. No puedes pensar que tenía intención de que sucediera algo así.

—¿No? —dijo ella con amargura—. ¿No resuelve esto a la perfección uno de sus problemas? ¿No se libra así de un parásito más con pretensiones de aferrarse a la fortuna Stone? Aunque, por supuesto, aún no sabe si Mark le agradecerá que haya asesinado a su propio nieto para impedir que se case conmigo.

Los ojos azules de Morgan Stone se volvieron opacos debido a la impresión y Claudia sintió una ligera punzada de remordimiento. Pero era lo que aquel hombre merecía, se dijo con una lógica distorsionada por el dolor. Morgan Stone la había acusado de veleidad e inconstancia, cuando en realidad ella le había sido completamente fiel a Chris, incluso en aquellas ocasiones en que no estuvo segura de que aquella fidelidad fuera recíproca. De hecho, si Chris no hubiera muerto, ya estarían casados. Ahora Chris estaba más allá del dolor y se le había negado una paternidad que fue apenas anticipada en sus últimas semanas de vida.

—¿Es eso lo que vas a decirle a Mark? —preguntó Morgan Stone con una voz que sonó tan fatigada y vacía como Claudia se sentía.

—Es la verdad, ¿no? —dijo ella con frialdad—. Me empujó… caí… perdí al bebé. ¡Usted ha matado a mi bebé! —su necesidad de culpar a alguien, a cualquiera excepto a sí misma, era desesperada… esencial para su supervivencia… —Claudia, por favor…

—Oh, no se preocupe —dijo Claudia, sollozando violentamente —. No tiene por qué rogarme. No se lo diré.

Y si le queda algún sentimiento auténtico por su hijo, usted tampoco lo hará. ¿Cree que quiero herirlo así? ¿Cree que deseo que cargue con esa culpa el resto de su vida… sabiendo lo que usted ha hecho a causa de su relación conmigo?

No quería que Mark sufriera. La única persona que debía sufrir era el hombre cuyo arrogante desprecio había destruido a su bebé.

—Claudia… yo… —Morgan Stone se interrumpió e hizo un gesto de impotencia con las manos. A pesar de toda su arrogancia, parecía perdido. Y de pronto, Claudia sintió una terrible oleada de empatia por el hecho de compartir con él algo tan básico como el temor a la pérdida de un hijo. Pero no podía permitirse compartir nada con él, sentir nada por él… Tenía que hacer que se fuera… ahora…

—Vayase. Me siento violada por el mero hecho de que esté en mi habitación —dijo Claudia con gran debilidad—. Y no tiene por qué preocuparse respecto a Mark y a mí. No vamos a casarnos. Nunca se planteó esa posibilidad; se lo habría dicho desde el principio si no me hubiera tratado e insultado como lo hizo. También le habría dicho que se ha ido a pasar una semana fuera con unos amigos. No volverá hasta el próximo domingo.

Morgan Stone se irguió rápidamente al oírla, y, en caso de que lo hubiera hecho con alivio, Claudia decidió asestarle la última puñalada.

—Así que supongo que ha perdido a su nieto por no tener suficiente paciencia. Tal vez algún día me alegre de no haber traído otro hijo de su sangre al mundo. Ahora mismo, tal y como me siento, no me importa si no vuelvo a verlo a usted ni a su hijo nunca más.

Capítulo 2

CLAUDIA miró los legañosos ojos de la famosa cantante de rock y se esforzó por lograr que su mentira sonara lo más sincera posible.

—Estoy segura de que no pasa nada. La doncella debe haber malinterpretado un gesto totalmente inocente de su marido. Estaba disgustada, sabía que estaba en un lugar en el que no debía estar… así que ha dicho lo primero que se le ha ocurrido para distraer la atención…

—Pues lo que ha dicho ha sido realmente vil. Las brujas idiotas como ésa no deberían tener permiso para trabajar en hoteles. Si usted no la despide, hablaré con el director en persona. Estoy segura de que él no me ignorará…

—La chica será retirada de sus quehaceres —mintió Claudia con suavidad, tratando de no mostrarse molesta por el lenguaje de la cantante. Era suave comparado con la explosión inicial de la estrella de rock, una mezcla de lágrimas, rabia, alcohol y agotamiento. Eliza Mitchell estaba a punto de acabar una gira mundial que había empezado en Inglaterra y era evidente que la presión empezaba a hacer mella en ella. Por un lado, Claudia simpatizaba con la sensación de traición experimentada por la cantante, pero, privadamente, consideraba que ésta había lanzado su rabia contra la persona equivocada, y no estaba dispuesta a permitir que una evidente guerra matrimonial pusiera en juego el trabajo de una inocente trabajadora miembro de la plantilla del hotel.

Fueron necesarios otros quince minutos para acabar de suavizar las cosas, y para cuando salió de la suite, Claudia empezaba a sentirse agotada. El guardia de seguridad del hotel que se hallaba en el pasillo sonrió al verla aparecer.

—¿Cruzando las aguas turbulentas, señorita Lawson?

Claudia suspiró.

—¿Le importa llamar abajo para que envíen a alguna doncella experimentada, preferiblemente de mediana edad, para que ordene el caos que se ha montado en la suite? Pero diga que espere hasta que la señora Mitchell y su marido salgan; tienen que asistir a una conferencia de prensa dentro de cuarenta y cinco minutos.

—De acuerdo, señorita Lawson. ¡Ya sabe que debería haberse dedicado a la diplomacia!

—No habló los suficientes idiomas para eso —dijo Claudia, sonriendo irónicamente—. Aunque creo que Eliza Mitchell acaba de enseñarme una o dos palabras que no conocía.

Tras despedirse del vigilante, suspiró aliviada y bajó en ascensor hasta la planta baja. No le gustaba mentir, ni siquiera en ocasiones como aquélla, sabiendo que una mentira era la respuesta requerida a la histeria de Eliza Mitchell. La mujer sabía la verdad, pero no estaba dispuesta a admitirla ante sí misma ni ante nadie. De manera que Claudia le había dado la oportunidad de evitar enfrentarse a ella. Como relaciones públicas del hotel Barón HarbourPoint, a menudo tenía que enfrentarse con situaciones complejas para la reputación del hotel, pero la mentira de hoy había sido la más grande y desagradable que había tenido que decir.

Sus ojos se oscurecieron al volver la mirada hacia el panorama del puerto de Wellington que se divisaba desde las paredes acristaladas del ascensor.

No,no había sido la más grande. La mentira más grande que había dicho en su vida había sido la que le espetó a Morgan Stone en la habitación del hospital dos años airas. Una mentira de Ja que se arrepintió muy pronto pero que nunca redimió. Había preferido olvidarla. Simular que nunca había existido. Pero incluso aquella simulación era una mentira. En un oscuro rincón de su mente, sabía que había cometido un crimen contra un hombre inocente y, así como lo condenó a él a llevar la carga de la muerte de un niño en su conciencia, se condenó a sí misma con la perpetua carga del recuerdo. Las puertas del ascensor se abrieron y los tacones de Claudia resonaron en el mármol del suelo mientras cruzaba el amplio vestíbulo hacia la zona de recepción.

—¿Claudia? ¿Claudia?

Una firme mano masculina la detuvo. Claudia se volvió, mirando

sin ver al hombre que la había detenido, hasta que éste sonrió familiarmente.

—Sé que ha pasado mucho tiempo, Claudia, pero no tanto, ¿no? Soy yo, Mark Stone, ¿recuerdas? Vivíamos juntos — al ver que ella no reaccionaba a la broma, Mark se puso serio—. No pretendía despertar malos recuerdos ni nada parecido, pero me alegra tanto volver a verte…

Claudia estaba tan asombrada por la aparición que había conjurado con sus pensamientos, que tardó unos segundos más en adaptarse al hecho de que se enfrentaba a la sólida realidad, no a una fantasía creada por su sentimiento de culpabilidad.

—Hola, Mark —dijo con voz ronca, obligándose a sonreír mientras miraba el atractivo rostro del joven. Habían pasado casi dos años desde la última vez que lo vio—. Lo siento, estaba pensando en otra cosa. Yo… ¿qué estás haciendo aquí? —su corazón empezó a latir repentinamente de pánico mientras miraba nerviosamente a su alrededor.

—Tengo una cita de negocios; voy a reunirme con alguien que está aquí hospedado. ¿Y tú qué…? —Mark miró la ropa de Claudia y se fijó discretamente en la insignia que llevaba en la chaqueta—. ¿Trabajas aquí, en el hotel?

En esa ocasión, la sonrisa brotó espontáneamente de los labios de Claudia a la vez que los latidos de su corazón remitían. Mark estaba solo.

—Estoy a cargo de las relaciones públicas del hotel.

—¡Eso es fantástico! Y ahora vives en Wellington. ¿Por qué no me has buscado? Te dije que lo hicieras si venías alguna vez…

—Sólo llevo aquí un par de meses y aún me estoy haciendo al lugar —explicó Claudia. No podía decirle que había tratado de evitar su traslado del Barón LakePoint de Auckland al de Wellington precisamente para evitar aquella eventualidad. Sin embargo, su solicitud para que la enviaran a otro sitio fue denegada y se dijo que estaba siendo innecesariamente precavida. La capital de Nueva Zelanda era muy grande y había muy pocas probabilidades de que alguna vez llegara a encontrarse con Morgan Stone o con su hijo.

—Tampoco contestaste a ninguna de mis cartas —continuó Mark —. Estaba preocupado por ti. No sabía si estabas enfadada conmigo por lo pronto que me fui después de que… de que perdieras el

bebé…

—Por supuesto que no; lo comprendí —murmuró Claudia, sintiendo que su corazón se encogía al ver un destello de dolor en la expresión de Mark. ¡Lo último que necesitaba a era tener que cargar con más culpabilidad!

Desafortunadamente, entendió muy bien por qué Morgan Stone decidió de repente arreglar las cosas con su hijo, ofreciéndole compartir un negocio si Mark volvía a Wellington. La rápida marcha de éste, tres semanas después de que ella perdiera el bebé, siguió a la explicación de que había visitado a sus abuelos maternos durante las vacaciones y éstos lo habían convencido de que su padre estaba dispuesto a llegar a un acuerdo.

—Estuve muy atareada después de que te fuiste, haciendo el curso de hostelería, decidiendo vender la casa… y me temo que no me sentía demasiado animada para contestar las cartas —dijo Claudia, tratando de evitar que los ojos se le humedecieran debido al inocente reproche de Mark. Se había sobresaltado por el sincero placer que había demostrado al verla, pero ahora podía permitirse el lujo de relajarse un poco. «No sabe nada», comprendió con alivio. Ella nunca le habló de la visita de su padre ni de las circunstancias de su parto, y, al parecer, Morgan Stone tampoco le había contado nada al respecto.

—Tienes muy buen aspecto, Claudia. ¡De hecho, estás guapísima!

Mark conservaba todo su entusiasmo juvenil y, a pesar de sí misma, Claudia aceptó con agradado su halago, aunque era imposible que hubiera tenido peor aspecto que durante la época en que convivieron. Sabía que ahora era una mujer diferente a la criatura pálida y enfermiza de entonces.

—Tú también tienes un aspecto estupendo —dijo, fijándose en elegante corte del traje de Mark, que realzaba su apostura—. Pareces un sofisticado ejecutivo.

El sonrió al oír la broma.

—Debes confundirme con mi padre; él sí es el sofisticado. Yo sólo soy un monigote en comparación.

La referencia a Morgan alteró los nervios de Claudia, así como el orgullo que percibió en el tono de Mark al mencionar a su padre. ¿Era ese el mismo joven que solía despotricar contra la rígida

intransigencia y frialdad de su padre?

—¿Qué te parece si nos vemos luego y charlamos sobre los viejos tiempos?

¿Los viejos tiempos? Claudia se encogió interiormente. Miró su reloj y automáticamente adoptó su personalidad profesional.

—Er… bueno, en realidad estoy muy ocupada, Mark. Tengo varias citas, después debo llevar de visita a la ciudad a varios huéspedes, y luego tengo que asistir a un cóctel que dedicamos a nuestros clientes habituales.

Para su sorpresa y alivio, Mark aceptó sus excusas sin discutir, aunque percibió un breve destello malicioso en sus ojos cuando se encogió de hombros.

—De acuerdo. Entonces será en alguna otra ocasión. Me ha encantado verte, Claudia. Hasta pronto.

Ligeramente sorprendida por la facilidad con que había evitado lo que podía haber sido un doloroso encuentro, Claudia observó cómo se alejaba Mark. No podía creer que hubiera sido tan fácil.

No lo fue.

Seis horas después, Claudia reía mientras sostenía una copa de champán junto a un elegante hombre rubio cuando sintió una presencia a su lado. Se volvió con los ojos aún sonrientes.

—Te dije que volveríamos a vernos, Claudia —Mark parecía encantado al ver su sorpresa.

—Si te has colado en la fiesta, Mark, debo advertirte que éste es Simón Moore, nuestro director general —dijo Claudia mientras presentaba a ambos hombres, mencionando brevemente que Mark le había alquilado una habitación en su época de estudiante.

Mark alzó las manos.

—No me he colado. La invitación a los huéspedes decía que podían traer algún acompañante. Yo he venido con Tony —Mark señaló a su robusto acompañante, un hombre de mediana edad que ya estaba hablando con una de las mujeres que asistían al cóctel—. No te preocupes —añadió al fijarse en la mirada que Claudia lanzó a la mano izquierda con la que el otro hombre sostenía su copa—. Está divorciado y quiere tantear el terreno. Si quieres, puedo presentártelo, Claudia.

—No es necesario que haga de casamentero —comentó Simón, sonriendo—. Claudia está tan casada con su trabajo como yo, cosa

que le agradezco. Es una empleada realmente dedicada; siempre se le están ocurriendo nuevas ideas y ha hecho maravillas por la imagen del hotel durante el breve periodo de tiempo que lleva aquí.

—Gracias, Simón —murmuró Claudia con dulzura, pensando que Simón se estaba pasando un poco.

—Es sólo la verdad —Simón palmeó el hombro de Claudia a la vez que asentía mirando a Mark—. Me alegro de haberlo conocido, señor Stone. Espero que disfrute de su visita al hotel.

—Estoy seguro de que así será —murmuró Mark mientras el otro hombre se alejaba—. ¿Hay algo entre vosotros, Claudia?

—Es mi jefe, Mark —Claudia se sorprendió por la sugerencia de Mark. Simón y ella se llevaban muy bien, pero nunca había habido nada personal entre ellos.

—¿Y? Está soltero, ¿no? Además es atractivo y habla bien. ¿O ya estás comprometida con alguien?

—No. Ni lo estoy ni quiero estarlo.

—Mmm, puede que tal vez sea demasiado zalamero—comentó Mark pensativamente, fijándose en lo fácilmente que Simón se integraba en el pequeño grupo—. Debe resultar difícil saber si es sincero o no. Tal vez hagas bien no mostrando interés por él.

—¡Mark! —protestó Claudia, riendo—. No hay interés por ninguno de los lados —por la forma en que Mark había vuelto a sacar a relucir su instinto de protección hacia ella era como si aquellos dos años no hubieran pasado. Pero sí habían pasado. Y ahora imposibilitaban cualquier amistosa cercanía—. Y si lo hubiera, no sería asunto tuyo —añadió con suavidad.

—Sólo trataba de demostrar un amistoso interés—Mark sonrió, se acercó un poco y brindó con su copa contra la de Claudia—. Por el renacer de las viejas amistades. Y ahora cuéntame qué has hecho estos dos años mientras yo me convertía en un pequeño magnate. Al parecer, el curso de hostelería que hiciste resultó muy práctico.

Claudia miró a su alrededor, pensando en decirle que estaba allí para cumplir con su trabajo y no para divertirse, cuando sus ojos se cruzaron con otros azules que se hallaban en el salón. Allí, hablando con el tal Tony, estaba Morgan Stone, y mientras la miraba, interrumpió su conversación y empezó a moverse hacia ella.

El mundo y todo lo que contenía, exceptuando aquellos ojos azules, se desvanecieron ante la mirada de Claudia. Sintió que se

quedaba sin aliento, que no podía pensar ni moverse. Se quedó fría, tan fría que notó las manos como dos húmedos trozos de hielo.

Oyó que Mark decía algo y trató de volverse hacia él, pero no pudo, atrapada por la pesadilla que se acercaba. Había imaginado aquel momento a menudo, pero siempre era con ella controlando la situación, preparada, dispuesta a hacer lo que sabía que debía hacer. No asi. Sin advertencia. Por un momento, sintió la tentación de simular un desmayo para escapar a aquella humillación, pero no fue capaz de hacerlo. El color volvió violentamente a su pálido rostro cuando Morgan Stone se detuvo frente a ella.

—Ya estoy aquí, Mark. Y supongo que esta es la sorpresa que me tenías preparada —su voz era tan profunda y oscuramente sarcástica como Claudia la recordaba.

Ni siquiera parecía matizada por la sorpresa. Pero cuando la mente de Claudia volvió a funcionar de nuevo pudo interpretar la tensión de la mandíbula de Morgan, el repentino encogimiento de sus pupilas en el helado azul de sus iris. Su sorpresa era tan grande como la de ella; la única diferencia era que sabía disimularla mejor.

—Sí. Esta es la dama con la que viví una temporada cuando estuve en Auckland —Mark pasó un brazo por los hombros de Claudia—. Fue encantadora conmigo. No pude tener una casera más complaciente.

Claudia deseó que Mark hubiera utilizado otro adjetivo. Las palabras de Mark no hacían más que añadir ladrillos al muro de la incomprensión.

—Una casera complaciente es una experiencia que todo estudiante debería tener en su camino a la madurez —dijo Morgan con suavidad.

¿Qué había querido decir? Las manos de Claudia empezaron a sudar. Le gustaba su trabajo. No quería perderlo por una fea escena en público. Se humedeció los labios y vio que Morgan Stone le miraba la boca. Luego deslizó la vista más abajo, hasta sus senos, ocultos tras la chaqueta azul marino de su uniforme. ¿Estaría recordando su cuerpo tal y como era cuando estaba a punto de dar a luz?

—¿Y bien, Mark? ¿No vas a presentarme a la dama?

¿Hubo una ligera duda antes de la palabra «dama»? A Claudia no le importó. Lo único que sabía era que había recibido un

aplazamiento temporal. Morgan parecía dispuesto a simular que no se conocían.

—Papá, me alegro de poder presentarte a la encantadora Claudia Lawson. Es la jefa de relaciones públicas del hotel. Claudia, este es mi padre, Morgan Stone.

Morgan alargó una mano y Claudia no tuvo más remedio que tomarla. Esperaba que él sonriera afectadamente al notar que tenia la mano fría y húmeda debido a los nervios, pero, en lugar de ello, hizo algo que la sorprendió. Se llevó su mano a los labios y la besó a la vez que deslizaba el pulgar con suavidad por su muñeca, como para tranquilizarla. Claudia abrió los ojos de par en par y, cuando Morgan volvió-a erguirse, sintió que se ruborizaba intensamente. Tenía que estar burlándose de ella, ¡tenía que ser eso!

—Vale ya, papá —bromeó Mark—ˆ7 Estás haciendo que Claudia se ruborice. Y te advierto que pierdes el tiempo tratando de impresionarla, porque ya está comprometida.

—¿Ah, sí? —Morgan Stone aún sostenía la mano de Claudia y deslizó la mirada de su hijo hacia su ruborizada cautiva. Era tan grande, duro y masculino como ella lo recordaba, pero en sus sienes habían —aparecido unas canas que antes no estaban.

—Mark se refiere a que el director general acaba de decirle que estoy casada con mi trabajo —dijo Claudia con rapidez.

—Ya veo. ¿Entonces no estás casada? ¿Era aquella una indirecta sobre su pasado?

—Todavía no —respondió Claudia, extremadamente cautelosa ante la aparente amabilidad de Morgan.

—¿Significa eso que estás comprometida? Claudia deseó tener un conveniente novio a su lado para interrumpir de raíz aquel interrogatorio.

—No —admitió con rigidez.

—Ya veo.

¿Qué veía? Claudia flexionó los dedos y él le soltó la mano.

—¿Te has trasladado hace poco a Wellington, Claudia?

—Hace dos meses que vine aquí desde el Barón LakePoint de Auckland.

—¿A petición tuya?

Las implicaciones de aquella pregunta eran inconfundibles.

—No. Lo cierto es que me sentía muy a gusto allí —respondió

Claudia con firmeza—. Pero en el negocio de la hostelería hay que acostumbrarse a los traslados.

—De manera que fue una oferta que no pudiste rechazar —murmuró Morgan reflexivamente—. ¿Es esta tu primera visita a Wellington?

¿A dónde pretendía llegar? ¿Acaso pensaba que había ido regularmente a Wellington para ver a Mark a sus espaldas?

—Sí —contestó, tratando de contener su creciente enfado y frustración.

—Ya veo. ¿Y dónde vives en la actualidad?

—Aquí, en el hotel, pero sólo temporalmente, hasta que me asiente en el trabajo. Estoy buscando un lugar adecuado… —al darse cuenta de que estaba dando demasiados detalles sobre sí misma, Claudia preguntó con la misma franqueza—: ¿Y dónde vives tú? —lo recordaría para mantenerse alejada de la zona.

—Tengo una casa en Marine Drive.

De manera que vivía en una de las residencias que se hallaban frente a Port Nicholson. Claudia se sorprendió. Había imaginado que un adicto al trabajo como el que le describió Mark preferiría vivir en el centro de la ciudad.

—¿Y estás casado?

Las oscuras cejas de Morgan ascendieron secamente al oírla y Mark dejó escapar un apagado sonido que podría haber sido una risa. La respuesta, cuando llegó, fue una deliberada parodia de la que había dado Claudia hacía unos momentos.

—Todavía no.

—¿Significa eso que tienes a alguien en mente? —preguntó ella en tono igualmente burlón—. ¿Quién es la afortunada dama?

—Siento decir que bajo este civilizado exterior late el crudo corazón de un plebeyo —dijo Morgan, apoyando una mano sobre el pecho de su oscuro traje—. Si vuelvo a casarme, será con una mujer más que con una dama. Las damas sirven para estar en pedestales; las mujeres para esposas. Es una distinción vaga, pero definitiva… más o menos como la diferencia entre los hombres y los muchachos.

—No sabía que existiera esa diferencia —replicó Claudia, alzando retadoramente la barbilla.

—¿En serio? —preguntó él irónicamente—. Mi querida Claudia, está claro que no te has mezclado con la gente adecuada.

Claudia casi había olvidado a Mark, hasta que éste se movió incómodamente a su lado.

—No estaréis discutiendo, ¿no? Pensé que os llevaríais tan bien como la madera con las llamas. Después de todo, los dos tenéis algo en común… ¡a mí!

La broma de Mark provocó un revelador silencio. Claudia estaba a punto de interrumpirlo diciendo algo intranscendente cuando Morgan Stone volvió a hablar.

—Oh, sí que hay llamas, Mark, ¿verdad, Claudia? Pero no estamos seguros de si debemos alimentarlas o dejar que se consuman.

—¿Eh?

—Hablando de consumir, Claudia se ha quedado sin champán y yo todavía no lo he probado —el suave comentario de Morgan hizo que Mark se pusiera en acción, perdiendo así el sofisticado aire que trataba de proyectar.

—Oh, deja que te traiga más —tomó la copa vacía de manos de Claudia y se alejó. Ella no recordaba haberla bebido entera y de pronto se sintió ligeramente mareada al hallarse frente a Morgan Stone sin la protección de su hijo. ¿Qué habría querido decir con lo de las llamas?

—Estas muy hermosa. No me extraña que Mark se haya alegrado tanto de volver a verte.

—¿Dis… disculpa? —Claudia no estaba segura de haber oído bien.

Morgan ignoró su expresión de sorpresa y observó el sedoso pelo negro de Claudia.

—Puede que hermosa no sea la palabra adecuada. Encantadora. Es otro caso de sutil pero definitiva diferencia. Pareces más joven con el pelo corto. Más joven y desenfadada.

Desenfada no era como se sentía Claudia en aquellos momentos y Morgan debió interpretarlo por la expresión de su rostro, porque dejó de mirarla de aquella inquietante manera y dijo:

—Nunca le contaste lo que pasó. Podrías haber utilizado esa información para agrandar el abismo que nos separaba, pero no lo hiciste. Te lo agradezco.

—Pensé… pensé que tú se lo dirías —balbuceó Claudia, desorientada por la franqueza con que Morgan se había referido a

aquello.

—Me dijiste que no querías que lo hiciera —contestó él con sencillez.

—¿Acaso importaba lo que yo quisiera? —dijo Claudia, incrédula, y añadió en tono sarcástico—: Pero no tuvo nada que ver que mi deseo coincidiera con tus intereses, por supuesto.

—No lo niego. Si Mark me hubiera hablado de ello, tal vez le habría contado lo que pasó. Pero nunca seconfió a mí. No nos sentimos especialmente cómodos el uno con el otro durante una temporada cuando volvió. Hubo que hacer… ajustes por ambos lados. Cuando Mark hablaba de ti, siempre lo hacía en términos generales. Mencionó que perdiste a tu bebé, pero nunca mencionó ni dio indicios de ninguna clase de que fuera suyo. De hecho, parecía tan deseoso de volver a casa que pensé que lo que sucedió le conmocionó tanto que dejó de estar encaprichado contigo. Pensé que sería mejor no interferir…

—¡No interferir! ¿Y cómo le llamas a la lata que me diste en el hospital? Y, de pronto, le ofreciste a Mark ser socio en uno de tus negocios cuando antes ni siquiera aceptabas discutir esa posibilidad.

—Los humanos erramos. Pero luego admití que estaba equivocado. Quise que Mark tuviera posibilidad de elección…

—Sabiendo que elegiría no quedarse conmigo…

—Si te hubiera querido de verdad se habría quedado… o te habría traído con él —dijo Morgan francamente—. Fue decisión suya volver solo. Y tú me habías dicho que no lo amabas.

Claudia apartó la mirada. ¿Por qué estaba discutiendo con él, agravando las mentiras que tanto lamentaba haber dicho?

—Por mucho rencor que sientas hacia mí, Claudia —continuó Morgan—, sólo hice lo que consideré mejor para mi hijo. Y, viéndote ahora, creo que también fue lo mejor para ti…

—¡Y supongo que también piensas que fue lo mejor para mi bebé! —dijo Claudia con rabia, volviendo a sentir en su interior el doloroso vacío que ya creía olvidado.

Parte de su dolor debió reflejarse en su rostro, porque Morgan le colocó una mano en la cintura, haciéndola volverse para que lo mirara directamente.

—Lo siento. No pretendía menospreciar la importancia de tu pérdida. Yo sé mejor que nadie lo mucho que sufriste. Ese fue el

motivo por el que te visité. No pretendía darte la lata. Nadie más iba a verte.

—¡No necesité tu lástima entonces y no la necesito ahora! —dijo Claudia orgullosamente.

—No. Pero sí necesitaste algo de mí. Dinero. De hecho, una buena cantidad —replicó Morgan en tono implacable, en contraste con la suavidad con que apoyaba la mano en la cintura de Claudia. Esta se sintió apabullada por la vergüenza.

Morgan Stone no se fue dócilmente del hospital cuando ella se lo ordenó. No la dejó sola. Siguió visitándola durante tres días, llevándole flores y fruta y noticias del mundo exterior, a pesar de que ella ni siquiera se dignó a mirarlo, cerrando los ojos y poniéndose los auriculares que colgaban de la cabecera de la cama.

Cuando se recuperó lo suficiente para darse cuenta de que no estaba en un hospital de la seguridad social, sino en uno privado, y que Morgan Stone se había hecho cargo de los gastos, sintió que tenía aún más motivos para sentirse resentida por la forma en que manipulaba su vida. Ella nunca se habría podido permitir aquella extravagancia, y el sobre que Morgan le entregó el tercer día, antes de irse, fue la humillación definitiva. Cuando Claudia lo abrió, encontró en él un cheque de varios miles de dólares y una breve nota sugiriendo que reconsiderara su relación con Mark a la luz de su nueva independencia económica.

Claudia no tuvo la oportunidad de arrojarle el dinero a la cara. No volvió a verlo, y, desposeída de aquella oportunidad para salvar su orgullo, la única posibilidad de venganza que le quedó fue la de quedarse con su dinero.

Más tarde comprendió el motivo de la repentina marcha de Morgan. Había descubierto que Mark estaba en casa de sus abuelos y volvió de inmediato a Wellington a proteger su inversión. Mark se quedó tan encantado con el cambio de actitud de su padre y con la oferta que le hizo, que Claudia se limitó a animarlo a que la aceptara y a desearle lo mejor para el futuro.

—¿Esperabas que rechazara tu sangriento dinero en un gran gesto de desafío? —espetó, a la defensiva—. Pues no lo hice. ¡Me gasté hasta el último dólar!

—Lo sé —dijo Morgan con calma, mirándola al rostro—. Espero que lo usaras sabiamente.

—Por supuesto. Lo gasté en ropa y joyas y en pasármelo bien —replicó Claudia ligeramente.

—¿De verdad?

Claudia tuvo la extraña sensación de que, bajo la aparente seriedad de su expresión, Morgan Stone parecía divertido. No podía saber que había utilizado su dinero para pagarse el curso de hostelería y para mantenerse hasta que obtuvo el título y consiguió un puesto de trabajo en el hotel Barón.

—¿No era eso lo que esperabas de una vulgar mujer vividora como yo?

—Oh, no vulgar, Claudia, nunca vulgar —murmuró él—. Creo que habrías hecho lo opuesto a lo que yo hubiera pensado sólo para castigarme —su perspicacia resultaba tan inquietante como su calma—. Como dijiste entonces, no sabía lo suficiente sobre ti como para juzgar tu carácter.

—¡Pero de todas formas me juzgaste!

—Como ya he dicho, soy humano y puedo equivocarme. Tengo un carácter fuerte y un temperamento ardiente. Puede ser una combinación letal. Eso fue lo que me alteró tanto cuando Mark creció lo suficiente como para cuestionar mi autoridad. Me gusta pensar que mi carácter se ha suavizado un poco con el paso de los años.

—¿Suavizado? —Claudia tuvo que esforzarse por no reír.

—¿Crees que exagero? —murmuró él.

—¡Yo no he visto ninguna evidencia de cambio! —dijo Claudia, mirándolo insultantemente de arriba abajo.

—Eso es porque tienes miedo a mirar de verdad. Estás demasiado ocupada escondiéndote del pasado. ¿Por qué no dejas de ocultarte tras tus defensas, Claudia? Puede que lo que encuentres te sorprenda…

—¿Dónde está Mark con el champán? —interrumpió ella con estridencia.

—Está siendo muy diplomático dándonos tiempo para conocernos —replicó él, moviéndose para impedir que Claudia viera el resto del salón—. Quiere que nos gustemos. Parece importante para él. No lo decepciones, Claudia.

Aquello sonó como una advertencia.

—¿O qué? —preguntó ella ácidamente.

—O puede que me sienta obligado a explicarle la verdadera razón de tu falta de entusiasmo por conocerme…

—¿Se lo dirías? ¿Ahora? —Claudia se quedó asombrada por la sugerencia.

Morgan se encogió de hombros.

—¿Por qué no lo discutimos durante la cena? Claudia se mostró aún más sorprendida.

—¿Cenar? ¿Contigo?

—Y Mark… con su prometida, desde luego.

—¿Mark está comprometido? —preguntó Claudia, sin disimular su asombro.

—¿No te lo ha dicho? —el cínico brillo en la mirada de Morgan encendió una luz en la mente de Claudia.

—Apenas hemos intercambiado unas palabras esta mañana cuando nos hemos encontrado —dijo ella rígidamente—. No tengo intención de volver a verlo, si eso es lo que te preocupa. El hecho de que esté o no comprometido es totalmente irrelevante.

—¿Y si él quiere verte a ti?

—¡Le diré que no!

—¿Y si no quiere aceptar un no por respuesta?

—¿Acaso es una tradición familiar dar la lata a la gente? —replicó Claudia sarcásticamente.

Morgan bajó la voz al ver que su hijo se acercaba.

—Si no quieres que saque a relucir el pasado, te sugiero que cooperes.

—¡Eso es chantaje! Además, no logro entender qué interés puedes tener en hacerlo. Tienes muchos más motivos que yo para temer que la verdad salga a la luz. ¡Soy yo la que podría chantajearte a ti!

Una indefinible tensión pareció apoderarse de Morgan Stone antes de preguntar:

—Podrías, ¿pero lo harías, Claudia?

Claudia bajó sus oscuras pestañas como si estuviera pensando, saboreando el momentáneo dominio que podía ejercer sobre él. Sus labios se curvaron con secreta satisfacción, revelando un hoyuelo en su mejilla izquierda, y oyó como Morgan se quedaba un instante sin aliento cuando alzó la cabeza para mirarlo directamente a los ojos, inconsciente de la sensualidad de su rosada boca en su femenina

arrogancia:

—¡Puede que sí!

—¡Te reto a hacerlo! —dijo él con suavidad, y, antes de que Claudia pudiera replicar, se apartó para aceptar la copa de champán que le ofrecía su hijo. Tras brindar sonrientemente, añadió—: Claudia estaba sugiriendo que cenáramos juntos esta noche. ¿Qué te parece, Mark? Podrías invitar a Serita.

Capítulo 3

POR QUÉ haces esto? —preguntó Claudia, tratando de disimular su rabia con una sonrisa mientras se movía rígidamente por la pista.

—¿Bailar contigo? Has dicho que te gustaba bailar—Morgan Stone le hizo girar con una delicada pero firme presión de la mano sobre su espalda desnuda. ¿Cómo diablos se le había ocurrido elegir un traje con escote en la espalda?

—Me refería a esta… a esta farsa de cena —replicó Claudia entre dientes.

—Tú eres la única responsable de eso, Claudia. Te di la opción de elegir un territorio neutral para nuestro encuentro… pero elegiste el camino del cobarde y fueron tus mentiras las que te comprometieron a venir aquí, no yo…

Cobarde. Mentiras. La precisión de aquellas palabras hirió profundamente el orgullo de Claudia. Esas palabras resumían muy bien su relación con Morgan Stone. Si no se hubiera asustado cuando sugirió lo de la cena y hubiera tratado de excusarse alegando que tenía trabajo y debía ocuparse esa noche y las de toda esa semana con unas cenas que había organizado en el hotel en conjunción con un festival floral que tenía lugar en la ciudad, no se habría metido en aquel lío.

—Perfecto. Entonces podemos comer aquí, en el hotel—había dicho Morgan Stone tras escuchar las inútiles excusas de Claudia—. ¿Qué mejor forma de comprobar la efectividad de lo que has organizado que experimentándolo por ti misma? Además, asi estarás a mano en caso de que surjan problemas…

—Oh, no creo…

—Si quieres, puedo hablar de ello con Simón.

—¿Simón? —Claudia sintió una vez más la peculiar confusión

que Morgan Stone parecía capaz de provocar en su mente.

—Simón Moore. Tu jefe. Tenemos relaciones de negocios. De hecho, fuimos al mismo colegio privado…

—No tienes por qué molestar a Simón… —dijo Claudia precipitadamente. Sobre todo teniendo en cuenta que eso haría que su excusa quedara totalmente al descubierto. La idea del tema floral en el hotel aquella semana había sido de ella, y ella era la responsable de coordinar los diversos acontecimientos, pero el jefe de cocina, un hombre muy temperamental, se enfadaría mucho si pensaba que trataba de inmiscuirse en su celosamente guardado territorio.

—¿Estás segura? No querría causarte ningún problema —dijo Morgan inocentemente.

—Estoy segura. Pero iba a decir que dudo que haya una mesa disponible a estas alturas —Claudia se volvió a hacia Mark, suavizando inconscientemente la voz en deferencia a su antigua amistad mientras trataba de mostrar cierta sinceridad en su nueva excusa—. Nuestro restaurante Nautilus es tan popular que normalmente está totalmente reservado con varios días de antelación, sobre todo los viernes.

Pero debería haber imaginado que aquello tampoco supondría ningún obstáculo para Morgan Stone. Siempre conseguía lo que se proponía. Lo cierto fue que acabaron cenando en la mesa mejor situada del restaurante, junto a los ventanales que daban al puerto.

Claudia trató de ignorar las femeninas miradas de envidia que estaba recibiendo en la pista de baile, pero no tenía más remedio que reconocer que Morgan era el hombre más apuesto de los que se hallaban allí reunidos.

—No quería cenar contigo en ningún sitio —replicó—, y mucho menos bailar contigo.

—¿Habrías preferido bailar con Mark?

—No me lo ha pedido.

—Pero iba a hacerlo.

Claudia alzó repentinamente la cabeza y lo miró a los ojos, comprendiendo por qué la había sacado a bailar de forma tan precipitada.

—¿Y qué? Por Dios santo, ¿qué crees que puede pasar en medio de una pista de baile?

—¿Y tú me lo preguntas? —tomando por sorpresa a Claudia, Morgan deslizó una mano hasta la parte baja de su espalda y pegó sus caderas a las de ella, haciéndole consciente de sus sinuosos y evocativos movimientos a la vez que apoyaba el torso contra sus senos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —susurró Claudia, enfadada, sintiendo un creciente calor en sus mejillas.

—Bailar —la voz de Morgan fue un suave ronroneo contra su oído—. ¿A qué viene el enfado, Claudia? Después de todo, ¿qué puede pasar en una pista de baile? —la hizo girar y a la vez colocó un muslo entre sus piernas, sujetándola aún con más fuerza para que no perdiera el equilibrio. Si Claudia no había sido aún consciente de él como hombre, ahora sí lo fue. Era tan fuerte como parecía y la sostenía con la misma facilidad que a una pluma.

—Muy divertido —dijo Claudia, y en el siguiente giro plantó deliberadamente el alto tacón de su zapato sobre el fino cuero italiano de uno de los de Morgan. En esa ocasión fue él el que estuvo a punto de perder el equilibrio en medio de la pista, maldiciendo entre dientes.

Claudia permaneció erguida entre la prisión de sus brazos, tratando de no dejarle ver lo indefensa que se sentía contra la amenaza de su indudable masculinidad.

—¿Ya has tenido suficiente? Imaginaba que tenías más aguante.

—¿Es eso un reto, Claudia? —preguntó Morgan con suavidad.

Claudia se echó atrás al instante al percibir su tono de voz.

—No, por supuesto que no. Simplemente no me gusta queme, queme…

—¿Que te mareen dándote vueltas?

—Exacto.

—¿Y no es eso lo que estamos haciendo el uno con el otro? ¿Dar vueltas alrededor del asunto principal? —continuó Morgan con perspicacia—. Y el asunto principal son tus sentimientos no resueltos respecto al pasado. Dices que no tienes intención de volver a salir con Mark, ¿pero y si él tampoco tiene resueltos sus sentimientos al respecto?

—No ha sido culpa mía que su prometida no pudiera venir esta noche —dijo Claudia a la defensiva.

—Si es que Mark le ha pedido que lo hiciera.

—Eso es ridículo.

—¿Lo es? Le encantó la idea de venir a cenar, ¿pero qué hombre razonable querría tener a su actual novia y a su ex-querida sentadas a la misma mesa?

Claudia ni siquiera era consciente de que habían empezado a moverse de nuevo y de que Morgan la sostenía con la misma fuerza que antes.

—¿Su actual novia? Creía que habías dicho que estaba comprometido…

—Mark y Serita se conocen desde hace un año y sólo hace seis meses que salen juntos. Serita es un chica brillante, encantadora, cálida, dulce y muy conveniente para Mark…

—¿Y dónde ha encontrado Mark esa joya? —preguntó Claudia en tono irónico—. Supongo que se la presentaste tú.

—De hecho, fue el padre de Serita el que lo hizo. Se trata de Michael Glenn, el miembro del parlamento.

—Y supongo que también fuisteis juntos al mismo colegio —Claudia sabía que estaba siendo maliciosa, pero no pudo evitarlo. Aún le dolía saber que aquel hombre no la consideraba lo suficientemente buena para su hijo.

—Lo cierto es que sí, pero no en la misma época. Michael tiene diez años más que yo.

—Entonces debe de estar a punto de retirarse de la política —dijo Claudia mordazmente—. Sospecho que no vas a poder contar con la ventaja de su influencia política durante mucho más tiempo.

En lugar de ofenderse, Morgan rió, y fue la primera vez que Claudia le oyó hacerlo. Fue un cálido y ronco sonido que resonó en sus sentidos.

—¿Se sentirá satisfecho tu vengativo corazón si te digo que el próximo mes cumpliré cuarenta años? —preguntó Morgan, sonriente.

—¿Sólo tenías dieciocho cuando nació Mark? —preguntó Claudia, aturdida.

—Sí. La misma edad a la que Mark habría sido padre si tu hijo hubiera sobrevivido. Y yo estaba tan poco preparado para ser padre entonces como él.

—¿Qué… qué hiciste? —preguntó Claudia, involuntariamente fascinada ante la idea de que Morgan Stone pudiera no estar

preparado para algo.

—Me casé con ella, por supuesto —Morgan miró con tranquilidad los sorprendidos ojos de Claudia—. Sí, dejé a mi novia embarazada cuando éramos estudiantes. ¿Por qué crees que estaba tan empeñado en que Mark no repitiera las mismas equivocaciones que yo? Hace veinte años, el matrimonio era la única opción en el medio social en que nos movíamos. Acabábamos de terminar en el instituto. Marina no tenía familia cercana y la mía se negó a apoyarnos financiera o moralmente a menos que nos casáramos. De manera que lo hicimos, pero me negué a aceptar la ayuda de mis padres. Abandoné mi intenciónde estudiar en la universidad y me puse a trabajar. Nuestro matrimonio no fue un éxito. Queríamos cosas distintas de la vida. Si Marina no hubiera muerto, hace tiempo que nos habríamos divorciado.

Claudia apartó la mirada, sorprendida de nuevo por la conclusión de que aquel hombre no era el ogro que su imaginación había creado, sino un ser humano vivo y palpitante que había sufrido en la vida y se había hecho más fuerte con esa experiencia de dolor. Un hombre de honor.

—Morgan, yo… —empezó a decir Claudia, pero se detuvo al oír la voz de Márk a su espalda.

—¿Puedo interrumpir la conversación?

¿Habría sido capaz de decirle la verdad allí mismo, en medio de la pista de baile? Claudia no lo supo con certeza mientras pasaba de los brazos de Morgan a los de Mark, consciente de una débil sensación de alivio.

—¿De qué hablabais tan concentrados? Apenas habéis cruzado dos palabras durante la cena… —era evidente que la interrupción de Mark tenía más que ver con su curiosidad que con sus ganas de bailar.

—Creía que querías que nos lleváramos bien—protestó Claudia con ligereza, volviendo la cabeza para no ver al hombre que la había soltado de mala gana y seguía en el borde de la pista.

—Sí —dijo Mark, sonriendo de forma incómodamente parecida a su padre—, pero debo advertirte que mi padre no tiene un buen historial en lo que se refiere a las mujeres. Es muy competitivo. No es capaz de resistirse a un reto, pero cuando lo consigue parece perder interés…

—¿Crees que me ve como un reto? —preguntó Claudia, sintiendo un escalofrío.

—Bueno, incluso con ese invitador vestido hay un aire de «no te acerques a mí» a tu alrededor —bromeó Mark, deslizando una mano por la suave tela verde del vestido de Claudia a la altura de su cadera—. Y a papá no le gusta que le digan lo que no debe hacer.

—Por algún motivo, no logro imaginar a tu padre como el típico mujeriego —murmuró Claudia, incómoda, sabiendo que si Morgan los había visto interpretaría erróneamente la caricia de Mark—. Para empezar, no tiene el aspecto…

Mark rió.

—Tú deberías saber mejor que nadie que no se debe juzgar un libro por su cubierta. Pero tienes razón, no solía serlo. El problema de papá es que siempre va directamente tras lo que quiere. Muchas mujeres encuentran estimulante ese aura de agresividad controlada. Las ami—'gas que llevaba a casa en cuanto veían a papá empezaban a tratar de hacerse notar.

—¿Y él se fijaba en ellas? ¿Fue esa una de las razones por la que peleasteis? —preguntó Claudia, sin poder evitarlo.

—Tal vez… puede que subconscientemente lo fuera —admitió Mark con lentitud, como si nunca hubiera considerado aquella posibilidad—. Aunque él nunca hizo nada para animarlas. Supongo que en aquellos días su reserva y frialdad eran parte de su encanto, la forma en que mantenía a todo el mundo a cierta distancia emocional… incluso a mí. Por supuesto que me prestaba atención cuando tenía tiempo y siempre tuve lo mejor de lo mejor, pero nunca sentí que formaba parte de su vida en el mundo real, en el mundo de los negocios que él parecía encontrar tan excitante y satisfactorio. Y debido a su temor de que me ablandara demasiado por ser su heredero, supe que nunca me dejaría entrar en su mundo sin luchar duro. Siempre sería su hijo, su deber, su responsabilidad… nunca su igual, nunca alguien con quien compartir sus responsabilidades. Era incapaz de delegar, siempre tenía que controlarlo todo. Supongo que hice de su vida un infierno durante una temporada, tratando de llamar su atención y a la vez tratando de escapar a su control. No lo conociste en esa época, de manera que no puedes darte cuenta de cuánto ha cambiado en losúltimos años. Yo mismo no termino de creérmelo. Ha aprendido

a jugar con tanta intensidad como a trabajar… parece, no sé… menos reservado y contenido… más… más…

—¿Suave? —sugirió Claudia irónicamente.

—Suave, sí. Supongo que es eso. Más suave y accesible. A eso me refería con lo de las mujeres. Últimamente parece dedicarse a su vida social con el mismo empuje que antes solía dedicar a su trabajo.

—Tengo la impresión de que eso no te parece demasiado bien —dijo Claudia, divertida por el cambio de papeles entre padre e hijo —. Ahora que trabajas para él, ¿crees que no está lo suficientemente centrado en sus ocupaciones?

—No trabajo para él, sino con él… mi nombre también está en el negocio —corrigió Mark, con un destello de juvenil arrogancia en sus ojos—. No podía creérmelo cuando aceptó añadir E Hijo al logotipo de la compañía. No, lo que no entiendo es por qué espera que yo asiente la cabeza y todas esas cosas cuando él se lo está pasando tan bien.

—Oh, oh. Serita —adivinó Claudia. Mark alzó la cabeza como esperando recibir una crítica y enseguida se encogió de hombros.

—Es una chica encantadora, pero si papá piensa que voy a casarme con ella para darle nietos mientras es lo suficientemente joven como para disfrutarlos…

Claudia se puso pálida y tropezó, pero antes de que pudiera recuperarse, Mark ya la había sacado de la pista.

—Lo siento, pero creo que ya has tenido suficientes Stone dándote vueltas por la pista. Creo que ya nos han servido el postre, así que será mejor que vayamos a reunimos con mi padre…

Claudia dejó que Mark la ayudara solícitamente a sentarse frente a un plato de frambuesas con nata de aspecto delicioso. Sin embargo, no tenía apetito.

Morgan le sirvió el resto de la botella de vino que habían bebido con la comida.

—Pareces necesitarlo más que yo —murmuró provocativamente —. Debes estar haciéndote mayor. Según tengo entendido, en tus buenos tiempos solías bailar toda la noche… ¡y encima de una mesa, nada menos!

—¡Eso sólo sucedió una vez! —replicó Claudia de inmediato. Mientras daba un sorbo de vino se propuso suavizar su tono de voz

—. Después de que Chris ganara el campeonato del mundo. Creo que tenía derecho a mostrar cierta alegría —de hecho, fue Chris el que la subió a la mesa y la hizo posar para las cámaras. Siempre estaba dispuesto a complacer a la prensa.

Mark deslizó la mirada de Claudia a su padre, dudando.

—Creía que no sabías nada sobre Claudia y Nash, papá…

—Lo sabía todo sobre Claudia la primera vez que la vi —replicó Morgan, sin apartar la mirada de ella—. ¿Acaso se suponía que debía ser un secreto?

Claudia se puso tensa. ¿Tenía intención Morgan de explicar cuándo fue esa primera vez?

—No, lo que sucede es que la prensa presionó mucho a Claudia tras la muerte de Nash y prácticamente tuvo que ocultarse para volver a vivir una vida normal —dijo Mark al ver que ella permanecía en silencio. Su caballero de brillante armadura… No podía imaginar que mientras él aún defendía su reputación ella había manchado deliberadamente la suya.

—Supongo que te refieres al lío sobre sus ganancias… tengo entendido que fue una malversación de su manager, ¿no? —preguntó Morgan, sin esperar respuesta—. ¿Y no montó un escándalo su familia ante la posibilidad de que tú heredaras su fortuna? Aunque al final resultó que no existía tal fortuna, ¿no?

Claudia inclinó la cabeza rígidamente. Era evidente que las fuentes de información de Morgan dos años atrásfueron los periódicos, de manera que no era de extrañar que tuviera un punto de vista distorsionado sobre su carácter.

Al principio, inmunizada por el amor de Chris, Claudia se divirtió con las ridiculas historias que circulaban regularmente sobre ella en las columnas de cotilleo. Solían bromear porque la consideraran una mujer fatal cuando, en realidad, en la época en que se conocieron ella era una jovencita bastante seria y tranquila de veinte años cuya educación en el campo le había conferido un carácter bastante ingenuo. La ingenuidad desapareció con bastante rapidez cuando se enfrentó al frivolo mundo al que su amor por Chris la había catapultado, pero la naturaleza intrínseca de su personalidad nunca cambió. A pesar de las presiones, y del hecho de que sus padres nunca la perdonaran por vivir en pecado con su famoso amante, Claudia nunca sucumbió a la tentación de creer a la

prensa.

—¿Consiguieron recuperar algo después de que atraparan al manager, Claudia? —preguntó Mark—. Leí en los periódicos que el caso fue a juicio en los Estados Unidos. Dadas las circunstancias, habrías tenido muchas oportunidades de…

—¡No! —Claudia interrumpió rápidamente a Mark, rogándole con la mirada que no siguiera. Al ver que éste no parecía captar su mensaje, se obligó a decir con calma—: No, al parecer el manager no supo manejar mejor el dinero para sí mismo que para Chris… además, hace tiempo que he dejado todo eso detrás y no me apetece volver sobre ello…

Finalmente, Mark captó su tensión y reaccionó con una falta de sutileza que hizo gruñir a Claudia interiormente. Con gesto culpable, Mark se inclinó hacia delante y apoyó una mano sobre la de ella, estrechándosela tranquilizadoramente.

—Oh, por supuesto… comprendo…

Su voz estaba cargada de significado y Claudia comprendió agradecida que Mark pensaba que su renuencia a hablar era debida a la paranoia que sintió dos años atrás temiendo que la prensa averiguara que esperaba un hijo de Chris. Era la clase de folletín que habría servido para unos buenos titulares en las revistas de cotilleo.

Tampoco se le pasó por alto la fija y suspicaz mirada de Morgan en la mano de Mark sobre la suya. No era ningún tonto; debía haber comprendido que acababa de darse entre ellos alguna clase de comunicación silenciosa, y sólo Dios sabía cómo la estaría interpretando.

Utilizó la excusa de volver a tomar su vaso para liberarse de la mano de Mark.

—¿Qué circunstancias eran ésas, Mark? Claudia debía haber supuesto que Morgan no dejaría el tema así como así.

—Er… bueno, hay un montón de precedentes de pensiones concedidas a ex-compañeras en la ley de los Estados Unidos —dijo Mark con cierta torpeza—. Y siendo Nash estadounidense, Claudia podría haber reclamado un porcentaje de sus ganancias por tos años que vivieron juntos… si es que hubiera quedado algo que reclamar…

—¿Cuánto tiempo vivisteis juntos Nash y tú? —el tono de la

pregunta de Morgan hizo que la relación de Claudia con Chris sonara como algo sórdido y vulgar.

Ella lo miró con desprecio y orgullo.

—Cuatro años —dijo lenta y sucintamente—. Cuatro maravillosos años.

—Debieron de ser maravillosos. Chris Nash no era especialmente famoso por su constancia. Debías tener algo muy especial para lograr mantener su interés tanto tiempo —Morgan miró a Claudia de arriba abajo, sugiriendo descaradamente que era su cuerpo lo que había utilizado para mantener el interés de Chris.

—¡Papá! —ni Morgan ni Claudia prestaron atención a la airada protesta de Mark.

Cuando Claudia se recuperó del efecto que le produjola descarada sexualidad que había en los ardientes ojos azules de Morgan, se inclinó hacia él y dijo:

—Si tenía algo especial. Se llama amor. Supongo que sabes lo que es eso, ¿no, Morgan? Es cuando dos personas se comprometen a respetarse y a confiar la una en la otra en una relación…

—¿En una relación? —dijo Morgan, arrastrando las palabras—. ¿Te refieres a tu aventura? Es una lástima que no sintierais el amor suficiente como para comprometeros formalmente con vistas al futuro.

Claudia estuvo a punto de decirle que Chris y ella habían decidido casarse, pero sabía que Morgan no querría creerla.

—¿Formalmente? ¿Oh, te refieres al matrimonio? —dijo con acida dulzura—. Pero hoy en día el matrimonio no es garantía de una relación duradera. La gente se casa por toda clase de razones, algunas de las cuales tienen más que ver con la respetabilidad que con el amor —Claudia lamentó de inmediato haber utilizado la confidencia que le había hecho Morgan cuando vio cómo miraba éste a su desconcertado hijo a la vez que sus mejillas se oscurecían.

Pero en lugar de replicarle con la misma ferocidad, Morgan se apoyó contra el respaldo del asiento y alzó su copa de vino con un gesto cínicamente burlón.

—Tocado. ¿Te ha dicho alguien alguna vez que te pones preciosa cuando te enfadas?

Claudia no pudo evitar ruborizarse y Morgan rió.

—¿Y te ha dicho alguien a ti que tu vocabulario es tan tópico

como tu mente? —replicó, tratando de recuperar el terreno perdido.

—Nadie tan guapa como tú, duquesa —dijo Morgan, dando un sorbo a su vino sin apartar sus hipnóticos ojos de ella— Si estoy siendo tan franco esta noche es porque me has atrapado por sorpresa. Te pido disculpas si te he ofendido. Sólo trato de reconciliar la imagen de la mimada amante del corredor de coches con la de la fría y eficaz trabajadora que tanto te esfuerzas en proyectar ahora.

¿Qué trataba de hacer? Claudia lo miró suspicazmente.

—Papá… ¿qué te pasa? Estás avergonzando a Claudia —Mark también estaba suspicaz y, por su expresión, no parecía precisamente encantado por la forma en que su padre estaba monopolizando la atención de Claudia.

—No, no lo estoy haciendo. ¿Verdad, Claudia? Ella aceptó su reto abiertamente.

—No. Una vez que has tenido que soportar a toda clase de periodistas y admiradores de ambos sexos en el mundo de las carreras, un ocasional hombre de negocios ligeramente bocazas resulta una amenaza bastante insípida.

—¿Insípida? Veo que voy a tener que trabajar duro para cambiar tu opinión sobre mí —murmuró él provocadoramente.

—Papá, recuerda que se supone que eres un adicto al trabajo reformado —Mark trató de atraer la atención hacia sí mismo—. Hace un rato le estaba contando a Claudia lo mucho que te habías relajado en los dos últimos años…

—Te refieres a desde que dejé de comportarme como un tirano —replicó su padre, evidentemente haciendo eco de las palabras que le habría arrojado su hijo a la cara en alguna ocasión en el calor de una pelea—, arriesgándome a la bancarrota por alimentar tu infantil ego.

—¡Arriesgándote a la bancarrota! —dijo Mark, sonriendo—. Sabes muy bien que las ventas han mejorado desde que yo estoy en el negocio. Era evidente que necesitabas un poco de sangre joven entre tus viejos y conservadores colaboradores.

—Gracias a nosotros, los «viejos conservadores», y a la imagen que hemos dado a lo largo de los años de funcionamiento de la empresa, tú estás recogiendo los beneficios que ahora está generando.

«¿Viejo conservador?» Claudia no pudo evitar sonreír para sí misma. A pesar del impecable traje y de sus elegantes y educadas maneras, Morgan Stone no le parecía el típico conservador.

—No sabía que el negocio de los vehículos de segunda mano fuera tan excitante —murmuró sin poder evitarlo. Ambos hombres la miraron, sorprendidos.

—¿Vehículos de segunda mano? —la voz de Morgan sonó extrañamente rígida.

—Sí. ¿No es a eso a lo que se dedica tu empresa?

—¿Cuál de ellas?

—No sabía que hubiera más de una —dijo Claudia, confundida tanto por la dolorida expresión de Mark como por la aparente suavidad de su padre—. Yo… Mark mencionó que tu dinero provenía de la venta de coches de segunda mano…

Mark se aclaró la garganta pero no dijo nada.

—¿Fue eso todo lo que te dijo? —preguntó Morgan, mirando a Claudia con sus penetrantes ojos azules.

—Bueno… sí. No hablamos demasiado sobre su pasado, ni sobre ti, y lo poco que oí tampoco fue muy halagador —añadió Claudia, molesta por tener que ponerse a la defensiva.

Por alguna razón, aquello pareció divertir a Morgan.

—No, imagino que no pasasteis mucho tiempo hablando… —antes de que Claudia pudiera responder adecuadamente a aquella descarada sugerencia, él continuó hablando—. Sí, poseo una cadena de franquicia de ventas, pero nuestro negocio principal es la importación de Lamborghinis, Ferraris, Jaguars y Porsches, toda clase de coches, tanto nuevos como usados. También patrocinamos coches de carreras.

—¿Coches de carreras? —Claudia cerró los ojos brevemente al sentir el eco del rugido de miles de caballos de potencia sobre el asfalto, al recordar el sabor y el aroma del keroseno en el fondo de su garganta, el olor a goma quemada. La excitación de todo aquel mundo acabó repeliéndola más de lo que le había fascinado. Incluso antes de que Chris muriera, había necesitado hacer acopio de todo su valor para ir a los circuitos y para enfrentarse a las cámaras mientras él entraba en una de aquellas máquinas potencialmente letales que había llegado a amar más que a la vida misma. Cuando abrió los ojos, Mark se apresuró a reconfortarla.

—No Fórmulas Uno, Claudia, no los que Chris solía conducir. Son coches deportivos y del Grupo Uno. Pero nunca te lo mencioné porque sabía lo mucho que te disgustaba oír hablar sobre cualquier cosa relacionada con el mundo de las carreras. Durante una temporada, incluso te sentías atrapada estando en el interior de cualquier coche. Lo siento… Papá no debería habértelo dicho así como así —añadió, mirando a su padre con gesto de reproche.

—No tiene importancia. Superé todo eso con los años. No me quedó más remedio —admitió, haciendo una mueca—. Trabajando como directora de relaciones públicas de un hotel hay que aprender a utilizar los contactos que se tienen, y yo tengo varios conocidos en el mundo de las carreras que pueden dar prestigio con su asistencia a algunos acontecimientos especiales organizados por el hotel…

—Puedo entenderlo —murmuró Morgan, y cuando ella lo miró de mala gana, añadió con suavidad—: Si te he causado dolor, no ha sido intencionadamente. Perdóname.

Justo cuando estaba empezando a disfrutar odiándolo le salía con algo así. ¿Que lo perdonara? Era él el que debía perdonarla a ella.

—No hay nada que perdonar —dijo Claudia sinceramente, e hizo un valiente esfuerzo por demostrarlo actuando como la consumada profesional que se suponía que era, manteniendo la ficción de su trabajo teniendo unas palabras con el camarero y el maitre.

Su intento de concluir la cena a un nivel menos personal haciéndose cargo de la cuenta fue frustrado por la testarudez de Morgan, que se empeñó en que ella era su invitada personal. Finalmente, Mark resolvió la discusión tomando el sobre que contenía la cuenta y levantándose para ir a pagar al cajero.

—Mientras Mark satisface su ego, ¿qué te parece si te acompaño a tu habitación? —sugirió Morgan, colocándose cortésmente tras la silla de Claudia mientras ésta se levantaba, ruborizada de irritación contra el mundo en general.

—Lo último que querría sería desviarte de tu camino —dijo en tono helado, pensando que aquella era otra táctica de Morgan para mantenerla alejada de su hijo.

—Oh, no lo estás haciendo. Yo también tengo que subir. Vamos, puedes despedirte de Mark en recepción. Su mano en la estrecha

cintura de Claudia fue tan implacablemente firme como sus palabras mientras la empujaba hacia la salida.

—Si crees que voy a invitarte a mi habitación a tomar café puedes olvidarlo —espetó a través de una rígida sonrisa mientras saludaba con un gesto amistoso a un conocido cliente que se hallaba en el restaurante.

—Pensaba invitarte a la mía… —murmuró Morgan junto a ella, riendo suavemente al ver que Claudia se ponía rígida, preparándose para cualquier nuevo atropello que él tuviera intención de perpetrar —. ¿No sabías que nuestra empresa mantiene una suite permanente en este hotel, duquesa? Cuando no está ocupada por algún socio o cliente, a veces la utilizo si no quiero molestarme en conducir de vuelta a casa… —bostezó burlonamente antes de añadir—: Y lo cierto es que esta noche no siento ganas de molestarme en hacerlo. De hecho, dadas las circunstancias, creo que sería buena idea que me quedara una temporada. Y ya que eres una leal empleada del hotel dedicada a acrecentar su buena reputación y relaciones con el público, sospecho que tú y yo vamos a vernos bastante a menudo en el futuro…

Capítulo 4

SOBRE mi cadáver! Cuatro días después, la respuesta de Claudia volvió para perseguirla.

Salió de la ducha y se secó vigorosamente con una toalla. Definitivamente, su cuerpo no era un cadáver; ¡de hecho, vibraba de rabia con sólo pensar en aquel hombre! Había sospechado que podía ser una peligrosa amenaza para su orgullo y su equilibrio, pero ahora sabía con certeza que lo era. La nota que habia sobre su tocador lo confirmaba en blanco y negro.

Por tercera noche consecutiva, Morgan Stone había decidido que no le apetecía molestarse en conducir hasta su casa y se había quedado en el hotel. Durante aquellos días, Claudia sólo lo había visto en algún momento, y de lejos, pero el mero hecho de saber que estaba cerca la hacía sentirse inquieta. Acababa de empezar a sentirse cómoda en su nuevo puesto de trabajo y ahora tenía que andarse con cautela cada vez que salía de su habitación.

Aún medio inclinada a creer que Morgan sólo había tratado de atormentarla con la amenaza de su molesta presencia aquella primera noche, Claudia le cerró la puerta en las narices y fue al teléfono de inmediato para hablar con la telefonista del turno de noche, Joy Castle, una empleada del hotel con la que se había llevado muy bien desde el primer momento y en cuya discreción confiaba plenamente.

—¿Has oído hablar alguna vez de Morgan Stone, Joy?

—Querida, es imposible vivir en Wellington sin haber oído hablar sobre él. Creo que ese es su plan. Piensaen Morgan Stone y piensa en coches. ¿Has decidido comprarte un Ferrari, o qué?

Claudia se estremeció. Uno de los placeres de vivir en el hotel era que no necesitaba un coche.

—¿Con mi sueldo? No, pero he sabido que alquila una suite permanentemente y me preguntaba por qué no he visto a ningún Stone en nuestra lista de clientes permanentes.

—No la alquila él personalmente, sino su empresa, Morgan E Hijo. Es una de las suites dobles, la R Cinco. Trae a muchos clientes interesantes para el hotel, famosos corredores de coches, celebridades que pasan por la ciudad… esa clase de cosas.

—Ya veo… ¿Y él suele quedarse a menudo?

—Creo que pasa en el hotel alguna noche de vez en cuando, y si tiene alguna amistad personal aqui, a veces se queda más tiempo…

—¿Amistad personal? ¿Te refieres a… a mujeres? Al otro lado de la línea, se produjo un breve y sorprendido silencio, seguido de una risa.

—¿Me estás preguntando si Morgan Stone utiliza la suite de su empresa para actividades de una… er… naturaleza sexual ilícita, Claudia?

—No, por supuesto que no —contestó Claudia precipitadamente —. No espero que tú…

—Tranquila, sólo estaba bromeando. Sé que no me estás preguntando todo esto sólo por preguntar. De todas maneras es viudo, así que no tiene nada ilícito que ocultar. Supongo que algunas de esas amistades han sido mujeres, pero el tipo tiene clase, si eso es lo que te preocupa. Nunca ha supuesto un problema para la reputación del hotel.

—No, por supuesto que no —volvió a decir Claudia precipitadamente, pensando que ella tenía más probabilidades de suponer problemas para la reputación del hotel que Morgan Stone. Aunque su condición de ex-celebridad le resultaba útil para su trabajo, también podía venirle muy mal si no era cauta en su trato con la prensa. Afortunadamente, de momento mantenía una buena relación con los medios de comunicación de Wellington—. ¿Suele solicitar regularmente algún servicio especial? —añadió, tratando de utilizar un tono de interés meramente profesional en su pregunta. Joy no se dejó engañar.

—¿Seguimos hablando del mismo tema?

—¡No! —ridiculamente, Claudia sintió que se ruborizaba. Por lo que había dicho Mark, lo más probable era que Morgan pagara a las mujeres por mantenerse alejadas, y no al contrario—. Joy…

—Servicios de secretaría, el masajista cuando ha utilizado el gimnasio… es miembro del club de salud. A veces, dirige algunas reuniones en la sala de juntas y utiliza el restaurante para comidas de trabajo —dijo Joy animadamente—. Creo que lo único que no utiliza es el servicio de limusinas —añadió con una risita—. ¿Quieres saber algo más? Tengo una docena de llamadas esperando.

—Oh, no… gracias Joy —Claudia colgó tras aquella precipitada mentira. De todas formas, lo que había averiguado ya era suficientemente inquietante. Probablemente, Morgan Stone estaba más familiarizado con el hotel que ella misma. Sólo la suerte había impedido que se encontrara con él hasta ese día. ¡Una suerte que, evidentemente, acababa de abandonarla!

Claudia se puso la ropa interior y se sentó al tocador para secarse el pelo rápidamente, tratando de ignorar la explosiva nota que se hallaba junto a sus cepillos.

Tras maquillarse expertamente, algo imprescindible para su trabajo en el hotel, se vistió con especial esmero, prestando meticulosa atención al cuello y a cada botón de la chaqueta de su uniforme.

Finalmente, miró de nuevo la nota que Simón le había enviado la tarde anterior.

Reunión en mi despacho mañana a las nueve en punto con Morgan Stone. ¡¡Tiene una excitante proposición que hacer!!

Claudia se había puesto pálida al leer la última frase con los dobles signos de exclamación, preguntándose por un loco momento si Morgan Stone tendría intención de chantajearla para que se casara con él. Luego, la razón volvió a asentarse en su mente y fue a acostarse, aunque no dejó de dar vueltas en la cama toda la noche, furiosa consigo misma por su absurda suposición y torturándose de temor por lo que pudiera depararla la mañana siguiente.

Se miró por última vez en el espejo y casi gruñó. A pesar del esmerado maquillaje, sus ojos revelaban cierto cansancio por la falta de sueño y también cierta inquietud. Sonrió decididamente, pero no fue la sonrisa que encantaba a sus amigos, sino la que utilizaba profesionalmente y que tan buenos resultados le daba con los recién llegados.

Primero fue a su pequeño despacho para comprobar los mensajes que tema y para organizar la agenda del día. Luego,

desayunó y, a continuación, se encaminó por el acristalado pasillo hacia el lujoso despacho de Simón Moore.

Llegó antes de la hora a propósito, esperando poder hablar con él un momento a solas para saber qué esperar, pero mientras se acercaba a la puerta abierta del despacho oyó un ronroneo de voces masculinas, una de las cuales hizo que se le erizara el vello de la nuca. Con la barbilla alzada, los hombros hacia atrás y una brillante sonrisa en el rostro, entró en el despacho de Simón. Pero estuvo a punto de perder toda su dignidad al tropezar con la cartera que Morgan Stone había dejado en medio de la alfombra.

—Lo siento —dijo él, en un tono más cercano a la diversión que a la disculpa, a la vez que se levantaba y sujetaba a Claudia por el brazo para que mantuviera el equilibrio. Ella se soltó de inmediato y ocupó el otro asiento que había frente al escritorio de Simón.

Cruzó las piernas y entonces siguió la mirada de Morgan para descubrir que, por accidente o inconsciente deseo, la afilada punta de uno de sus tacones apuntaba directamente hacia el hombre que había vuelto a sentarse a su lado.

—Armada y peligrosa —murmuró Morgan, y deslizó la mirada a lo largo de la pierna de Claudia, deteniéndola un momento en el contorno de su cadera antes de alzarla hasta su estirado rostro, tratando de desconcertarla. Claudia le devolvió una mirada cargada de desdén. ¡Pero le costó mucho encontrar algo que desdeñar!

Mientras Simón lucía su típico traje oscuro, Morgan estaba adecuadamente vestido para el maravilloso día de verano que ya se presagiaba a través de los ventanales del despacho. La chaqueta deportiva de hilo de color rosado oscuro sobre la. camisa de seda blanca, abierta en el cuello, y unos pantalones blancos de hilo, conferían a Morgan Stone un aspecto de vigorosa y natural elegancia. Sus zapatos de tipo mocasín también eran blancos.

—La maldición del vendedor de coches de segunda mano —dijo él, atrayendo la mirada de Claudia hacia la suya, y añadió—: Zapatos blancos brillantes.

—Y una personalidad a juego —no pudo evitar añadir Claudia.

—No sabía que os conocierais tan bien —dijo Simón lentamente, y Claudia abrió la boca para decirle que no se conocían, pero la cerró al darse cuenta dé que había sido más una advertencia que un comentario intrascendente. Si iba a intercambiar insultos con un

importante cliente, Simón querría saber el motivo.

—Oh, compartimos algunos recuerdos, ¿no, duquesa?

—¿Duquesa? —Simón contempló la incómoda expresión de Claudia—. No me digas que tienes un título nobiliario escondido en tu pasado.

—Es sólo una broma del señor Stone —explicó Claudia rígidamente.

—Puedes dejar lo de «señor», Claudia. No creo que Simón se deje engañar —dijo Morgan, horrorizándola—. Claudia y yo nos conocimos hacer un par de años. De hecho, hace unos días cenamos juntos en el restaurante del hotel.

—Oh, comprendo —dijo Simón, que, evidentemente, no comprendía nada—. ¿Va a suponer eso algún problema? —preguntó con delicadeza.

—No para mí. ¿Y para ti, Claudia?

—Por supuesto que no —contestó, pero al ver el brillo de triunfo que apareció en los ojos azules de Morgan, añadió sin pensar—: De hecho, es con el hijo de Morgan con quien tengo amistad, y los tres cenamos juntos la otra noche. Morgan y yo no nos conocemos muy bien. Lo cierto es que sólo hemos tenido dos encuentros muy breves…

—Pero memorables —dijo Morgan con burlona galantería—. Dejémoslo en que eres una amiga de la familia, ¿de acuerdo? Lo cual está muy bien, porque como ya sabes, Simón, me gusta tratar los negocios en un plano relativamente informal. Con Claudia sé exactamente dónde estoy.

Claudia deseó que a ella le pasara lo mismo.

—Tal vez alguno de los dos podría explicarme para qué es esta reunión —dijo con dulzura, esperando que la conversación tomara un derrotero menos peligroso.

—Por supuesto. ¿Quieres antes una taza de café, Morgan? ¿Y tú Claudia? Esta mañana no pareces demasiado animada. ¿Tuviste una cita la pasada noche?

Claudia logró dar una respuesta evasiva a la broma de Simón, aunque no pudo evitar darse cuenta de la afilada mirada que le lanzó Morgan.

—Y ahora, Claudia, vamos al grano —continuó Simón tras pedirle a su secretaria que trajera café—. Es probable que no sepas

que Morgan patrocina este año la Sport Five Hundred, la carrera anual de quinientos kilómetros que recorre Wellington. Antes solía ser patrocinada por una compañía petrolífera, pero éste año Morgan E Hijo se ha hecho cargo de ello y Morgan quiere aprovechar al máximo la publicidad que el acontecimiento puede ofrecer a su compañía. Ya que la mayoría de los pilotos van a alojarse en nuestro hotel, cualquier publicidad que Morgan genere nos afectará a nosotros, y viceversa, de manera que ha sugerido que en lugar de doblar los gastos nos unamos para organizar una semana de actos relacionados con la carrera; algo parecido a lo del festival floral de la semana pasada. Que, por cierto, tuvo un enorme éxito, Morgan, aunque el hecho de que hayas solicitado la colaboración de Claudia significa que no necesito venderte su talento…

—No.

—De hecho, si este esfuerzo de cooperación es un éxito, tal vez podamos implicar otros negocios y transformarlo en un acontecimiento anual. ¿Qué te parece, Claudia? ¿Te excita la idea?

—Excitar no es la palabra —dijo ella débilmente.

—¿Te emociona? ¿Te estimula? ¿Te produce escalofríos? —sugirió Morgan maliciosamente.

—Digamos que me siento interesada —replicó Claudia secamente. ¡Aunque la palabra más descriptiva habría sido «aterrorizada»!

—¿En serio? —Morgan se apoyó contra el respaldo de su asiento y alargó una pierna para poder meter despreocupadamente una mano en el bolsillo de su pantalón. Parecía totalmente relajado, pero sus ojos le delataron; eran como dos balas de acero azulado—. No te pareces a ninguno de los jefes de relaciones públicas que he conocido. A estas alturas ya me estarían apabullando con cientos de ideas…

—El estilo de Claudia es un tanto diferente —dijoSimón, sonriendo a pesar de la crítica implícita de Morgan—. Por eso es tan buena en su trabajo. Inicialmente no se deja llevar por el entusiasmo. Es cautelosa y muy práctica; siempre contempla todas las posibilidades antes de tomar una decisión. Si se hace cargo de algo es porque está segura de que puede suponer un éxito para el hotel. ¡Y todavía no ha fallado ni una vez! Su magnífico expediente fue una de las razones por la que fue trasladada aquí…

—¿Cautelosa? Me sorprendes —murmuró Morgan, que no había apartado la mirada de la rígida expresión de Claudia—. Pensaba que Claudia era una persona impulsiva y apasionada…

Simón rió.

—Claudia tenía razón; es evidente que no la conoces muy bien. Pero puedes estar tranquilo, Morgan; si decide ocuparse del proyecto, tendrás toda su atención.

Morgan sonrió ligeramente al captar la momentánea expresión de horror de Claudia cuando ésta oyó las palabras de Simón.

—Estoy deseándolo —murmuró.

—¿Decidir? ¿Quieres decir que tengo esa opción? —preguntó Claudia con aspereza.

Simón pareció un poco desconcertado por su sarcasmo, pero fue Morgan el que habló.

—Por supuesto —dijo, encogiéndose de hombros—, si no te consideras capaz de manejar esto…

Claudia supo lo que estaba haciendo. Le estaba poniendo un reto adolescente bajo la nariz, pensando manipularla para que aceptara. Debía pensar que era una estúpida.

—Sé que soy capaz —respondió con frialdad—. Pero no tengo por qué probárselo a mi ego corriendo riesgos inaceptables…

—¿Riesgos? Es curioso que utilices esa palabra —dijo Morgan con gesto inocente—. ¿De qué riesgos estamos hablando? No te estoy pidiendo que conduzcas uno de los coches de carreras.

Simón se aclaró la garganta.

—Er… Morgan, ¿sabías que Chris Nash…?

—Sí, conozco esa parte del pasado de Claudia, pero ella misma me aseguró que ya ha superado el trauma del accidente que mató a su amante —Morgan eligió sus palabras con una brusquedad que transformó su reto de provocativo en descarado—. Si no la hubiera creído, no estaría aquí. Sin embargo, no creo que Claudia se estuviera refiriendo al riesgo de un accidente de coche…

—Oh.

Era raro que Simón se sintiera desconcertado, pero en aquella ocasión era evidente que lo estaba.

Claudia se preguntó cómo podría retraerse de su posición defensiva sin mostrarse aún más petulante.

—Bueno, yo…

—Si nos fuéramos juntos y le explicara mi idea en detalle, tal y como te la he explicado a ti, Simón, tal vez podría aclarar sus dudas-Una vez más, Morgan había ganado. Simón pareció aliviado.

—Buena idea, Morgan.

—Eso no será necesario —dijo Claudia, obligándose a sonreír animadamente—. Supongo que no es lo mío hacer de abogada del diablo. De hecho, me doy cuenta de que hay grandes posibilidades en el proyecto, y no sólo para el HarbourPoint, sino para toda la cadena de hoteles Barón. ¿Por qué no me dais un poco de tiempo para elaborar algunas ideas…?

—Los dos.

—¿Disculpa? —Claudia dirigió cuidadosamente la mirada al botón superior de la camisa de Morgan.

—No vas a elaborar las ideas sola. Lo vamos a hacer entre los dos.

Claudia siguió negándose a mirarlo mientras trataba de ponerlo en su sitio.

—Naturalmente, estoy dispuesta a discutir mis ideas con tu agencia de publicidad antes de…

—No será necesario. La agencia se ocupará de todo más adelante. Como ya le he dicho a Simón, prefiero encargarme de esta promoción personalmente —Morgan enfatizó la última palabra, de manera que Claudia entendiera con toda claridad—. En esta era de tecnología, creo que un toque personal es algo muy recomendable, ¿no te parece?

—Pero estoy segura de que tu agencia de publicidad querrá implicarse de lleno en el proyecto. Cuantas más cabezas piensen, mejor —dijo Claudia, espantada ante el pensamiento de lo que pudiera implicar con exactitud aquel «toque personal».

—La democracia está muy bien, pero en este caso me siento inclinado a ser autocrático —replicó Morgan con la arrogancia del poder absoluto—. Sólo faltan dos meses para la carrera, de manera que será mucho más eficaz que trates directamente conmigo. Estoy seguro de que entre los dos podremos dar con algunas ideas lo suficientemente inusuales como para… estimular tu interés hasta lograr que resulte beneficioso para ambos…

Si Claudia se hubiera sentido más tranquila, tal vez habría reído. Morgan tenía una evidente facilidad para jugar con los dobles

sentidos.

—Lógicamente, tendré que adaptarme a tus deseos como cliente —dijo, sin poder evitar añadir—: Aunque pienso que esta vez estás equivocado.

—No cliente… socio —dijo Morgan con sedosa satisfacción, alargando una mano hacia ella como si fuera un perfecto caballero —. ¿Cerramos el trato?

Claudia estrechó su mano, ocultando su renuencia a Simón, pero no al hombre que tenía frente a sí. Sus ojos brillaron de furia reprimida mientras se preguntaba a qué trato se habría comprometido con exactitud.

—¡Magnífico! —era evidente que Simón estaba deseando dejar sellado el pacto—. Ahora puedo dejar en vuestras manos todos los detalles del proyecto. Me mantendrás informado, ¿verdad, Claudia? Tendremos que recibir la aprobación de la junta general, ya que esto se reflejará en nuestra imagen internacional, pero, dado el prestigio del acontecimiento, no creo que haya ningún problema.

—Entretanto, yo pondré a Claudia al día —Morgan se levantó y se volvió hacia ella—. ¿En tu despacho o en el mío?

—Me temo que hoy tengo un día muy ocupado —Claudia se alegró de poder informarle con toda sinceridad.

—Yo también estoy muy ocupado, ¿pero no podrías concederme ahora unos minutos de tu tiempo?

Consciente del movimiento de inquietud de Simón, Claudia capituló. Lo mejor sería acabar con aquello cuanto antes. Si hacía bien su trabajo, tal vez lograría reducir al mínimo sus encuentros con Morgan.

—No tengo mi primera cita hasta dentro de quince minutos —dijo mientras se levantaba, tratando de mostrarse fría y profesional. Incluso con los tacones, sus ojos sólo llegaban a la altura de la barbilla de Morgan—. Si no te molestan las prisas, supongo que podremos aclarar las cosas lo suficiente como para que empiece a trabajar en ello.

—Quince minutos serán suficientes para lo que tengo pensado —murmuró él, haciendo que un escalofrío recorriera la espalda de Claudia mientras él la seguía hasta la puerta.

Caminó por el pasillo con los hombros tensos, consciente de que Morgan le pisaba los talones. En cuanto entraron en su pequeño

despacho, de pronto le pareció más diminuto que nunca, e invitó precipitadamente a Morgan a que se sentara, esperando que el ancho de su escritorio actuara como escudo contra su intimidante aura de arrogante masculinidad…

Pero cuando pasó junto a él, Morgan la tomó por el codo y la hizo girar de manera que quedara frente a él.

—¿Dolor de cabeza?

Estaba tan cerca, que Claudia pudo percibir el calorde su piel, aspirar el aroma de su masculinidad, un con fuso contrapunto a la suavidad de su voz. Mientras lo miraba, confundida, Morgan alzó una mano. Le acarició con la punta de un dedo el ceño entre las cejas y deslizó el pulgar bajo sus ojos antes de que ella pudiera protestar.

—Sé que anoche no saliste —continuó—, de manera que supongo que se debe a otra razón. ¿La mala conciencia te mantuvo despierta?

—Yo… no… de hecho, dormí como un bebé —espetó Claudia, tratando de no temblar bajo su caricia. La respuesta de Morgan fue devastadora.

—Los bebés a veces se despiertan llorando en medio de la noche —murmuró, deslizando con infinita delicadeza el pulgar bajo los ojos de Claudia, como apartando una imaginaria lágrima—. ¿Lloras a veces por tu hijo perdido en la quietud de las largas y solitarias noches, Claudia?

Claudia se sintió como si la hubiera golpeado en pleno corazón. Echó la cabeza atrás para alejarse de su mano, pero el la retuvo por el codo, conteniendo la violencia de su retroceso.

—No tienes derecho a…

—¿Quién más puede tenerlo? —susurró Morgan—. ¿Quién más sabe lo de tu bebé? Compartimos una pena, Claudia, un dolor secreto. Tú no lo has olvidado más que yo. Sólo lo has ocultado, donde otros no puedan verlo, para que no te hagan daño con su curiosidad o su compasión. Pero tú y yo sabemos que está ahi, entre nosotros. Y un día tendremos que hablar de ello… para resolver el conflicto…

—No… —en su pánico, Claudia trató de liberarse, pero él la controló con facilidad atrayéndola hacia su poderoso cuerpo—. No… —el ruego de Claudia quedó apagado contra el pecho de

Morgan y su cabeza quedó apoyada en la curva de su cuello.

—Entonces deja de luchar contra ti misma. He dicho que un día… no hoy. Aún no hemos establecido las reglas del juego.

—¡Suéltame!

—Cuando te hayas calmado. Estás temblando y el corazón te late como el de un cervatillo asustado.

Claudia se hizo intensamente consciente de sus senos presionando contra la dureza de las costillas de Morgan y del firme latido del corazón de Morgan latiendo bajo su oído. Una extraña tensión se apoderó de su cuerpo, incrementando su temor. Salvaje. Así era como la hacía sentirse aquel hombre. Perseguida y capturada. Y a salvo.

Morgan la tenía sujeta con un brazo por la cintura y apoyaba el otro verticalmente contra su espalda, abarcando con la mano abierta su nuca. Hacía casi tres años que no la abrazaban con tanta intimidad, e incluso entonces no fue con el cariño que necesitó al descubrir que estaba embarazada. Tanto en los circuitos como fuera de ellos, Chris fue un hombre que vivió a toda velocidad, y a pesar de que Claudia lo amó, a veces sintió que la dejaba atrás en el tumulto de sus impetuosas pasiones. Nunca tuvo tiempo en su rápido paso por la vida de abrazarla por el mero hecho de estar junto a ella. En su mundo, los abrazos y los besos eran algo habitual entres los amigos y conocidos, pero si alguna vez abrazaba con ternura a Claudia era porque las cámaras estaban delante o como preludio a hacer el amor.

El peligroso desvío de sus pensamientos la hizo reaccionar. ¿Qué pensaría un desconocido si entrara de repente en su despacho y los viera?

—Ya estoy bien —dijo, esforzándose por sonar calmada.

Morgan deslizó la mano con que le sujetaba la nuca y le hizo alzar la cabeza para mirar sus grandes y culpables ojos. Tras un interminable momento, la soltó y se sentó con un gesto de descarada satisfacción mientras observaba cómo Claudia se retiraba tras su escritorio en una actitud mucho más sumisa que antes.

—Yo… ¿Cómo sabes que… que anoche no salí? —preguntó con voz ronca, lamentando de inmediato no haberse centrado en el tema de trabajo que los había llevado a su oficina.

—Lo pregunté —contestó él, mostrándose aún más satisfecho.

—¿A quién? ¿Por qué? ¿Cómo te atreves a espiarme?

—Cuidado Claudia; ya sabes lo irresistibles que me resultan los retos —murmuró Morgan provocativamente—. Me atrevo porque me preocupo por ti. Pareces mucho más humana vibrando de rabia que oculta tras tu aire de indiferencia. Ya te dije que íbamos a vernos a menudo. Deberías haberme creído. De ahora en adelante lo harás. Yo no miento.

—Y yo ya te he dicho que no soy ninguna amenaza para ti ni para Mark. Como sin duda te habrán dicho tus espías, no lo he visto desde el otro día en la cena…

El teléfono sonó en ese momento y Claudia lo descolgó rápidamente, agradecida por la interrupción.

Pero se quedó helada al oír la voz al otro lado de la línea. Giró en su silla hacia un lado, ocultándose lo más posible de Morgan con el auricular.

—Sé que pensabas buscar un apartamento. Está en un lugar perfecto para alguien que no tiene coche, a sólo quince minutos en autobús de la ciudad. ¿Qué te parece? ¿Por qué no te recojo a la hora de comer, o después del trabajo y te llevo en coche a verlo? Conviene darse prisa, porque la gente querrá quitárselo de las manos…

Claudia comprendió de repente por qué la voz de Mark retumbaba de forma tan extraña en sus oídos. Volvió la cabeza y vio el dedo de Morgan alzándose del botón del altavoz en la consola de su teléfono. No captó el más mínimo tono de disculpa en su voz cuando dijo:

—Dile que no.

Claudia cubrió el auricular con una mano en un inútil intento por proteger su intimidad.

—Si no te importa, yo misma me ocuparé de esto.

—Sí me importa. Tu resistencia parece muy floja en lo que concierne a mi hijo; al parecer, estás dispuesta a darle lo que quiera sin preocuparte por las consecuencias. Pero ahora estoy yo aquí. Yo sí puedo negarle las cosas. Dile que esta vez tu respuesta es no. No vas a permitirle que te instale en un conveniente apartamento…

—¿Cómo te atreves…?

—Ya te he advertido que no te conviene decirme eso, Claudia —dijo Morgan en tono inexorable. Se inclinó hacia delante para

hablar por la consola del teléfono—. Lo siento, Mark, pero la dama tiene otros planes para hoy… y para cuando decida instalarse. No necesita tu ayuda. ¿Le has dicho ya que te vas a Italia la próxima semana? ¿No? —Morgan dejó que su hijo hablara lo mínimo—. Bueno, no te preocupes, me aseguraré de que Claudia esté totalmente informada de todas tus obligaciones.

Morgan concluyó su actuación tomando repentinamente el auricular de manos de Claudia para continuar el monólogo con su hijo con más intimidad de la que le había concedido a ella.

—¿Qué me habías dicho antes, querida? Oh, sí, Claudia quiere que sepas que está terriblemente ocupada, Mark, así que lo más probable es que no tenga tiempo de verte antes de que te vayas. Oh, por cierto, no me esperes esta noche. Me quedo en el hotel. Sí… otra vez. No, no creo que necesites preguntar por qué; es evidente que ya has sacado todas las conclusiones correctas. Sí, por supuesto que le daré tus cariñosos saludos… mientras comprendas que mientras los tuyos serán necesariamente platónicos, los míos no. Adiós, Mark.

Y a continuación colgó el teléfono.

Y Claudia empezó a gritar.

Capítulo 5

PUEDO ayudarla? Claudia apoyó una mano en el techo del lustroso coche y se volvió con una sonrisa hacia el joven vendedor que se aproximaba.

—Nunca había visto uno de estos —murmuró ella, admirando el elegante diseño del agresivo deportivo de dos puertas.

—Es una preciosidad, ¿verdad? —dijo el joven, sin apartar los ojos de ella—. Es un Bricklin. Motor Ford V8 con una velocidad real máxima de ciento ochenta y siete kilómetros por hora. Va a juego con el color de su esmalte de uñas.

A Claudia le divirtió tanto la agudeza de su mirada como su halago. Ella no se había fijado en el detalle.

—¿Cree que debería comprarlo por razones cosméticas?

—Es una razón tan buena como cualquiera, pero la verdad es que no creo que este modelo sea de su estilo —el vendedor era joven; no tendría más de veinte años y Claudia sospechó que también era bastante nuevo en su trabajo.

—¿Oh? —Claudia alzó las cejas, aceptando jugar su juego. Ya que era la única persona en el espacioso escaparate con suelo de mármol, probablemente estaba deseando aliviar el aburrimiento de un día pesado. O tal vez había pensado que el jersey blanco de algodón, la falda blanca a juego y la chaqueta color coral de Claudia eran lo suficientemente elegantes como para parecer caras. Probablemente, la pamela que se había quitado antes de entrar añadía puntos a la ilusión de clase. Si en lugar de aquel vestido, hubiera llevado su uniforme, el joven no la habría catalogado de inmediato como una posible cliente—. ¿Y cuál le parece que es mi estilo?

—Tal vez algo un poco más rápido —la mirada del vendedor

bajó hasta el borde de la corta falda y Claudia fue muy consciente de sus piernas desnudas—. ¿Qué tal un Ferrari? —preguntó, señalando un vehículo descubierto de color gris metalizado que ocupaba un lugar privilegiado en una rampa del escaparate.

Claudia decidió tomarle un poco el pelo.

—Un Ferrari es tan terriblemente… convencional, ¿no le parece? Suelen conducirlos hombres de mediana edad. ¿No tiene algo más… llamativo?

Tuvo que ocultar una sonrisa al ver la expresión de desconcierto del joven. Sin duda, y como le sucedía a la mayoría de los hombres jóvenes, una de sus ilusiones en la vida sería tener un Ferrari.

—¿Un Porsche Novecientos Once?

Claudia movió una mano con gesto desdeñoso.

—Demasiado popular.

Un brillo en los ojos del vendedor le reveló que había despertado su instinto de lucha y, para disimular la risa, tuvo que darse la vuelta.

—¡Ah! ¡Ese! ¡Ese sí que me va! —Claudia caminó entre varios coches para detenerse junto a un lustroso y elegante deportivo descapotable de color azul.

—¿Un Corvette? Entre, pruébelo —la animó, abriendo la portezuela, ignorando la indecisión de Claudia mientras le quitaba la cartera y la pamela de las manos y le hacía sentarse tras el volante.

El asiento de cuero se adaptó al cuerpo de Claudia como si fuera un guante y la suavidad del volante en sus dedos fue un placer tan inesperado que no notó que el movimiento de sus caderas mientras metía las piernas hizo que la falda se le subiera hasta medio muslo, o queel joven apoyado en la puerta se había fijado con todo detalle en su distracción.

—Es un Greenwood. El único de su clase que hay en el país —dijo orgullosamente—. Y es un poco más rápido que el Ferrari, aunque no creo que tenga oportunidad de comprobarlo en Wellington, a menos que vaya a correr los Quinientos —observó a Claudia con interés mientras ésta se hundía un poco más en el asiento y examinaba el impresionante salpicadero. Luego se inclinó delante del parabrisas y le sonrió—. ¿Va a pagar en efectivo o con un cheque, señorita?

Claudia le devolvió la sonrisa. El juego había terminado. No había hecho nada tan frivolo en muchos años. Suspiró, deslizando un dedo por la curva del volante.

—Es verdaderamente maravilloso. Es tan… tan…

—Creo que la palabra que estás buscando es sexy.

El joven se irguió repentinamente, como si le hubieran disparado, a la vez que perdía toda su arrogancia juvenil. Se apartó rápidamente del coche, dejando a Claudia mirando directamente a los penetrantes ojos de Morgan Stone.

—Er… señor Stone… estaba enseñándole el coche a

la dama…

—Y la dama iba a llevarte a dar una vuelta —Morgan interrumpió el balbuceo del joven con una irónica sonrisa—. Debería darte vergüenza aprovecharte de la joven inexperiencia de Cari, Claudia —la reprendió, haciéndole ruborizarse como si fuera culpable de algo más que de una mera frivolidad—. Probablemente ella sabe mucho más sobre coches como éste que tú —le dijo al arrepentido joven mientras tomaba de sus manos el sombrero y la cartera de Claudia y le hacía irse con un leve gesto de la cabeza.

Claudia sacó rápidamente las piernas del coche, pero la posición adoptada por Morgan le impidió ponerse en pie. Permaneció sentada de lado, alzando la vista para mirarlo.

—Bueno, ¿piensas que es sexy? —preguntó Morgan.

Sin duda, la respuesta a la pregunta formulada, tanto como a la mental, era «sí», y un extraño escalofrío de aprensión recorrió sus terminaciones nerviosas. Aquella mañana Morgan iba vestido con misma la sofisticada elegancia de aquel terrible día en Auckland, con un traje oscuro, camisa blanca y una corbata verde. No se parecía nada al hombre informalmente vestido de la pasada semana, y Claudia se sintió de repente poco elegantemente vestida.

—Es muy bonito —murmuró, lamentado su posición de inferioridad.

—¿Bonito? —los ojos azules de Morgan se entrecerraron divertidos—. Eso es como llamar a Fangio un buen conductor. Evidentemente tienes unos estándares muy altos. ¿Qué coche conducía Nash?

Como siempre, Claudia sintió una sacudida interior al oír el nombre de Chris con el tono ligeramente agresivo que utilizaba

Morgan cada vez que lo hacía.

—Un Boxer Berlinetta.

—Un hombre de buen gusto.

—Sí —Claudia deseó saber qué estaría pasando tras la tranquila expresión de Morgan, porque sus ojos no estaban tranquilos, y la examinaban penetrantemente. Rogó para que no pudiera leer la confusión que había en su mente.

—Siento no haber estado aquí cuando has llegado. Tenía una reunión importante esta mañana; por eso voy tan formalmente vestido —Morgan señaló su traje, como si hubiera adivinado que era en parte causa de la inquietud de Claudia—. Pero veo que Cari te ha mantenido entretenida.

—Sólo estaba haciendo su trabajo —dijo Claudia a la defensiva.

—¿Coquetear con las clientas?

—¿No forma parte de su entrenamiento hacerlo? —preguntó ella con aspereza.

—Cierto. ¿Te ayudo a salir? Esa falda debe hacer que te resulte difícil levantarte de un asiento tan bajo sin comprometer tu modestia.

A Claudia le hubiera gustado ignorar la mano que Morgan le ofrecía, pero la expresión burlona de su mirada le hizo consciente de la verdad de su afirmación. Aceptó su mano y se levantó, pero su cuerpo quedó unos segundos apoyado contra él antes de que Morgan se apartara.

Mientras Claudia trataba de decidir si el contacto había sido accidental o deliberado, Morgan le entregó sus posesiones y la tomó por el codo, conduciéndola hacia una puerta que daba a un patio en el que había varios coches aparcados. Tras cruzar el patio, entraron en las oficinas.

Morgan se detuvo un momento junto al escritorio de una esbelta rubia que le puso al tanto de los mensajes recibidos. Luego, presentó a Claudia a su secretaria personal, una mujer madura, ligeramente gruesa y de cabello gris. Esta le dedicó a Claudia una cálida sonrisa y una mirada de franca curiosidad.

—Claudia y yo estaremos fuera por lo menos una hora, Irene —tras mirar de reojo un momento a la mujer que tenía a su lado, Morgan añadió con suavidad—. O puede que dos…

—¿A dónde van? —Irene se anticipó con su pregunta a la

sorprendida Claudia.

—No es asunto suyo —dijo Morgan amablemente, y su secretaria rió.

—Si no es asunto mío, entonces no tiene nada que ver con el negocio. ¿Debo llamar a una patrulla de rescate si no está de vuelta a las cinco? Tiene un compromiso para cenar —era evidente que su relación laboral estaba suavizada por una cómoda falta de respeto por ambos lados.

—No se moleste. Si no estoy de vuelta para las cinco no merecerá la pena que vengan a rescatarme —dijo Morgan, sonriendo con ironía.

—Creía que habías dicho que nos íbamos a reunir aquí —dijo Claudia en tono ligeramente hostil.

—Y eso hemos hecho —respondió él, sin dejar posibilidad ala discusión.

—Pero… tengo toda la información que me pediste que trajera— Claudia alzó su cartera—. Dijiste qué íbamos a hablar sobre la elección de los menús para las celebridades, y sobre el baile…

Su idea de organizar un baile de etiqueta el día después de la carrera, con el tema del blanco y negro tomado del banderín con que se indicaba en los circuitos el final de la carrera, había impresionado gratamente a Morgan y a Simón.

—Y eso vamos a hacer —confirmó él en tono indulgente—. Pero hay otra prioridad que creo que apreciarás. Irene, no se moleste en pasarme ninguna llamada al coche porque no voy a contestar. ¡Sin excepciones!

—Bueno, si hay una crisis y toda la empresa se viene abajo… ¡no me culpe! —replicó la secretaria.

—Claudia, vamonos de aquí antes de que Irene empiece a darnos la lata.

Unos momentos después, salieron de nuevo al patio y Morgan condujo a Claudia hasta un descapotable negro y pequeño de aspecto impresionante.

—¿Es tuyo? —preguntó Claudia mientras él se quitaba la chaqueta y la arrojaba al asiento trasero antes de colocarse frente al volante.

—¿Quieres decir personalmente mío y no parte de mi surtido? Sí, lo es. Tengo varios coches, pero este Cobra es mi favorito —tras

lanzar una burlona mirada al tenso perfil de Claudia, añadió—: Me gustan las cosas poco habituales.

—¿Por casualidad tratas de impresionarme? —replicó Claudia en tono cáustico.

—¿Estás impresionada?

—Increíblemente —contestó Claudia, en un tono de intenso aburrimiento que negaba su afirmación.

Morgan puso el coche en marcha y el motor rugió agresivamente.

—Bruja.

—Bueno, los chicos tienden a ponerse bastante pesados con el tema de sus caros juguetes —contestó Claudia. Desgraciadamente, lo sabía todo sobre los chicos y sus juguetes. Sabía exactamente lo que iba a pasar.

Y pasó.

Morgan era un excelente conductor, pero Claudia estaba sudando cuando se detuvieron bruscamente frente al primer semáforo en rojo y el cinturón se seguridad se tensó entres sus senos.

—¿Aún estás aburrida?

Claudia miró fijamente por la ventanilla.

—¿Claudia?

Claudia no contestó. No podía.

—¿Claudia? —Morgan maldijo entre dientes y alargó una mano para hacerle volver el rostro, maldiciendo de nuevo al ver lo pálida que estaba. Le soltó la barbilla y apoyó la mano en su mejilla—. Lo siento, Claudia. ¿Te he asustado?

Ella parpadeó y sintió la calidez de los dedos de Morgan sobre su fría mejilla.

—Reconozco que, sabiendo lo que sé sobre ti, he cometido una gran estupidez. Lo siento. Estabas en el circuito cuando Nash se estrelló, ¿no?

Claudia volvió a parpadear, como despertando de un profundo sueño.

—Yo… sí —nunca hablaba sobre aquel día. Era otro doloroso recuerdo que había apartado de su vida. Se estremeció. Al ver que no añadía nada más, Morgan volvió a acariciarle la mejilla.

—¿Aún tienes pesadillas?

¿Cómo lo sabía? Claudia lo miró con los ojos muy abiertos.

—A veces. No muy a menudo… ahora —contestó, empezando a recuperar la compostura.

—Excepto cuando algún idiota como yo las reaviva—dijo Morgan en tono arrepentido—. Lo siento, Claudia. Claudia tuvo la sensación de que Morgan no pararía de disculparse hasta que le dijera algo, de manera que se encogió de hombros.

—No tiene importancia. Lo único que sucede es que me has pillado por sorpresa. Normalmente no hay problema si sé con antelación que voy con…

—¿Con un fanático de la velocidad? —concluyó Morgan por ella —. Te aseguro que normalmente no suelo saltarme así el código de circulación, sobre todo en la ciudad. Pero mi ego ha eclipsado durante unos segundos mi capacidad de razonamiento. ¿Supone un problema el coche para ti? ¿Preferirías uno cerrado? ¿Algo menos… expuesto?

—No. El Cobra está bien —Claudia se dio cuenta de repente de que el semáforo había cambiado a verde y tenían varios coches detrás esperando—. Mientras lo conduzcas con calma.

Morgan se volvió a mirarla.

—¿Prefieres conducir tú? —para horror de Claudia, apagó el motor y sacó las llaves del arranque, alcanzándoselas.

Ella no hizo amago de tomarlas, mirándolo con inquietud mientras empezaba a sonar el claxon del coche que tenían detrás.

—Estamos reteniendo el tráfico.

—Puede que te sientas más relajada conduciendo—Morgan movió las llaves ante ella y Claudia le apartó la mano.

—No, en serio, conduce tú. ¡Están tocando los cláxones!

—¿Estás segura? —Morgan parecía dispuesto a seguir allí todo el día, ignorando los coches que empezaban a rodear el suyo. Era casi imposible de creer, pero hablaba en serio.

—Sí, estoy segura —dijo Claudia—. Ni siquiera sabría cómo conducir un coche como éste.

Morgan se detuvo cuando estaba a punto de insertar la llave en el arranque.

—Es como cualquier otro coche potente. ¿No solías conducir el Ferrari de Nash? Claudia sonrió irónicamente.

—¿Bromeas? Chris odiaba que otras personas condujeran

cuando el iba en un coche, sobre todo si eran mujeres. Y nunca me habría dejado acercarme a solas a su precioso coche. Cuando Chris no estaba, utilizaba constantemente taxis.

—¿Me estás diciendo que no tenías coche propio… que Chris no te dejaba conducir y tú se lo permitías? —preguntó Morgan con tal tono de incredulidad que Claudia se ruborizó.

—No necesitaba conducir. Viajábamos tanto, que habría sido una extravagancia tener un coche. La clase de hoteles en que nos hospedábamos siempre tenían servicio de limusinas. Algunas personas se las arreglan para sobrevivir sin coche, sobre todo en las grandes ciudades que cuentan con un buen servicio de transporte público…

—Normalmente es gente que no puede permitirse el lujo. Pero supongo que ese no fue tu caso mientras Nash vivió…

—Simplemente no quería conducir, ¿de acuerdo? ¿Supone eso un problema para ti? ¿Debo disculparme o algo parecido? ¿Es una ofensa para tu profesión que alguien no quiera tener coche? ¿Quieres que me baje y camine? ¡Más vale que lo haga, porque no parece que vayamos a llegar a ningún-sitio contigo en el asiento del conductor!

—De acuerdo, de acuerdo, no te pongas histérica, duquesa —tuvo el valor de decir Morgan, entrecerrando los ojos ante el repentino mal genio de Claudia—. ¿Lo ves? Ya estoy arrancando el coche.

—Ya era hora —dijo ella, mirándolo impacientemente mientras el motor rugía—. ¿Y bien? —preguntó—. ¿A qué esperas? ¡Planta el pie en el acelerador, por Dios santo!

—Será mejor que espere a que el semáforo se ponga verde —dijo Morgan mansamente—. No quisiera saltarme más normas de tráfico.

Claudia miró por el parabrisas. Mientras hablaban, la luz había vuelto a ponerse roja.

—Estás aplastando tu sombrero.

Claudia alzó los codos. Era cierto. El óvalo de su pamela estaba hundido. También por culpa de Morgan. Lo empujó hacia fuera enérgicamente, mirando a Morgan por el rabillo del ojo. Este se había apoyado relajadamente contra la portezuela de su lado y se estaba aflojando la corbata. La imagen de calma que proyectaba

exacerbó los nervios de Claudia.

—¿No será mejor que te mantengas atento al semáforo? Supongo que no querrás perder una segunda vuelta —dijo secamente, colocando el sombrero sobre sus rodillas.

—No sé. Tal vez merezca la pena. Claudia se volvió hacia él con el ceño fruncido y fue recibida con una deslumbrante sonrisa.

—He aprendido más sobre tí en este breve rato que en todas las horas que hemos pasado hablando sobre nuestro proyecto en tu despacho —añadió Morgan.

Durante varias reuniones, a solas o con Simón, Morgan se había comportado de forma tan profesional, que Claudia había llegado a creer que pensaba dejarla en paz. Pero ahora sus dudas había vuelto con renovado vigor. ¿Cómo podía haberse permitido creer que Morgan era algo más que el gran manipulador que había demostrado ser en el pasado?

—Sabía que sería buena idea sacarte al aire libre y al sol —continuó él provocativamente—. Y espero que en el proceso tú también hayas aprendido algo sobre mí.

—¿Que eres un mal conductor? —preguntó Claudia mordazmente.

Morgan chasqueó la lengua, sin mostrarse ofendido.

—Que, aunque las apariencias digan lo contrario, no tengo intención de asustarte ni de hacerte daño.

No podía haber elegido un comentario más adecuado para asustar a Claudia. Su seriedad, unida al vago aire de agresiva satisfacción, resultaba muy inquietante.

—Ya veo. ¿Es ese el motivo por el que has enviado a Mark a Italia de repente? ¿Porque te preocupaba que me hiciera daño…? —preguntó Claudia en tono sarcás-tico.

—Mark decidió irse por su cuenta. De hecho, llevaba mucho tiempo esperando poder visitar los talleres Ferrari. Nada lo habría convencido para renunciar a la invitación cuando finalmente llegó. Ni siquiera el omnipotente ser que crees que soy tiene influencia suficiente para cambiar las agendas de los constructores de coches en Milán y Turín. Existe algo llamado coincidencia…

—Una coincidencia muy conveniente —dijo Claudia, negándose a subestimar de nuevo a Morgan.

—Qué suspicaz eres, Claudia. ¿Ya lo echas de menos? Sólo hace

veinticuatro horas que se ha ido…

—Mira…

—Discúlpeme, señor Stone. ¿Necesita que llame a un mecánico? Estoy aparcado en la otra acera y me he fijado en que tiene algún problema para poner su coche en marcha.

El policía que estaba junto a la puerta del conductor parecía divido entre su profesionalidad y la admiración mientras contemplaba el coche.

Claudia vio con consternación que el semáforo había vuelto a cambiar a verde, y ninguno de los dos se había fijado.

—El problema es con mi pasajera, no con el coche —murmuró Morgan maliciosamente, irguiéndose en el asiento mientras el policía se agachaba ligeramente para mirar el ruborizado rostro de Claudia—. Y mi motor funciona perfectamente. ¡De hecho, está deseando entrar en acción!

—¡Oh! —el agente sonrió con gesto de machista complicidad—. Comprendo. Pero será mejor que se ponga en marcha. Un gran coche, por cierto.

—Gracias. Y por cierto, nunca llame a un mecánico si me ve en apuros. No lograría sobrevivir entre mi gente. Se supone que soy un magnífico mecánico. Normalmente puedo hacer frente a cualquier problema que surja.

El policía sonrió aún más, llevándose una mano al casco a la vez que su mirada se cruzaba con la de la mortificada Claudia.

—De acuerdo, señor Stone. Que tengan un buen día.

—¿Para qué has tenido que decir todo eso? —preguntó Claudia furiosamente en cuanto se alejaron—. ¡Ya sabes lo que va a pensar!

—Ya lo estaba pensando. Estabas tan ruborizada cuando nos ha interrumpido que, si no hubiera sido un coche descapotable, el agente habría creído que estábamos haciendo el amor en lugar de hablando —mientras hablaba, Morgan se volvió hacia Claudia para fijarse en el tráfico que venía por su lado—. Y ahora te has ruborizado de nuevo. ¿Estás pensando en la última vez que hiciste el amor en un coche?

—¡No! —mintió ella con excesiva energía.

—No me digas que a Chris no le gustaba combinar los dos grandes amores de su vida, aunque sólo fuera en una ocasión —por primera vez, Morgan se refirió al amante de Claudia sin utilizar un

tono despectivo, y, por algún motivo, eso hizo que el recuerdo del pasado resultara menos doloroso para ella. Había aprendido a mostrarse tan a la defensiva respecto a su relación con Chris que había reprimido todos los buenos recuerdos junto con los malos.

—Creo que deberíamos cambiar de tema de conversación —dijo Claudia en tono remilgado, aunque no le sirvió de nada.

—Yo perdí mi virginidad en un coche.

—Qué fascinante —dijo Claudia con frialdad.

—Lo fue. Pero también fue muy incómodo. Era un coche de dos plazas y mis calzoncillos se quedaron enganchados en la palanca de cambios. ¡Mi novia se quedó muy impresionada!

A pesar de sí misma, Claudia no pudo evitar reírse. Y una vez que lo hizo le resultó imposible mantener la reserva que siempre trataba de mostrar ante Morgan.

—¿Era…? —se interrumpió justo a tiempo. No quería parecer interesada en nada que se relacionara con él.

—¿La madre de Mark? Sí, lo era. Marina fue mi primera amante… aunque, afortunadamente, yo no fui el suyo. ¡Fue una suerte que al menos uno de los dos supiera lo que había que hacer!

Claudia estaba totalmente asombrada.

—¿Quieres decir que… que había tenido otros novios?

—Tenía dieciocho años —contestó Morgan—. Claro que había tenido otros novios… pero sólo un amante antes de mí.

Claudia se sintió muy confundida ante aquella íntima revelación.

—¿Era mayor que tú?

—Dos años —contestó Morgan, y un borde de sus labios se alzó brevemente al añadir—: Ni la mitad de diferencia que entre Mark y tú. Pero entre adolescentes, dos años suponen una diferencia apenas significativa. ¿Qué sucede, Claudia? ¿No encaja esto con tu idea del joven macho egoísta seduciendo a una dulce joven para que abandone sus estrictas normas morales?

—No me atrevería a juzgarlo… —empezó a decir Claudia, consciente de que había pensado algo así.

—En tu posición, no creo que puedas permitirte arrojar piedras sobre el tejado de nadie —dijo él con cruel perspicacia—. Aunque la gente suele preferir sacar las conclusiones más desagradables de los hechos desnudos.

—Sí… bueno, tú tampoco has hecho nada por disfrazar los

hechos que me has contado. Para ser un hombre tan elocuente, me ha parecido que no has hecho ningún esfuerzo por exculparte de los sucedido.

—En cierto modo, la culpa fue sobre todo mía. Aunque Marina fuera más madura que yo sexualmente, yo era más maduro emocionalmente. Me adapté con mucha más rapidez a las implicaciones de su embarazo que ella. Me hubiera gustado poder responsabilizarla totalmente por no haber tomado medidas, pero no fui capaz.

—¿Se te ocurrió alguna vez…? —Claudia se interrumpió, incapaz de creer lo que había estado a punto de preguntar.

Una vez más, Morgan pareció leerle el pensamiento.

—¿Que se quedara embarazada a propósito para poder casarse conmigo? Sí, se me ocurrió, sobre todo cuando me presionó para que aceptara la ayuda económica de mi familia. Pero con la sabiduría que da la experiencia puedo asegurar que no fue así. Estaba demasiado desolada por lo sucedido como para que hubiera sido algo premeditado. Y, en realidad, no quería casarse más de lo que quería tener un bebé. Pero no tenerlo, o entregarlo en adopción, era incompatible con su educación… y con la mía.

Había tan poca amargura en sus palabras que Claudia se preguntó si, a diferencia de lo que parecía, Morgan habría amado a la joven que alteró por completo el curso de su vida.

—¿Cómo murió? Hubo una breve pausa.

—En un accidente de coche.

Por un instante, Claudia se quedó sin aliento.

—Oh, cuánto lo siento.

—Yo también. Fue una lástima. Era tan joven… Sólo tenía veintitrés años y estaba llena de vida. Acababa de retomar los estudios que dejó al quedarse embarazada. Yo no conducía… ni siquiera iba en el coche.

Aquel último comentario fue muy revelador.

—No te lo he preguntado —dijo Claudia con voz ronca.

—Pero te lo estabas preguntando.

—La verdad es que no —replico ella—. Eres muy buen conductor.

—No parecías pensar lo mismo hace diez minutos —murmuró él irónicamente.

—Hay una gran diferencia entre la velocidad y la temeridad. Incluso yo corro a veces —dijo Claudia, tratando de mostrar cierto humor.

—Así que conduces.

—Por supuesto. No soy una completa neurótica.

—¿Sólo de vez en cuando? —preguntó Morgan—. ¿Era temerario Chris cuando conducía?

—En las carreteras normales sí. Pero nunca cuando trabajaba. En la pista era rápido, pero también frío y calculador; nunca rompía las reglas. Cuando conducía por placer, él hacía las reglas. Sabía que, si iba a morir, sería en algún circuito profesional, de manera que, fuera, se consideraba invencible.

—Una dura actitud con la que vivir —fue el único comentario de Morgan. Luego añadió—: ¿Fue él el que no vio ningún futuro en vuestra relación… o tú la que se asustó de ese futuro?

Aquella vez había ido demasiado lejos. Claudia se apartó unos mechones de cabello de la frente mientras pensaba en una respuesta adecuada para dar por zanjada la conversación. Acababa de abrir la boca para hacerlo cuando Morgan gruñó de satisfacción y aparcó.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Claudia—. ¿A dónde vamos?

—Creía que no ibas a preguntarlo nunca —contestó Morgan—. Teniendo en cuenta la intensa desconfianza que sueles mostrarme, has sido asombrosamente confiada. Pero en este caso tu confianza está a punto de ser justificada. Vamos a casa…

Capítulo 6

NI HABLAR! Claudia estaba de pie en medio del elegante apartamento, con las manos en las caderas y los ojos echando chispas en dirección al hombre que se hajlaba apoyado contra el respaldo del amplio sofá de cuero color crema.

Morgan la observó con calma.

—¿Por qué? A mí me parece la solución perfecta. Habías dicho que estabas buscando un lugar para vivir. ¿Por qué no aquí? —se apartó del sofá y fue hasta la puerta corrediza que daba a un pequeño balcón— Es gratis, íntimo, tiene una magnífica vista y está en Oriental Bay, una zona increíblemente conveniente para la ciudad. Incluso podrías ir caminando al hotel cuando haga buen tiempo —abrió la puerta y salió al balcón, apoyándose en la barandilla—. Desde aquí mismo se puede ver el HarbourPoint.

Claudia no se movió. Ninguna de aquellas razones alteraba lo más mínimo su punto de vista.

—No estoy interesada. ¿Podemos centrarnos de una vez en el trabajo?

Morgan salió del balcón y se encaminó hacia ella. Tenía el sol de espaldas y Claudia no pudo ver su expresión.

—¿Por qué, Claudia? No rechazaste de manera tan rotunda la oferta de Mark para ayudarte a buscar un apartamento. Considera esto una reparación mía por haberte hecho perder la oportunidad de conseguir el otro.

—Eso fue diferente —murmuró Claudia, tratando deconcentrarse después del desconcierto que le había provocado que Morgan le enseñara el apartamento y le dijera que era suyo. El hecho de que se lo hubiera dicho así en lugar de ofrecérselo le había hecho saltar desde el principio.

—¿En qué sentido?

—No era su apartamento… —empezó Claudia a la defensiva.

—Este tampoco es mío.

—De tu empresa…

—Eso tampoco. Peter es un amigo que además trabaja para mí —interrumpió Morgan con suavidad—. Va a pasar los próximos cuatro meses en Alemania y el arreglo al que había llegado con un estudiante para que le cuidara la casa se estropeó al última hora. No quiere arriesgarse a dejar el apartamento vacío y me pidió que le hiciera el favor de encontrar a alguien de confianza que lo cuidara.

—¡Y, por supuesto, pensaste inmediatamente en mí!—dijo Claudia sarcásticamente—. ¿Desde cuándo me has concedido el honor de tu confianza?

—¿Es así como ves mi confianza, Claudia? ¿Como un honor? —dijo Morgan sedosamente, acercándose a ella, haciéndola echarse atrás hasta que se topó con el brazo del sofá.

—Yo… en cualquier caso, estoy buscando un lugar permanente.

—Entonces considera esto como un paso previo. Te hará sentirte más cómoda mientras buscas algo definitivo—Morgan tomó un objeto de cristal que se hallaba en una repisa y observó un momento la forma en que la luz se reflejaba en él—. Recuerda que, con Mark en Italia y la carrera de los Quinientos acercándose, lo más probable es que pase más tiempo que nunca en el hotel. De manera que, si quieres evitarme en tus horas libres, tendrás más oportunidades de conseguirlo aquí que en el hotel. Aquí no tendrás que tratarme con la deferencia debida a un cliente. Aquí no tendrás que disimular. Sólo podré verte si me invitas personalmente a venir…

Claudia sabía que estaba siendo vergonzosamente manipulada, pero eso no cambiaba la verdad de lo que estaba diciendo Morgan. De pronto empezó a ver ventajas donde antes sólo veía complicaciones.

—Yo… no sé —dijo evasivamente, mirando a su alrededor. Era un apartamento encantador y estaba junto al mar.

—¡Lo quieres… así que tómalo! —dijo Morgan, volviendo a colocar la escultura en su sitio con una sonrisa en los labios.

—Esa es tu filosofía de la vida* ¿no? —dijo ella secamente.

—Mientras pagues por lo que tomes —replicó el, encogiéndose

de hombros.

—Pero has dicho que el apartamento era gratis —señaló Claudia con dulzura—. De hecho, si voy a cuidar la casa, ¿no deberías ser tú el que me pagara por mis servicios?

—¿En dinero o en especies? —preguntó Morgan—. Pon el precio, Claudia.ˆ

Aquello recordaba tan amargamente a su oferta de hacía dos años que Claudia se sintió afectada por un tormentoso conflicto de emociones.

—Ya pagaste mi precio, ¿recuerdas? —dijo, volviéndose para alejarse de él.

Morgan la detuvo con un simple contacto; un dedo en la manga de su chaqueta, cuyo ardiente calor penetró hasta la piel desnuda de Claudia, haciéndola volverse como si la hubiera tomado por el cuello.

—Más bien pensaba que eras tú la que había pagado la última vez —dijo Morgan seriamente—. No hay cantidad que pueda compensar la pérdida de una vida. Considera este favor que le hago a Peter como parte de la deuda que tengo contigo.

—No me debes nada —dijo Claudia desesperadamente, deseando escapar de aquella intensa mirada azul—. El pasado es sólo eso, pasado. Ya está zanjado. Ya me has dicho lo mucho que lo sentiste. Yo también. Dejémoslo en eso.

—«Las palabras no pagan las deudas» —citó Morgan con suavidad—. Shakespeare lo sabía. Lo que te debo no puede arreglarse con palabras ni con dinero —Claudia cometió la equivocación de mirarlo, y él añadió con firmeza—: Y no, no pienso dejarlo. No puedo… —sus palabras sonaron casi como una promesa, y Claudia volvió a sentir miedo.

—Mira, voy a aceptar el apartamento —dijo—. Te estoy muy agradecida y…

—No quiero tu gratitud…

—¿Entonces qué quieres? —preguntó Claudia, enfadada—. ¿Por qué me estás haciendo esto? ¿Por venganza…? —se mordió los labios al ver que la mirada de Morgan se aguzaba.

—¿Venganza? ¿Por qué iba a querer vengarme? ¿Qué me has hecho para que pienses que debo vengarme?

Se produjo un terrible silencio durante el cual Claudia estuvo

segura de que se su angustiada incertidumbre estaba claramente escrita en su pálido rostro. «Ahora. Díselo ahora», la animó su mente. Era la perfecta oportunidad para aclarar el entuerto. De empezar de nuevo… o acabar para siempre…

—Yo… yo…

Mientras Claudia luchaba por encontrar las palabras que destruirían totalmente cualquier posibilidad de respeto o amistad o cualquier otra cosa entre ellos, Morgan continuó pensativamente:

—¿Y qué es lo que te estoy haciendo, por cierto? Además de darte una gran oportunidad para demostrar tu eficacia profesional en tu nuevo trabajo, por supuesto, y de ayudarte a encontrar alojamiento en una ciudad extraña, y de pedirte disculpas por mis errores… pasados y presentes. ¿Qué es lo que hace que te cueste tanto aceptar cualquier cosa de mí?

No se había acercado más a ella, pero, de pronto, Claudia se sintió oprimida.

—Morgan…

—¿Es esto, Claudia…?

«Esto» no fue sólo un dedo. En esa ocasión, Morgan deslizó toda la mano bajo la chaqueta de Claudia y en torno a su delgada cintura, atrapando su sorprendido cuerpo en el círculo de sus brazos.

—¿No es esto lo que temes, duquesa?

La boca entreabierta de Morgan bajó hacia la de ella, apagando el grito de protesta que se agolpó en su garganta, haciendo que un estallido de temerosa excitación penetrara su conciencia. Tras el primer instante de temblorosa impresión, Claudia se sintió como envuelta en una malla de ardiente y húmeda seda que la acariciaba, atrapando sus sentidos, atrapándola en una ineludible red de erotismo.

El mundo se oscureció cuando cerró los ojos, y de inmediato empezó a arder con la intensidad carnal provocada por los movimientos de la boca de Morgan sobre la suya. Fue una equivocación. Ya no había nada que la distrajera de la pura intoxicación de sus sentidos táctiles.

Morgan acarició con su lengua los labios de Claudia hasta que ésta los entreabrió, permitiéndole el acceso, dejándose asaltar por las poderosas sensaciones que la poseían. Una vez ganada aquella

batalla, Morgan deslizó las manos hacia arriba por los costados de Claudia, dejando lo pulgares justo debajo de sus senos, moviéndolos arriba y abajo lentamente, como preparando la caricia que estaba por llegar. A pesar de su confusión, Claudia respondió como una flor al sol, abriéndose a la calidez de unas sensaciones semi-olvidadas que habían acompañado demasiado tiempo al dolor del vacío y la pérdida.

Inconscientemente, se alzó de puntillas, flexionó su espalda y movió ligeramente sus caderas, rozando con la falda los pantalones de Morgan, buscando alivio para el vacío dolor provocado por su repentino asalto. Sintió una gruesa protuberancia presionando brevemente contra su cadera y enseguida notó cómo crecía contra su pelvis. Abrió los ojos de par en par al comprender lo que estaba sucediendo. Morgan seguía mirándola con sus ojos azules, contemplando cómo llegaba a darse cuenta de lo que estaba haciéndole… y él a ella.

—No… —la suave negativa de Claudia murió en la lengua de Morgan mientras ésta se curvaba sobre la suya en un gesto a la vez íntimamente protector y provocadoramente sensual. Ella movió la cabeza y él apartó sus labios, pero sólo para dejar una cascada de besos en su cuello.

—Sí… —los pulgares de Morgan presionaron hacia arriba, comprimiendo los palpitantes senos de Claudia y soltándolos de nuevo para volver a comprimirlos, moviéndolos rítmicamente contra el encaje del sostén, de manera que sus pezones se endurecieron con el delicado roce.

—Morgan… —rogó Claudia, apoyando las manos contra su pecho, tratando de aferrarse a la sólida realidad de su presencia.

—Sí… —replicó él a su débil ruego, aunque aprobando fervientemente los temblores de placer que podía sentir recorriendo el cuerpo de Claudia. Movió los muslos, empujando las piernas de Claudia hasta que su trasero topó con el redondeado y firme brazo del sofá. El impulso lo llevó más allá y apoyó sus muslos contra los de ella a la vez que la sujetaba con una mano por la espalda y agachaba la cabeza para besarla entre los senos por encima del jersey.

Claudia se encontró mirando al techo, aturdida por la intensidad de sus sentidos a la vez que sentía el cálido peso de un placer sin

precedentes en todos sus miembros. Si aquello estaba sucediendo de verdad no podía ser tan…tan increíblemente bueno… no podía estar tan bien. Y si era un sueño, era el más erótico que había tenido en su vida.

Deslizó las manos por el cuello de Morgan y entrelazó los dedos tras su nuca mientras él seguía acariciando con el rostro el algodón de su jersey sobre sus senos.

Morgan dejó escapar un gruñido de satisfacción cuando oyó que Claudia volvía a murmurar su nombre. Alzó con una mano su jersey blanco hasta dejar expuestas las cremosas curvas que sobresalían del breve sostén de encaje. Entonces deslizó lentamente la lengua entre el valle de sus senos y luego los besó con gran suavidad una y otra vez, haciendo que una profunda y sensual dulzura sé apoderara de Claudia. Esta presionó la cabeza de Morgan contra sí, urgiéndolo a tocar la parte del sostén que tan cuidadosamente estaba evitando.

Hasta que no sintió que Morgan tomaba el borde de su falda, subiéndosela por encima de los muslos, no sintió que el temor se apoderaba de nuevo de ella.

Murmuró, luchando por salir de su sensual estupor, pero él la hizo callar tomando entre sus dientes y mordisqueando uno de los pezones que sobresalían contra el sostén. Un profundo deseo explotó violentamente en los centros de placer del cerebro de Claudia, haciéndole perder de nuevo la razón. Poseída por aquel sobresalto erótico, dejó caer la cabeza a la vez que Morgan deslizaba un dedo entre la secreta V de su protegida feminidad. Fue una leve y deslizante caricia, la punta de un dedo introduciéndose apenas entre sus muslos, pero combinada con la punzante sensación de los dientes de Morgan en torno a su pezón, la explícita delicadeza de aquel cálido dedo curvándose contra la parte interior de sus bragas resultó tan devastadora como si la hubiera poseído completamente.

Claudia dejó escapar un grito ahogado, convulsionándose impotentemente, ciega y sorda a la maldición murmurada por Morgan mientras éste alzaba la cabeza yla sujetaba con firmeza entre sus brazos. Mientras ella seguía estremeciéndose de placer, él alzó un muslo y lo colocó entre sus piernas, tratando de aliviar el exquisito dolor que veía reflejado en el cuerpo arqueado de Claudia, en su ruborizado rostro y en sus brillantes ojos dorados.

Morgan observó fascinado cómo la mujer que tenía entre sus brazos alcanzaba el climax y luego se relajaba gradualmente. Un intensa sensación de triunfo, mezclada con un salvaje sentido de la posesión y también de frustración, se apoderó de él.

Pero Claudia iba darse cuenta en cualquier momento de lo que había sucedido y Morgan sabía que iba a tener que demostrar mucho tacto para persuadirla de que su recién descubierta vulnerabilidad hacia él no era algo de lo que pensara aprovecharse…

Claudia no quería apartar la cabeza del pecho de Morgan, pero sabía que en algún momento tendría que volver a mirarlo. No podía ocultar su vergüenza para siempre.

Se obligó a erguirse entre sus brazos, indicando silenciosamente que ya no necesitaba su apoyo, y alzó lentamente la barbilla.

Pero en lugar de la maliciosa expresión de satisfacción que esperaba encontrar en su rostro, vio que la miraba con curiosidad. Eso sólo sirvió para hacerla sentirse peor. Probablemente estaba atónito…, incluso asqueado. ¡Desde luego, ella lo estaba! Buscó desesperadamente alguna explicación para su escandaloso comportamiento y no la encontró. Se puso pálida y luego volvió a ruborizarse. No había camino fácil para salir de aquel abrazo. Dijera lo que dijera, Morgan ya estaría convencido de que era la mujer promiscua que siempre había considerado que era.

El silencio se prolongó insoportablemente. Claudia pensó frenéticamente en algo que decir, algún tópico neutral que la permitiera salir de aquella situación con un mínimo de orgullo.

—Er… —se aclaró la garganta y movió ligeramente los hombros. Para su sorpresa, Morgan la dejó ir. Claudia se apartó a un lado y vio que él metía las manos en los bolsillos, como esperando algo. Debía decir algo de inmediato para demostrarle que no era la loca y frenética mujer de hacía unos segundos—. Yo… tú… ¿de verdad eres un buen mecánico? —Morgan la miró con gesto incrédulo y ella continuó hablando—. Le has dicho al policía que sabías arreglar coches. ¿Aprendiste de la forma habitual…? —oh, Dios, aquello era terrible.

El estallido de risa de Morgan confirmó a Claudia lo absurdas que habían sido sus palabras, y se ruborizó aún más.

—¿Es eso una crítica, duquesa? ¿Tratas de decirme con rodeos

que mi actuación ha sido decepcionantemente mecánica?

¿Actuación? Aquella palabra implicaba un desapego por su parte que era insultante y su ligero énfasis en «decepcionante» era una burla descarada. ¡Sabía muy bien que no se había sentido decepcionada!

Morgan seguía riendo y la vergüenza experimentada por Claudia empezó a ser sustituida por la rabia. Pero al instante siguiente, él la sorprendió diciendo:

—Te puedo asegurar que la mecánica de lo que estábamos haciendo era lo último que se me habría pasado por la cabeza. De hecho, creo que no estaba utilizando mi cerebro; sólo he actuado siguiendo mi instinto. Sólo podía pensar en lo increíblemente deliciosa que me sabías, en cuánto anhelabas mis caricias y en la generosidad con que respondías a ellas…

—¡No soy un mujer promiscua! —exclamó Claudia.

—No he dicho que lo seas —dijo Morgan, y su expresión adoptó de nuevo aquella peligrosa suavidad cuando añadió—: Y yo tampoco lo soy, a pesar de lo excitante que pueda parecerme estar contigo. Lo que ha sucedido suele suceder naturalmente entre hombres y mujeres. La supervivencia de la especie depende de ello…

—Pero yo… tú… —Claudia estaba confundida por la aparente benevolencia de Morgan. ¿Habría estado demasiado concentrado en su propio placer como para darse cuenta exacta de lo que le había sucedido a ella?

—Lo cierto es que esta vez me has dejado atrás, Claudia, pero no hay nada de qué avergonzarse —dijo él, apagando la leve esperanza que había surgido en la mente de Claudia— Pero me siento muy halagado por el hecho de que hayas conseguido llegar conmigo.

¿Esta vez? El corazón de Claudia se estremeció ante la sugerencia. En cuanto a haber llegado… Era Morgan el que la halagaba asumiendo que ella había tenido algún control sobre lo sucedido.

—Pero yo no… quiero decir que no pretendía… todo ha sido una equivocación… —dijo frenéticamente—. Normalmente no… quiero decir… yo nunca… ¡Oh, Dios! —con un gemido, se cubrió el rostro con las manos.

—¿Nunca has llegado tan lejos tan deprisa? ¿O nunca habías

tenido un orgasmo?

—¡Morgan!

—Siento que te avergüence hablar sobre ello, Claudia, pero no lo siento tanto como para lamentar lo que hemos hecho. He disfrutado dándote placer, tanto, que creo que podría volverse algo adictivo…

Claudia miró entre los dedos para ver si Morgan estaba bromeando y estuvo a punto de gemir al ver la expresión de su rostro. Ahora sí parecía orgulloso y satisfecho de sí mismo. Pero en lugar de sentirse avergonzada por ello, la actitud de Morgan le hizo consciente de la profundidad de su propia sensualidad.

Él la agarró por la muñecas y le apartó las manos de la cara.

—No tiene sentido ocultar por más tiempo la atracción que existe entre nosotros, Claudia —dijo seriamente—. Ha quedado probada más allá de toda duda. Tú me deseas. Yo te deseo. En el terreno sexual somos exquisitamente compatibles. Una vez aceptado eso, deberíamos discutir las otras posibilidades disponibles en nuestra relación…

—Quieres decir que no… —se interrumpió, confundida.

—¿Que no quiero llevarte a la cama ahora mismo para confirmar esa compatibilidad a nuestra plena satisfacción? No sabes cuánto —Morgan giró los hombros y se estremeció ligeramente en un gráfico intento por liberar la tensión de su gran cuerpo—. Pero puedo esperar. No te he traído aquí para seducirte. Al menos no hasta el punto de que puedas alegar luego que lo hice sin permitirte sopesar las consecuencias de tus actos. Sé que te consideras una mujer cauta. De momento estoy dispuesto a respetar esa cautela. ¿Tienes hambre?

—¿Qué?

—Es hora de comer —Morgan inclinó la cabeza con una maliciosa sonrisa en los labios—. ¿No te parece que el tiempo vuela cuando te estás divirtiendo?

—Si eso ha sido divertido, ¿por qué me siento tan maltrecha?

—Podría darte una respuesta muy indecente, pero prefiero darte de comer mientras hablamos de los contenidos de tu cartera.

—Yo… necesito refrescarme un poco —dijo Claudia, desconcertada por el cambio de tema y pensando que si iban a ir a un restaurante sería conveniente que lo hiciera sin aspecto de

acabar de salir de la cama con su acompañante.

Pero cuando salió del baño encontró a Morgan colocando en la pequeña mesa del balcón la comida que sacaba de una cesta que tenía a sus pies.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó suspicazmente. Antes había visto la cocina vacía y en aquel rato Morgan no había tenido tiempo material de encargarlo.

—Del maletero de mi coche.

—¿Siempre llevas una cesta de comida en caso de emergencia? —se acercó con cautela a ver las deliciasque Morgan estaba colocando sobre el mantel—. ¡Es del HarbourPoint! —exclamó, reconociendo el sello del hotel en los envoltorios.

—Sólo cuando trato de gustarle a una mujer de buen gusto —dijo Morgan, esperando a que Claudia se sentara antes de hacerlo el mismo.

—¿Es realmente necesario que me gustes? —dijo Claudia con rigidez.

—Esencial —contestó él—. Por muy sublime que sea el sexo, no puedo hacer el amor con una mujer que no aprecie mi mente además de mi cuerpo. Después nunca me respetarías. Y ahora deja ya de provocarme y come. ¿Has pensado ya en alguien en particular para diseñar las invitaciones para el baile? Conozco a un joven diseñador gráfico de mucho talento que tal vez podría interesarte.

Capítulo 7

MORGAN sirvió en la copa de Claudia el resto del burbujeante vino y ésta se la llevó a los labios, preguntándose cuánto se habría bebido ella sola de la botella pero demasiado relajada como para preocuparse. A esas alturas, ya sabía que Morgan no tenía necesidad de seducir a una mujer con alcohol. ¡Lo hacía muy bien sin ayudas artificiales!

La actitud de Claudia era muy diferente a la de hacía dos semanas, cuando comieron juntos en el balcón del apartamento de Oriental Bay y ella observó con suspicacia la botella de vino que Morgan sacó de la cesta.

Desde entonces sabía que su suspicacia había sido injustificada.

Aquel día, Morgan la ayudó a superar la mortificación que sentía haciéndole hablar sobre las ideas que le había presentado, retándola sutilmente en algunos detalles, de manera que ella tuvo que concentrarse y defender sus argumentos.

Ese día, Morgan había utilizado el mismo recurso para distraer a Claudia del hecho de que el balcón en que se hallaban era el suyo y de que la comida había sido preparada por su cocinera.

La comida estaba deliciosa, la vista que se divisaba desde la casa de Morgan en el acantilado era una maravilla y los asuntos profesionales se habían resuelto satisfactoriamente. De hecho, Claudia se sentía lo suficientemente segura en aquellos momentos como para manejar cualquier cosa; incluso a Morgan Stone.

El trabajo de promoción de la carrera estaba marchando muy bien, y debía reconocer que la insistente y eficaz implicación de Morgan en el proyecto tenía mucho que ver en ello. A pesar de todo, no había vuelto a invitarlo a su nuevo apartamento, ni siquiera a la pequeña fiesta que dio cuando se instaló, y tampoco

había aceptado ninguna invitación de él sin asegurarse antes de que estuviera exclusivamente relacionada con los negocios.

De todas formas, ese criterio había demostrado ser increíblemente flexible, y durante las dos semanas pasadas Morgan había logrado encontrar razones para verse con ella casi un día sí y otro no. En el proceso, la había presentado a un considerable número de personas influyentes de Wellington que podrían ser contactos muy útiles para ella, no sólo en relación al proyecto que tenía entre manos, sino también para el futuro. Morgan incluso logró que la invitaran a dos embajadas, y habría sido una tontería rechazar a aquellas invitaciones, aunque acudir supuso aceptarlo a él como acompañante.

Simón la felicitó por haber logrado relacionarse con la flor y nata de la sociedad de Wellington y el viernes de la segunda semana le comunicó que la junta directiva estaba tan impresionada con sus planes, que quería aumentar la implicación del hotel patrocinando uno de los coches.

Aquello requeriría otra reunión con Morgan, por supuesto, pero éste estaba tan ocupado ese viernes que sugirió que se vieran al día siguiente. Claudia estaba demasiado ilusionada con la perspectiva de sumar otro trofeo a su curriculum como para protestar cuando Morgan añadió que sus fines de semana eran normalmente inviolables, pero que aceptaría verla si eso no implicaba tener que trasladarse a la ciudad. Él tenía en su ordenador todas la fichas necesarias, incluyendo las de los corredores que aún buscaban promoción parcial o total para participar en la carrera y le ofreció la posibilidad de utilizarlas.

Consciente de que estaba saltándose sus reglas para adaptarse a los dictados de su desobediente curiosidad, Claudia aceptó, pero tomó prestado uno de los coches del hotel para cerciorarse de que podría volverá Wellington cuando quisiera.

—¿Abro otra botella?

Claudia salió de su ensimismamiento y se dio cuenta de que su copa volvía a estar vacía.

—¿Estamos celebrando algo? Morgan alzó su copa hacia ella.

—Sólo la perspectiva de un largo y soleado fin de semana. ¿Creerías que solía trabajar a todas horas todos los días? Mi vida fue así hasta que me di cuenta de que me estaba quedando poco a

poco petrificado en la torre de marfil de mis negocios. Estaba perdiendo el contacto con los placeres sencillos de la vida. Me estaba haciendo viejo mientras seguía atrapado en las egoístas ambiciones de mi juventud: tener suficiente dinero y poder para hacer lo que me diera la gana. Pero nunca me detuve lo suficiente para averiguar con exactitud qué era lo que quería tan desesperadamente.

—Y cuando averiguaste lo que querías… ¿qué era?

—Un lugar en el que sentirme en mi casa y alguien con quien sentirme como en mi casa. Supongo que podría resumirse en «ser amado por mí mismo». Tópico, pero cierto. Aunque si uno considera que merece más ser odiado y despreciado que amado, es muy difícil llegar a convencerse de que merece la pena tratar de cambiar para mejor. No soy un hombre religioso, pero en el fondo de mi ser creo que se recoge lo que se siembra, especialmente en lo que se refiere a las relaciones humanas. También creo que el orgullo precede a la caída, y el mío era muy grande.

La amarga nota de irónica auto-burla en su voz desgarró de inmediato el compasivo corazón de Claudia y de pronto supo con total certeza qué era lo que Morgan trataba de decirle. Ella había sido la causa de su dramático cambio de actitud y estilo de vida durante lospasados años. Atacándolo ciegamente en medio de su dolor, consiguió cambiar de una vez y para siempre algo fundamental en él. Su fortuito acto de vandalismo emocional había hecho que Morgan construyera toda una nueva imagen de sí mismo en torno a una mentira.

Morgan captó la horrorizada expresión de los ojos de Claudia y la interpretó como otra cosa.

—Tienes todo el derecho a mostrarte incrédula, Claudia, pero te aseguro que soy un hombre totalmente diferente al que conociste hace dos años. De acuerdo, aveces recaigo —se corrigió, mostrando de forma dolorosamente visible su firme decisión de ser honesto—. Soy humano… pero, en general, he logrado dominar los demonios que me hacían acabar brutalmente con los sueños de otras personas. Sé que probablemente habrás pensado que aparté rápidamente de mi cabeza lo que sucedió aquel día, que ni siquiera me molesté en volver a pensar en ti. Pero lo hice. Y sigo haciéndolo. Me mantuve alejado de tu vida y también mantuve a Mark apartado porque creía

que eso era lo que querías, que esa era la alternativa menos dolorosa para ti. Sin embargo, si alguna vez hubieras tenido problemas, lo habría sabido y te habría ayudado. Pero ni siquiera me diste ese pequeño consuelo. Te las arreglaste muy bien por tu cuenta.

—¿Cómo… cómo habrías sabido que necesitaba ayuda? —preguntó Claudia temblorosamente, sintiendo una nueva punzada de culpabilidad.

—Hacía que un amigo que tengo en Auckland comprobara ocasionalmente cómo te iba. No pretendía fisgonear… sólo asegurarme de que estabas bien —aseguró Morgan rápidamente al ver la expresión de desagrado de Claudia.

Saber que había estado cuidándola de lejos todo aquel tiempo, aunque fuera de forma intermitente, hizo que Claudia sintiera escalofríos. Mientras él se había enfrentado a sus demonios, ella había estado ocultándose de ellos. Aún seguía ocultándose.

—¿Estás segura de que no quieres un poco más de vino? —preguntó Morgan, y Claudia se dio cuenta de que se había llevado a los labios la copa vacía para ocultar su temblor.

—Oh, no… no, gracias. Er… puede que un poco de café.

Había utilizado el ordenador hacía un rato y con la ayuda de Morgan había elegido a un joven y prometedor conductor neozelandés para que fuera patrocinado por el hotel. Ahora lo que necesitaba era algo para contrarrestar la volátil mezcla de culpabilidad y alcohol que recorría sus venas.

Morgan recogió los platos vacíos y se excusó mientras entraba en la casa para llevarlos a la cocina. Claudia entrecerró los ojos contra el sol que refulgía sobre las brillantes aguas del océano y trató de dejar que la belleza de la vista que se extendía ante sus ojos apaciguara su inquieto espíritu.

—Pareces sentirte muy a gusto al sol —el regreso de Morgan con la bandeja de café tomó a Claudia desprevenida. Cuando se sentó frente a ella y empezó a servir el café parecía totalmente relajado, sin rastro del sombrío humor que se había apoderado de él hacía un rato—. ¿No te alegras de haber venido? Nos llevamos muy bien, ¿no te parece? Apenas hemos tenido un roce durante estas dos semanas.

—Pero eso es porque… —Claudia se interrumpió.

—¿Por qué? —la animó Morgan a continuar.

—Porque te has mostrado mucho más… cooperativo—murmuró ella.
—¿Cooperativo? —repitió Morgan, sonriendo burlonamente.
—Agradable —corrigió ella de mala gana.
—¿Sólo agradable? Debo estar perdiendo facultades—murmuró él—. Pensaba que estaba siendo totalmente encantador.
—He tenido mucha práctica viendo a través del falsoencanto de algunas personas —dijo Claudia antes de dar un sorbo a su café.
—¿Te refieres a cuando estabas con Nash? Supongo que en una situación como la suya resultaba inevitable verse rodeado de varios moscardones esperando aprovechar la oportunidad…
Al menos ya no parecía incluirla a ella entre aquel círculo de «moscardones», pensó Claudia.
—A Chris le encantaba tener mucha gente alrededor. Le gustaban las multitudes y las fiestas.
—Pero a ti no —adivinó Morgan.
—Yo no he dicho eso —dijo Claudia suspicazmente—. Era muy joven y estaba enamorada de un nombre famoso. Me gustaba divertirme y conocer gente. Podíamos ir a cualquier parte del mundo y recibir montones del invitaciones…
—¿Fue de eso de lo que te enamoraste? ¿De la fama más que del hombre?
—Cuando conocí a Chris, ni siquiera sabía que era famoso —replicó Claudia secamente—. Él se estaba recuperando de un accidente y pretendía ocultarse de la prensa. Fue a alojarse una temporada en el hostal que mis padres tenían en el campo. Se quedó tres semanas.
—¿Y cuando se fue?
Claudia alzó la barbilla con una mezcla de orgullo y desafío.
—Yo me fui con él.
Y a pesar de los subsiguientes acontecimientos nunca lo lamentó. Si se hubiera quedado en el estrecho y pacato mundo que sus padres habitaban, nunca habría descubierto la verdadera riqueza de la vida. Mirando atrás, su infancia le parecía increíblemente árida. Le parecía que se había pasado la juventud buscando desesperadamente la aprobación de sus padres, que creían que cualquier alabanza sólo habría servido para alentar la vanidad. Eran unos padres muy rígidos, y, como hija única, Claudia se vio

constantemente presionada para adaptarse al tradicional concepto de la modestia y servicialidad femenina. Una obediencia ciega era lo único que reconocían y lo único que le enseñaron a su hija.

Chris apareció como una asombrosa revelación en medio de aquella existencia carente de alegría, desvelando todos los anhelos secretos del joven y prisionero corazón de Claudia. Para él, el amor fue algo que llegó fácilmente, brillante de alegría, y para Claudia supuso una maravillosa y cálida liberación de sus emociones.

—¿Seguías sin saber quién era?

—Por supuesto que lo sabía. Chris no trató de ocultármelo, si te refieres a eso —dijo Claudia—. Me dijo quién era, lo que hacía y cómo serian las cosas…

—Debió sonar excitante. A pesar de todo, la realidad también debió resultar un poco desconcertante para una chica sobreprotegida y educada en el campo.

A Claudia le molestó que Morgan fuera capaz de analizar su forma de vida con tanta facilidad, expresando sus deficiencias con tan sólo dos palabras bien elegidas.

—Me adapté —dijo testarudamente—. No fui sólo un capricho pasajero de Chris para aliviar el aburrimiento de su convalecencia. No tuvo que pedirme que me fuera con él. Me amaba.

—Eres muy leal, ¿verdad, Claudia? —murmuró Morgan—. ¿Era él en realidad ese dechado de virtudes? ¿Eres tú esa clase de mujer que necesita adorar a su hombre?

—No, por supuesto que no —respondió Claudia ardientemente —. Pero pareces tratar de implicar que, de alguna manera, Chris se aprovechó injustamente de mí. Yo tenía veinte años y puede que fuera demasiado inocente y estuviera demasiado protegida por mis padres, pero intelectualmente era más madura que la mayoría de las chicas de mi edad. Sabía lo que estaba haciendo… que no habría vuelta atrás. De hecho, en ciertos sentidos me sentía mayor que Chris —admitió reveladoramente—. Él siempre había vivido una vida maravillosa. En realidad no sabía lo que era perder. Y siempre era tan… optimista respecto a la vida… tan abierto sobre sus sentimientos… estaba tan seguro de que todo saldría bien al final… como si la vida fuera sólo un gran juego del que había que disfrutar. Supongo que tenía que ser así, o de lo contrario nunca habría sobrevivido a la tensión de las carreras, pero también podía resultar

una actitud bastante irritante a veces, cuando quería que se tomara algo en serio y él se limitaba a sonreír y a decirme que no me preocupara, que todo iría bien.

—¿Te has preguntado alguna vez si no te estarías hartando de él en la época en que murió? —preguntó Morgan.

—¡No, por supuesto que no! ¡Iba a casarme con él! —contestó ella acaloradamente.

—Nunca se mencionó nada sobre ese matrimonio en la prensa.

—Era un secreteé… Chris habia organizado las cosas para que nos fuéramos a Las Vegas después de la carrera. Nadie sabía nada al respecto, íbamos a anunciarlo después. A él le gustaba hacer esa clase de cosas… engañar a la prensa, sorprender a sus amigos. Pero en lugar de la boda, esa semana tuvimos un funeral…

Claudia también se sentía culpable por eso. Previamente, no había hecho caso de las ligeras proposiciones de matrimonio de Chris, incómoda al darse cuenta de que cada vez parecían pasar menos tiempo juntos debido a las carreras. Dos o tres años antes habría aceptado sin pensarlo, pero con la experiencia adquirida durante aquel tiempo empezó a preguntarse si el amor que sentía por él era lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a una forma de vida como aquella.

Pero su embarazo le hizo dejar a un lado sus dudas. Fueran cuales fueran sus fallos, sabía que Chris amaría a su bebé con toda la calidez y fuerza de su volátil naturaleza. Y también sintió que le debía a su bebé la seguridad de una familia real.

—No me extraña que sintieras la necesidad de escapar de la presión de los medios de comunicación después de aquello. Debiste sentirte muy vulnerable…

Claudia se dio cuenta de que, probablemente, Morgan debía estar reinterpretando bajo un nuevo y compasivo punto de vista la mentira que le había dejado creer sobre su relación con Mark.

«Díselo»

—Morgan, yo…

—¿Pensaste en algún momento en volver con tus padres? —interrumpió Morgan.

—Mis padres eran muy… cerrados, muy estrictos con sus principios. La gente decente no mostraba afecto ni acariciaba a otro frente a los demás, aunque fueran miembros de la misma familia.

De hecho, se sentían tan humillados por mi caída en desgracia que no podían mantener la cabeza en alto ante la comunidad en la que habían pasado toda su vida. Vendieron el hostal y se trasladaron a Australia. Hace años que no hablo con ellos.

—Es increíble lo que son capaces de hacer algunos padres con sus hijos en nombre del orgullo… —murmuró Morgan, y Claudia supo que estaba pensando en su propia experiencia, primero como hijo y luego como padre—. Y sin embargo tú alentaste a Mark para que tratara de arreglar las cosas conmigo… de manera que debes creer en las relaciones familiares… —añadió con suavidad.

—No recuerdo que me creyeras cuando te lo dije —dijo Claudia.

—Es cierto —reconoció Morgan—. Al menos al principio no te creí. Mark me dijo después que fuiste tú la que lo convenció para que aceptara verme —tras un momento de silencio, añadió—: ¿Has tratado de ponerte en contacto con tus padres recientemente?

—¿Te refieres a desde que me he vuelto respetable? —murmuró Claudia cínicamente, preguntándose qué estaría pasando tras aquella inmaculada mirada azul para hacer que Morgan resultara tan atractivamente masculino, como una tormenta de verano a punto de estallaren medio de un cielo sin nubes—. Desde su punto de vista, nunca llegaré a serlo —continuó—. Les escribí cuando me quedé embarazada. Me devolvieron mi carta abierta en un sobre sin una sola explicación; ni una nota, ningún mensaje —se encogió de hombros, sonriendo sin ocultar su tristeza—. Supongo que fue un rechazo bastante claro. Tal vez temieron que si me daban la más mínima señal de ánimo me presentaría ante su puerta con mi hijo ilegítimo en brazos… —dejó de hablar. A pesar de que su infancia había estado muy lejos de ser idílica, le dolía pensar que para sus padres era como si no existiera.

—Ellos se lo perdieron, Claudia. Tú bebé habría sido precioso. Y tú habrías sido una madre estupenda.

Aquel simple comentario llegó al fondo del corazón de Claudia. Sus ojos se llenaron de lágrimas y trató de simular que era debido al sol. Se miró las manos apoyadas en el regazo y no vio que Morgan se levantaba y rodeaba la mesa. No se dio cuenta de que lo había hecho hasta que se inclinó a su lado y apoyó sus cálidas manos sobre las de ella. ¡Ella lo había empujado a hacerlo con su detestable debilidad!

—Tú no sabes eso… —Claudia trató de apartar las manos pero él no se lo permitió—. En cualquier caso, todo fue una horrible equivocación. Tenías razón cuando dijiste que fue una bendición que lo perdiera.

—Nunca dije eso —negó Morgan, acariciando los nudillos de Claudia con sus pulgares—. Y tu no «perdiste» a tu hijo. Eso habría supuesto descuido y yo sé que no eres una persona descuidada…

—Fue un descuido total quedarme embarazada en primer lugar —dijo Claudia, empezando a llorar a pesar de sí misma.

—¿Lo fue? ¿Quién se hacía cargo de tomar las medidas necesarias… él o tú?

Claudia se ruborizó mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Morgan pensaba que estaba preguntando por su hijo; quería saber si Mark había sido el responsable. ¿No le había causado ya suficiente tormento?

—Yo. Y no lo olvidé. Ni una vez. Fue sólo una de esas cosas que pasan. Yo no quería quedarme embarazada, —dijo escuetamente. ¡Ya estaba! Quizá eso bastara para frenar a Morgan, para evitar que siguiera atormentándola con su compasión…

—Entonces no hay duda de que no fue un descuido. Fue un milagro. El milagro de la concepción. Puede que no quisieras un bebé, Claudia, pero querías a tú bebé, ¿verdad?

Claudia pensó que la humedad que sentía en el dorso de las manos era por sus lagrimas, pero era de la boca de Morgan. Miró su oscura cabeza, inclinada sobre su regazo y contempló asombrada cómo le apartaba las manos y besaba con suavidad por encima de su blusa la curva de su estómago.

—No… —susurró, sintiendo el calor de su boca atravesando la tela.

—Mark me contó que estuviste enferma durante todo el embarazo, y tuviste una terrible experiencia de parto. ¿Te dijo el doctor si corrías el peligro de tener problemas parecidos en un futuro parto? ¿Sufriste algún daño permanente?

—Yo… no. El médico me dijo que mi salud se había deteriorado un poco incluso antes de que me quedara embarazada, pero que por otro lado era… era completamente normal… y que no tenía por qué tener ningún problema si quería volver a quedarme embarazada… —Claudia no lograba concentrarse en sus palabras mientras Morgan

la miraba con aquella peculiar gravedad.

—¿Y quieres hacerlo? ¿O te asustan los malos recuerdos y no quieres correr el riesgo de volver a quedarte embarazada alguna vez?

¿Por qué había dicho Morgan la palabra «riesgo» en aquel tono ligeramente despectivo? ¿Acaso pensaba que era una neurótica?

—¿Te gustaría tener otro bebé, Claudia? —insistió él con suavidad, sin dejar de acariciarle las manos—. ¿Otro hijo o otra hija?

—Yo… —Claudia se humedeció los secos labios con la lengua y susurró—: Algún día, supongo. No estoy… quiero decir… no seríalo mismo.

—Por supuesto que no —asintió Morgan—. Esta vez planearías cuidadosamente el embarazo. Te asegurarías de estar perfectamente saludable antes del parto, te prepararías mental y físicamente y contarías con una seguridad económica.

—Yo… sí… supongo que sí… —Claudia se sintió como si estuviera siendo guiada por un sendero secreto cuyos retorcidos giros hicieran imposible ver su destino.

—No sería una sustitución, pero si tuvieras otro bebé cuyo padre tuviera la misma base genética del padre de tu primer hijo, tal vez crecería compartiendo muchas de las características físicas que habría tenido el primero…

Claudia pensó que debía estar sufriendo una insolación. ¡Morgan no podía estar sugiriendo lo que creía que estaba sugiriendo! Mirándolo con sus dorados ojos abiertos de par en par, le escuchó pronunciar su asombrosa proposición.

—Te dije que tenía una deuda contigo, Claudia, y que no podía pagarla con palabras. Tal y como lo veo, la única forma en que puedo reparar lo que sucedió y redimir mi honor es pagándote exactamente con lo que te quité: una vida por una vida. No puedo devolverte a tu hijo, pero podría darte otro. Y, si eres tan honesta como yo trato de serlo contigo, creo que admitirás que el acto de procrear a nuestro bebé sería una experiencia inmensamente agradable y profundamente sensual para los dos…

Capítulo 8

CLAUDIA abrió los ojos. —¿Qué… qué ha pasado? —No estoy seguro, pero me parece que has sufrido un clásico desvanecimiento.

. Claudia hizo un esfuerzo por erguirse en el sofá, reconociendo vagamente la habitación blanca con alfombras turcas en el suelo como una de las de la casa de Morgan. Se pasó una temblorosa mano por el pelo y miró al hombre que estaba pacientemente sentado a su lado.

—Yo… ¿cómo he llegado aquí? —preguntó, confundida.

—Yo te he traído —Morgan le acercó un vaso a los labios.

Agua. Claudia dio un sorbo, agradecida. Se colocó el pelo tras las orejas y bajó la mano hasta su garganta, descubriendo que tenía varios botones de la blusa desabrochados y un pequeño reguero de gotitas a lo largo del escote. También notó que no tenía puesto el cinturón. Apoyó la espalda contra los cojines apilados tras ella, sujetando nerviosamente con los dedos un ojal vacío.

—¿He estado así mucho rato?

—No lo suficiente como para que me aprovechara de ti —dijo Morgan secamente, con tanta perspicacia como siempre—. La blusa que llevas puesta es bastante apretada y me ha parecido buena idea aflojarla para que pudieras respirar mejor; también me ha parecido buena idea echarte un poco de agua.

No parecía enfadado, pero tampoco había en su mirada el habitual destello burlón, y Claudia se sorprendióal notar cuánto lo echaba de menos. Pero se merecía aquella actitud. Había insultado el honor y la hombría de Morgan con su momentánea sospecha de que pudiera haberse aprovechado de su indefensión.

—Gracias —murmuró, sin saber cómo disculparse. Quería abrocharse la blusa y ponerse el cinturón, pero su perversa

imaginación transformó aquel sencillo acto en algo sutilmente provocativo que podría atraer la atención de Morgan hacia sus femeninas curvas.

—Ha sido un placer —Morgan metió una mano en un bolsillo de su pantalón y sacó un pañuelo—. Permíteme.

Tenía la mirada baja y sus pestañas ocultaban su expresión mientras secaba la humedad del cuello de Claudia. Era muy meticuloso, pensó ella sin aliento mientras los segundos pasaban. Morgan tuvo que apartar los bordes de la blusa un poco más para atrapar las gotas que habían sucumbido a la fuerza de la gravedad, alzando primero un lado y luego el otro y deslizando la mano bajo la tela.

Pareció llevarle largo rato secarla a su completa satisfacción, pero Claudia no protestó, mirando resueltamente el hueco de la base de su garganta, consciente del suave sonido de sus respiraciones.

Finalmente, la mano de Morgan se detuvo con el pañuelo entre sus senos, en el pequeño arco blanco que ocultaba el cierre frontal y se asomaba por encima del primer botón cerrado. Claudia sintió un pequeño tirón y aquel botón también quedó abierto. Su mirada voló al rostro de Morgan.

Con una sonrisa sensualmente abrasadora, le soltó otro botón, y otro…

—Ahora sí puedes alegar que me estoy aprovechando…

Hundió la mano en torno a la cintura de Claudia, bajo la blusa, abriéndola por completo. Pero en lugar de inclinarse hacia ella la atrajo hacia sí bruscamente y colocó su boca sobre la de ella.

El gemido de Claudia fue absorbido por la lengua de Morgan penetrando en su boca. Instintivamente, para liberarse de la presión en torno a la cintura, Claudia subió las manos por su espalda.

—Sí… —susurró él sin apartar los labios de su boca y haciéndola girar de manera que quedó colocada sobre sus rodillas. Apartó una de las manos de su cintura y la llevó hasta sus senos, acariciando sucesivamente uno y otro pezón por encima del encaje del sujetador. Firmemente sujeta contra su dureza y consumida por su delicadeza, Claudia no pudo evitar disfrutar con los eróticos contrastes de la masculinidad de Morgan.

Cuando su boca se apartó de la de ella, dejó caer atrás la cabeza

con un estremecido suspiro.

—Deduzco que has decidido que te gusta que me aproveche —dijo Morgan con voz espesa.

Claudia alzó la cabeza. No había tomado ninguna decisión consciente, sólo se había dejado llevar por el deseo del momento.

—Yo…

—Todo lo que tienes que decir es sí.

—¿Cuál… cuál era la pregunta?

—Lo sabes muy bien.

—¡No hablabas en serio! —protestó Claudia sin convicción. La intensidad de la azul mirada de Morgan resultaba aterrorizadora.

—¿No? —preguntó él con calma, colocando la mano con firmeza sobre el seno izquierdo de Claudia y el ardiente e irregular latido de su corazón—. ¿Entonces por qué te has desmayado?

—Me he desvanecido, eso es todo —dijo ella con firmeza—. Supongo que ha sido a causa del vino y del sol…

—Y de la impresión. Te impresionas fácilmente teniendo en cuenta tu mundana experiencia, ¿no, Claudia? —Morgan contempló un momento su pálida boca, elrubor de sus mejillas, sus anchos ojos marrones ensombrecidos por profundos secretos. Se inclinó hacia ella y murmuró—: ¿Resulta tan impresionante la idea de tener un hijo mío?

Totalmente. Era indecente. Sería perverso el mero hecho de contemplar la idea. Y perverso por parte de Morgan hacerla desearlo. Su boca estaba a un beso de distancia de la de ella. Volvió la cabeza a un lado, arqueando su garganta en un gesto de resistencia a su tentadora invitación.

—A cualquier mujer le impresionaría ser… ser…

—¿Deseada?

—De lo que estás hablando no es de deseo… —murmuró ella.

—Esto es deseo —Morgan la rodeó con el otro brazo por la cintura, presionándola con firmeza contra su regazo mientras abría los muslos, haciendo que el firme contorno de su masculinidad presionara contra el suave trasero de Claudia—. Así que no pienses que estoy haciendo esto por mero altruismo —susurró con suavidad junto a su oído—. Te deseo, Claudia… y sé que tú me deseas a mí… —deslizó el pulgar sobre el endurecido pezón de su seno para probar su afirmación—… pero piensas que los errores del pasado

son demasiado importantes como para ignorarlos. Si me aceptas como amante, no tendrás por qué sentirte culpable de traicionar tu pasado. Así podrás tenerlo todo: tu venganza y a mí.

—No tienes por qué hacer esto —dijo Claudia, desesperada—. No quiero vengarme. ¡No fue culpa tuya! No puedes querer tener un bebé mío…

—¿Por qué no? —una vez más, la confesión de Claudia fue bruscamente aplazada por Morgan—. ¿Es que sólo las mujeres pueden anhelar tener hijos? Cuando tuve a Mark estaba trabajando tanto, que me perdí su infancia. Estaba tan ocupado probando que era un hombre de negocios con éxito que fui un padre virtualmente inexistente. No me esforcé lo suficiente en ser la clase de padre normal que necesita un hijo. Sé que esta vez lo haría mucho mejor…

Su confiado empleo del presente hizo que Claudia sintiera un repentino pánico. Pero la palabra «anhelar» también llegó al fondo de su corazón.

—Pero… Mark…

—Ah, sí, Mark —la boca de Morgan se tensó en una firme línea —. El estandarte mágico que siempre haces ondear cuando quieres librarte de mí. Hablemos de Mark. ¿Te preocupa que yo esté mostrando alguna especie de desviación sexual por desear a su antigua querida?

Sus palabras fueron crudamente efectivas, pero Claudia se negó a dejarse afectar.

—¿Es así?

Un toque de irónico humor destelló en los ojos azules de Morgan.

—¿Si te deseo? Por supuesto. Pero tú y yo sabemos que hay mucho más que eso entre nosotros. Un hombre no ofrece un bebé a cada mujer que desea. ¿Es posible que no sean mis motivos tanto como mi potencia en lo que temes confiar?

—No puedo dudar de eso, ¿no? Morgan volvió a mover las caderas para que Claudia sintiera de nuevo la evidencia de su masculinidad.

—Cierto.

—Me refería a que ya has tenido a Mark y por tanto es evidente que puedes tener hijos.

—Eso fue hace mucho tiempo, desde luego, pero no tengo motivos para pensar que los años de abstinencia hayan disminuido mi fertilidad.

—¿Abstinencia? —el brillo dorado de los ojos de Claudia expresó su burlona duda.

—Me refiero a abstinencia de tener hijos —dijo él con suavidad —. Siempre he utilizado preservativos cuando me he acostado con otras mujeres, Claudia. No estaba dispuesto a correr el riesgo de dejarlas embarazadas —las espesas y oscuras pestañas de Morgan velaron su miradacuando bajó ésta para contemplar la rápida subida y bajada de los senos semi-desnudos de Claudia—. Estoy deseando probar la novedad de estar desnudo dentro de ti. Siento curiosidad por saber lo que sentiré. Estoy seguro de que será una experiencia realmente intensa para ambos. ¿Tomas o has tomado recientemente la pildora? Aún asombrada por la gráfica descripción sexual de Morgan, Claudia respondió con automática sinceridad.

—No, pero…

—Bien. Entonces no hay problemas con tu fertilidad. ¿Significa eso que también ha pasado mucho tiempo para ti, Claudia?

—¿Mucho tiempo? —repitió ella, sin comprender.

—Desde que permitiste a un hombre…

Claudia alzó rápidamente una mano y la colocó sobre la boca de Morgan para impedirle seguir hablando. El le besó la palma y deslizó la lengua por ella mientras la miraba con gesto burlón. Claudia apartó rápidamente la mano.

—Puedes impedirme decirlo, pero los dos lo estamos pensando, ¿verdad? Es muy erótico pensar en ti y en mí desnudos, sin ninguna barrera entre nosotros, creando algo hermoso con nuestra unión, algo dulce y precioso…

Claudia sintió que su cuerpo se derretía en la ardiente masculinidad que la rodeaba, encantada por el embrujo de su sensual poesía. Tal vez, si la necesidad y el deseo de Morgan eran tan intensos, podía hacer las paces con su atribulada conciencia dándole lo que deseaba, y obteniendo a la vez un poco de felicidad…

—Y también encuentro extremadamente erótica la idea de tu embarazo —murmuró Morgan, inclinando la cabeza hasta la cálida protuberancia de los senos de Claudia, que asomaban por encima

del sostén— Me atrae la idea de hacer el amor contigo mientras el bebé crece, de explorar tu nueva sensibilidad, de ver cómo cambia y crece tu cuerpo mientras se prepara para dar la bienvenida al mundo a un nuevo ser…

Claudia se puso rígida al darse cuenta de lo que estaba sugiriendo.

—¿Quieres decir que esperabas que…? Pero yo pensaba…

—Muy pronto te quedarás sin todos esos peros, ¿y entonces dónde estarás? —dijo Morgan—. Supongo que, como de costumbre, estabas imaginando lo peor de mí. ¿Qué creías que pretendía sugerir? ¿Una noche de ardiente y fértil sexo en el momento más álgido de tu ciclo hormonal? ¿Una breve aventura que terminaría en el momento en que se confirmara tu embarazo?

Claudia se ruborizó intensamente y trató de apartarse, pero Morgan se lo impidió.

—Si hubiera tenido intención de ser un mero donante de esperma, duquesa, habría sugerido la inseminación artificial —dijo ásperamente—. ¡No pienso dejarte embarazada para luego salir corriendo como un adolescente irresponsable! Por supuesto que cuidaré de ti durante tu embarazo —el tono de su voz se suavizó considerablemente al añadir—: Y es un hecho aceptado que la mayoría de las mujeres experimentan un repentino incremento de su energía sexual cuando se quedan embarazadas. En interés de tu salud general y de tu bienestar, yo me aseguraría de que todos tus antojos quedaran satisfechos…

Claudia sintió oleadas de calor recorriendo su cuerpo.

—Qué… qué sacrificado por tu parte —consiguió decir con voz temblorosa, sin lograr imprimir a su tono el sarcasmo que hubiera deseado.

—¿Verdad? —susurró Morgan, volviendo a acariciarla de forma realmente inquietante.

Claudia supo que la única manera de luchar contra el fiero deseo que se estaba apoderando de su cuerpo y su mente era decirle la verdad. Cerró los ojos y se despidió silenciosamente del maravilloso placer que le producían las caricias de Morgan.

—¿Morgan…?

—No te preocupes, duquesa. No te preocupes por nada. Déjame cuidar de ti y de nuestro bebé… Te prometo que todo irá bien.

—El bebé…

—Será tan perfecto como podamos hacerlo. Y si no es perfecto, lo querremos de todas formas.

Oh, Dios. ¿Por qué tenía que ser tan delicado en aquellos momentos? Claudia sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al pensar en lo que estaba a punto de perder.

—¡No! Me refiero al otro bebé. A mi bebé. A mi hijo —dijo, remarcando la exclusividad de su posesión—. Lo vi… después… pedí que me lo enseñaran.

Claudia sintió que Morgan se quedaba quieto y captó la nueva tensión que se apoderó de su cuerpo.

—¿Oh?

Fue una respuesta cuidadosa y neutral, pensó Claudia mientras abría los ojos. La expresión de Morgan se había vuelto muy cautelosa. Hacía bien en temer el desarrollo de aquella conversación.

—Tenía el pelo oscuro y… y… no sé de que color tenía los ojos, porque no los vi abiertos. Luego, hubo un funeral…

La tensión de los brazos de Morgan se acrecentó mientras la miraba.

—Y estabas sola… Lo siento tanto…

—Y un bautizo —interrumpió Claudia rápidamente, antes de que Morgan lograra hacerle perder el valor con su compasión—. Hice que lo bautizaran antes para que pudiera ser enterrado con un nombre, no como… una cosa… sino como una persona.

—Claudia…

Ella negó con la cabeza.

—¿Quieres saber cómo lo llamé? —continuó.

—Si quieres decírmelo.

Morgan pensaba que todo aquello era debido a algo tan simple como un nombre. Claudia casi lo odió en aquel momento por su ignorancia.

—¡Christopher! —dijo con rabia— ¡Lo llamé Chris!

—Un nombre estupendo para un niño —dijo Morgan con calma, y ella no pudo creer que un hombre tan inteligente pudiera ser tan estúpido.

—¡Chris! ¡Por su padre! —Claudia no pudo soportar más la fija mirada de Morgan. Apoyó las manos sobre sus hombros, tratando

de librarse de la inapropiada intimidad de su abrazo—. ¡Christopher Nash Lawson!

No hubo respuesta inmediata y Claudia no pudo evitar volver a mirar a Morgan, aún tan impenetrable como el resto de su persona. ¿Por qué no la soltaba? ¿Por qué no la alejaba de sí asqueado?

—¡Mark y yo ni siquiera éramos amantes! —gritó, enfadada, apretando los puños mientras luchaba inútilmente contra su implacable calma—. ¡Maldita sea! ¿No comprendes?

—Comprendo perfectamente. Me estás diciendo que Mark no era el padre de tu hijo.

Claudia se quedó totalmente paralizada al oírlo. Algo en la forma en que lo había hecho, en el dominio de sí mismo que estaba demostrando, contrastaba en exceso con el arrebato de furia que había esperado por parte de Morgan.

—¡Lo sabías! —dijo, dejando caer los puños en su regazo al sentirse apabullada por aquella repentina certeza—. Siempre lo has sabido…

—No siempre —confirmó él—. No hasta varios meses después. Volví a verte, pero te habías trasladado. Tu vecino fue muy complaciente y me dio mucha información. Me contó por todo lo que habías pasado, me habló de la pérdida de tu bebé… a los siete meses de embarazo.

Sólo entonces Morgan soltó la cintura de Claudia y empezó a acariciarle los brazos, como si hubiera sentido el escalofrío que parecía haberla dejado sin fuerzas.

—Lo sabías… —Claudia aún estaba asimilándolo, sintiendo una terrible confusión mientras las implicaciones de la confesión de Morgan penetraban en su cerebro.

Sabía que su hijo no era el padre del niño perdido. ¡Pero eso no tenía sentido!

—¿Cuánto… cuánto sabes?

—Todo.

Era difícil de asumir.

—No podías saberlo… Todas las cosas que has dicho…—la voz de Claudia estaba tan rota como sus pensamientos—. Y hace un momento, antes de que me desmayara… lo que has dicho sobre los genes del padre…

—Sabía que si te daba pie acabarías confiándome la verdad —

dijo Morgan con sencillez.

—¿Entonces… has dicho todas esas cosas deliberadamente? —preguntó Claudia, tratando de recordar frenéticamente todo lo que ella le había dicho a él. Morgan lo había sabido todo mientras ella se dedicaba a evadir las consecuencias de sus acciones contándole mentiras o medias verdades.

Una intensa vergüenza se apoderó de ella.

—¡Tratabas de tenderme una trampa! —acusó injustamente.

—¿Cómo puede ser una trampa la verdad, Claudia?—murmuró Morgan, sin dejar de acariciarle los brazos—. Sabes que querías decírmelo… yo no te he obligado.

Saber que aquello era cierto no resolvió el violento conflicto que Claudia sentía en su interior. Todo aquel tormento mental… ¡para nada!

—¡Podías habérmelo dicho! —protestó.

—Tú eras la protagonista de la historia y por tanto eras tú la que debía contarla, duquesa, no yo —la sombría sonrisa de Morgan fue como sal en una herida.

—¿Y si no te lo hubiera contado nunca?

—Entonces habría respetado tu silencio. Claudia no pudo evitar creerle.

—¿Y todo lo que has dicho sobre tener un bebé? —preguntó con voz ronca—. ¿Era sólo una forma de hacer que te lo contara?

—No suelo hacer promesas que no tengo intención de cumplir —Morgan tomó una mano Claudia y se la llevó a los labios para besarla antes de apoyarla en su pecho. Ella se dio cuenta de repente de que su blusa seguía abierta y alzó la otra mano para sujetarla—Por lo que a mí se refiere, nada ha cambiado. Yo no he cambiado de opinión. ¿Y tú?

—Debes odiarme… —susurró Claudia. Sabía que, de haber sucedido al contrarío, ella lo habría hecho.

—Te dolió y te desquitaste como pudiste en ese momento —dijo Morgan en tono suavemente comprensivo—. Por supuesto que me enfadé. Al principio me puse furioso, y esa fue una de las razones por la que decidí mantenerme al tanto de tus movimientos, pero he tenido dos años para asimilarlo, y, desde que he vuelto a encontrarte, me he dado cuenta de que aquella impulsiva mentira fue probablemente tan dolorosa para ti como para mí. De todas

formas, fuera quien fuera el padre, yo hice que te cayeras y perdieras al niño…

Claudia se quedó consternada cuando el significado de la última frase la golpeó de pleno en el pecho, congestionándolo con un horror creciente cuando Morgan continuó.

—No te resulta fácil hacer daño a los demás, ni siquiera cuando está justificado, ¿verdad, duquesa? ¿Por qué no dejas que te demuestre que te va a resultar mucho más fácil dar placer?

Y Morgan se lo demostró inclinándose hacia ella y cubriéndole la boca con la suya, alimentándola con la fuerza de su deseo.

Bajo aquel beso, Claudia reconoció que su valor ya había excedido sus límites. No podía soportar la idea de confesarle en aquellos momentos una mentira aún mayor. Quiso aceptar desesperadamente su afirmación de que lo sabía todo, aunque resultaba dolorosamente obvio que no era cierto.

Y de pronto, decidió que ya no le importaba. El futuro se haría cargo de todo. Ño iba a esperar otros dos añosa que la furia de Morgan se aplacara para que volviera a aceptarla entre sus brazos. Lo necesitaba ahora, en aquel mismo momento. Necesitaba la pasión que podía sanarla, el deseo que podía utilizar para expresar su arrepentimiento, su silencioso amor…

Morgan la deslizó de su regazo y la dejó medio sentada medio tumbada en el sofá junto a él. Claudia alargó una mano y empezó a desabrochar los botones de la camisa de Morgan, hasta que éste se la quitó impacientemente por encima de la cabeza. Entonces, ella apoyó una mano sobre su pecho y sintió que él se estremecía bajo su contacto.

—Ahora me toca a mí —dijo Morgan, y tomando los bordes de la blusa de Claudia tiró de ellos hacia atrás hasta sacársela por los brazos.

Ella observó su rostro, la seductora fascinación que tensó sus rasgos mientras alargaba una mano para soltarle el sostén. El suave clic del enganche resonó poderosamente en los oídos de Claudia, y cerró los ojos para concentrarse en la alegría de las primeras caricias.

Morgan retiró lentamente el sostén de encaje, cuidando de no tocarla y sin apartar los ojos de su rostro. Sólo cuando las frágiles tiras se deslizaron por sus hombros volvió a mirarla otra vez. Por un

instante, se produjo un intenso silencio.

—Puedo ver tu corazón latiendo —dijo Morgan roncamente, aún sin tocarla, y Claudia bajó la vista y vio que era verdad; el erecto pezón de su seno izquierdo palpitaba al ritmo de su corazón. La cremosa carne que había en torno a él parecía temblar con cada latido, como una delicada pero explícita invitación.

Morgan sonrió y habló con voz espesa mientras rodeaba con su mano el cálido seno que se le ofrecía.

—Cuando lo saboree,tendre tu corazon en mi boca.

Finalmente,Claudia sintio la ardiente y sedosa humedad de los labios de Morgan absorbiendo y chupando su anhelente carne con exquisita delicadeza y fue incapaz de contener el gemido que surgio de su garganta.

—¿Te hago daño? —preguntó él, alzando la cabeza de inmediato.

Claudia hundió la mano en su negro cabello y lo empujó de nuevo hacia sus senos.

—No… sí… por favor, no pares…

—Estoy a tus órdenes, duquesa —dijo él, mirándola ardientemente mientras alzaba posesivamente un seno con su mano —. Todo lo que tienes que hacer es decirme qué quieres y lo haré. Tu placer es mi recompensa…

Volvió a inclinar la cabeza y Claudia se arqueó contra sus labios, sabiendo que no necesitaba decirle lo que quería; él lo sabría antes que ella misma…

Mientras Morgan seguía acariciándole sensualmente los pezones, Claudia sintió que su excitación crecía más y más y deslizó las manos por su ancha espalda, clavando las uñas en su carne en una silenciosa petición que provocó una inmediata respuesta.

Con unos movimientos rápidos y precisos, Morgan terminó de quitarle la ropa y el se quitó los vaqueros, dejando escapar un expresivo gruñido cuando la espesa tela de éstos rozó su ardiente erección. Tardó más en quitarle las braguitas a Claudia, disfrutando de los movimientos de sus caderas mientras se las deslizaba lentamente por los muslos hasta quitárselas. Ella estuvo a punto de morir de placer cuando Morgan la besó en el suave triángulo de rizos, tan oscuros contra la delicada piel del interior de sus muslos. Pero la exquisita caricia terminó rápidamente y entonces él se quitó

los calzoncillos.

Su falta de prisa permitió a Claudia observar abiertamente el gran poder y la belleza de su virilidad, pero cuando él la miró, bajó la vista, avergonzada.

Morgan sonrió y se inclinó hacia ella, tomándole el rostro por la barbilla y haciéndole alzarlo para que lo mirara.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó con voz ronca, incli

nándose para besarla—. ¿Estás cómoda aquí? ¿Prefieres que nos vayamos a la habitación?

—Quiero que dejes de hacer tantas preguntas —murmuró Claudia, sintiendo una alegre anticipación mientras saboreaba su salada piel y aspiraba el aroma de su masculina excitación.

—No puedo evitarlo. Soy un amante elocuente y la idea de hacerte el amor me ha transformado en un desvergonzado sibarita —replicó él, deslizando una mano entre los muslos de Claudia—. Quiero dar rienda suelta a todos los vicios sensuales contigo, de tal manera que desees que no pare nunca…

Y cumplió su palabra. Claudia supo que, aunque lograra olvidar otras cosas, la belleza sin tiempo de la fiera pasión que demostró Morgan haciéndole el amor permanecería con ella para siempre. Alabó, urgió, gruñó, derramó a manos llenas el placer que le había prometido, sin que su energía decayera ni un momento. Fue violento y agresivo, tierno y suave, sin aceptar en ningún momento que ella se mostrara pasivamente receptiva, sino exigiendo su desenfreno total, su completa respuesta.

En cierto momento, se deslizaron del sofá al suelo y Morgan la tomó sobre la alfombra, abarcando las nalgas de Claudia en sus manos y haciéndole abrir las piernas para hundirse en ella con un intenso gemido de gratificación sensual mientras se conducía a sí mismo y a ella a nuevos y desconocidos extremos de placer.

Después la llevó en brazos al soleado dormitorio y la tumbó en la amplia cama, donde procedió a pedirle disculpas con exquisita delicadeza. Mientras Claudia yacía, aún aturdida y deliciosamente exhausta, Morgan se sentó y colocó las manos sobre su vientre.

—Me pregunto si mi bebé ya estará aquí, experimentando los primeros destellos de vida.

Claudia no pudo evitar ruborizarse al oírlo. Morgan estaba asegurándose de que sus intenciones quedaran claramente

comprendidas y aceptadas.

—Lo dudo; desde luego, no tan pronto —dijo, tratando de apartar a un lado sus dudas.

—Sólo lleva unos momentos —replicó Morgan, sonriendo, deslizando un dedo en torno al ombligo de Claudia.

—La concepción no es instantánea —Claudia trató de sonar indiferente—. Y, de todas formas, tampoco estoy en el mejor momento… para concebir, quiero decir.

Morgan la miró sin ocultar su satisfacción.

—Sé que no te referías a hacer el amor. Porque el momento ha sido perfecto, ¿verdad, duquesa? Y ahora que has tenido el placer, espero que no trates de renegar de la responsabilidad que me debes… —el dedo con el que jugueteaba en torno al ombligo de Claudia se introdujo en éste.

—¿Deberte? —Claudia apenas podía concentrarse en sus palabras debido a la caricia.

—Una vieja deuda. Todo ese dinero que malgastaste hace dos años. El dinero con el que me libré de mis obligaciones hacia la madre de mi supuesto nieto…

—Oh, ese dinero —murmuró Claudia. La punta del dedo de Morgan salió del ombligo y volvió a entrar—. Yo… te lo devolveré…

—Por supuesto que lo harás… de la forma más íntima que puedas imaginar —las palabras de Morgan fueron intercaladas con suaves besos a lo largo del torso de Claudia, hasta que ésta sintió que su lengua sustituía a su dedo en el ombligo—. Este bebé será nuestro regalo por lo que nos hicimos. Acéptalo con agradecimiento, como yo, en compensación por nuestras deudas…

Capítulo 9

QUÉ PLANES has hecho? ¿Qué piensas hacer respecto a tu trabajo cuando nazca el bebé? ¿Contratar un ejército de canguros? ¿O quieres que me ocupe de pagar a una mujer fija para que se haga cargo de él?

Claudia apretó los dientes y sirvió el beicon y los huevos que acababa de preparar en el plato de Morgan.

—¿Qué es esto, un interrogatorio?

Se volvió para tomar el café y sacar el pan del tostador. Le dio las dos tostadas a Morgan y puso otra para ella, no porque tuviera hambre, sino para tener una excusa para permanecer alejada de aquella penetrante mirada azul.

No tenía intención de permitir que Morgan la hostigara hasta hacerle admitir que no tenía planes a largo plazo. Ni siquiera pensó en aquellas cuestiones prácticas una semana atrás, cuando sucumbió a su persuasiva seducción. Su único pensamiento entonces fue que, si Morgan podía prometer querer al bebé, tal vez también existiera la posibilidad de que pudiera llegar a querer a la madre del bebé…

Una tonta fantasía. Tal vez sintiera cariño por ella, pero aunque el sentimiento de culpabilidad y el deseo fueran una potente mezcla, no sustituían al amor. Dada su habitual franqueza, Morgan ya le habría dicho que la quería si así fuera. Pero su relación carecía de un ingrediente vital. Confianza. Como amante, Morgan era excitante, apasionado y tierno, pero Claudia no se permitía olvidar nunca que también había sido un tirano terriblemente ambicioso y exigente durante muchos años antes de convertirse en el hombre agradable y compasivo que parecía ser ahora. Pero su lado cínico y manipulador nunca desaparecería por completo; estaba demasiado

grabado en su personalidad y salía a la superficie cada vez que se sentía atacado… o traicionado.

Sopesando los riesgos, Claudia decidió que era mejor posponer el dolor de perderlo hasta que hubiera acumulado suficiente felicidad como para que le durara durante el invierno emocional que sin duda llegaría.

—Sólo un comprensible interés —contestó Morgan—. Te levantas de mal humor por la mañana, ¿no? —con su camisa desabrochada y sin afeitar resultaba sensualmente informal y atractivo, mientras que Claudia, con su uniforme del hotel, se sentía incómodamente formal en su propia cocina—. ¿Es ese el motivo por el que no me has dejado quedarme a pasar la noche hasta ahora? ¿Temías que me sintiera desilusionado por la mañana?

No, lo que Claudia temía era que se le metiera aún más dentro del corazón de lo que ya estaba. Temía revelarle más de lo conveniente en los lánguidos momentos posteriores a la pasión. Si conservaba su independencia lo suficiente, tendría más oportunidades de mantener el interés de un hombre al que le encantaban los retos.

La noche pasada, Morgan se había quedado dormido en sus brazos después de hacerle el amor durante horas, y Claudia cometió la equivocación de creer que podría permanecer despierta un rato, abrazándolo, disfrutando de la breve ilusión de ser la dueña de aquel fuerte cuerpo que descansaba relajado y vulnerable junto a ella.

Pero se quedó dormida, y pagó el precio por ello cuando al amanecer Morgan la despertó acariciándola y besándola. Ella se excitó instintivamente bajo sus manos y no pudo evitar responderle, a pesar de la sensual expresión de triunfo que vio en su rostro. Porque, quedándose, Morgan había roto la inflexible y nunca formulada regla de Claudia, y, juzgando por su arrogante auto-complacencía cuando finalmente se levantaron, lo había hecho a propósito.

—Tal vez tú puedas tomarte el tiempo que quieras por las mañanas, pero olvidas que yo sólo soy una empleada —dijo Claudia suspicazmente—. Normalmente, siempre ando con prisas por la mañana.

—Por eso te he despertado antes de que sonara el despertador —

la abierta sonrisa de Morgan no revelaba ningún arrepentimiento mientras comía su beicon—. Creía que lo tenía todo controlado para que no necesitaras apresurarte. De hecho, si no te sientas y te relajas unos minutos vas a llegar temprano al trabajo. No te preocupes por los platos; yo fregaré. ¿No vas a tomar más que una tostada? —añadió en tono de reproche mientras Claudia hacía lo que le decía.

Además de sus hábitos de dormir, también trataba de regular su dieta. ¿De verdad quería dar un lugar en su vida a aquel hombre dominante? Desafortunadamente, la respuesta era sí.

—Es todo lo que suelo comer por la mañana.

—Pero ahora vas a necesitar un suplemento especial para tu dieta. Deberías tomar cereales, leche y algo de fruta fresca.

—Tengo una dieta perfectamente equilibrada —dijo ella secamente—. Además, todavía no estoy embarazada.

—¿Cómo lo sabes?

Claudia sintió que se ruborizada y trató de concentrarse en su tostada.

—De la forma habitual.

Hubo un breve y chispeante silencio.

—¿Esta mañana?

—Sí —Claudia dio un sorbo a su café y se quemó la lengua. No sabía si le alegraba o le entristecía que el embarazo no fuera ni siquiera una posibilidad ya. ¡Acababa de darle a Morgan oportunidad para echarse atrás si quería!

—Deberías haberme dicho algo… ¿te sentías incómoda? Por Dios santo, Claudia, no soy un obseso del sexo. Puedes rechazarme cuando no quieras…

En su voz había tal mezcla de disgusto e incomodidad que Claudia alzó el rostro para mirarlo, y al hacerlo, vio que él se ruborizaba. Su propia vergüenza quedó olvidada al darse cuenta de que, por una vez, era él el que se sentía avergonzado.

—Me alegra saberlo —dijo, viendo que el rubor de Morgan se intensificaba.

—Podías haber dicho que te dolía la cabeza o algo parecido si no te apetecía hacer el amor —murmuró él, claramente desacostumbrado a tener que mostrarse a la defensiva.

Claudia alzó las cejas y cometió la equivocación de decir:

—¿Tú con eufemismos, Morgan? Creía que eras la clase de persona a la que le gustaba hablar claro.

—Y así es, pero he pensado que a ti tal vez te costaría más hacerlo. ¿Por qué no me has dicho que tenías la regla y que no te apetecía hacer el amor?

Claudia estuvo a punto de atragantarse con el sorbo de café que estaba dando.

—No lo he sabido hasta que me he duchado. Otra equivocación. El rubor de Morgan se desvaneció y sus ojos adquirieron una expresión de curiosidad.

—Y porque querías hacer el amor… Mis instintos no han fallado en eso, ¿verdad? ¿Entonces de qué se trata? ¿Tratas de averiguar cuáles son mis sentimientos al respecto? ¿Esperas que te diga que no regresaré hasta que vuelvas a estar sexualmente disponible?

—Morgan…

—Porque si es así, Claudia, estás siendo muy insultante, conmigo y contigo misma. Te dije desde el principio que esto no iba a ser algo frío y sujeto al calendario. Me da lo mismo el momento del mes que sea. Aunque no quieras que hagamos el amor durante los próximosdías, podemos pasarlos juntos y disfrutar de un agradable grado de cercania física.

Por algún motivo, Claudia pensó que no se refería exactamente a andar tomados de las manos.

—No pretendía… —dijo, sintiendo una repentina timidez.

—Bien —Morgan tomó su taza con una irritante seguridad en sí mismo—. Entonces, ese asunto queda zanjado —dio un sorbo a su café e hizo una mueca—. ¿Es instantáneo? —preguntó, bajando la mirada y arrugando la nariz, y su entrañable expresión de aflicción hizo que Claudia tuviera que hacer un esfuerzo por no inclinarse a besarlo.

—Si no te gusta, ya sabes lo que puedes hacer. ¡Eres bienvenido a prepararte el desayuno! —dijo, en lugar de hacer lo que sentía.

—Es evidente que tendré que comprarte una cafetera para enseñarte a hacer café —dijo él, mirándola divertido.

—Si decido que merece la pena tener una cafetera, yo misma la compraré.

—Entonces tendré que asegurarme de que pienses que merece la pena —murmuró él con exagerada dulzura—. ¿Por qué estamos

discutiendo por estos intranscendentes detalles, Claudia? ¿Acaso crees que eso va distraerme de los importantes? ¿Como, por ejemplo, de qué vas ha hacer cuando por fin te quedes embarazada?

Por fin. Hacía que sonara como si se tratara de una tarea difícil que fuera a llevar mucho tiempo. Por un momento, Claudia pensó perversamente que, si tenía mucho cuidado, podía alargar ese tiempo hasta varios meses…

Asombrada por que se le hubiera ocurrido aquella posibilidad, se castigó mofándose con lo imposible.

—Dejar de trabajar y trasladarme a vivir contigo hasta que el bebé nazca, por supuesto —dijo cínicamente—. Ofreciste darme todo el apoyo que necesitara y, ya que yo voy a tener que soportar toda la carga física del embarazo, es justo que tú te hagas cargo del lado económico. Después de todo, parece lo más práctico.

Pero Morgan no reaccionó como Claudia había imaginado ante el proyecto de ver su intimidad invadida.

—Estoy de acuerdo.

—¿Estás de acuerdo? —por un momento, la sucinta respuesta la confundió. Luego la comprendió—. ¿Que estás de acuerdo?

—Creo que es una idea excelente —dijo Morgan, apoyándose cómodamente contra el respaldo de su silla—. ¿Pero por qué esperar a que te quedes embarazada? ¿Por qué no vienes a vivir conmigo ya?

—¿Ya? —repitió Claudia, aturdida—. ¿A vivir contigo?

—¿Por qué no? Me parece incluso más práctico que tu idea. No sólo resuelve el problema de la… er… inmediata accesibilidad en momentos críticos de tu ciclo, sino que también te dará tiempo para asentarte y establecer una cómoda rutina antes de que tus hormonas empiecen a alterarse. Si vivieras conmigo, no tendrías que preocuparte de los gastos de la casa, ni tampoco de las labores domésticas… ni siquiera tendrías que trabajar. Piensa en las ventajas. Tu trabajo es muy exigente y tenso. Sé que te gusta, por supuesto, pero también sé que requiere una energía y un entusiasmo que te somete a una considerable presión. Te he visto trabajando. Eres muy meticulosa. Cuando estás ocupada, puedes olvidarte incluso de comer, y tu mente siempre está anticipando el siguiente problema. Si lo dejaras, estoy seguro de que mejorarían tus posibilidades de quedarte embarazada. Yo me aseguraría de que

tuvieras todas las comodidades y la independencia de unos ingresos seguros. Comerías regularmente, y comida sana, descansarías mucho…

Veinte minutos después, Claudia estaba de pie mirando la puerta del apartamento, que acababa de cerrarse tras Morgan con un suave clic, con la mano apoyada sobre su pecho, sintiendo el acelerado latido de su corazón.

El aire salía y entraba de sus pulmones mientras luchaba por asimilar lo que acababa de permitir que pasara.

¡Había creído que Morgan le tomaba el pelo!

La rabia que se apoderó de ella cuando se dio cuenta de que Morgan estaba ofreciendo pagarle por sus exclusivos servicios de querida quedó contenida en su garganta el tiempo suficiente como para darse cuenta de la obviedad de la trampa.

¡Precisamente, lo que quería aquel arrogante hombre era que perdiera el control! Esperaba que rechazara su insultante oferta, tal y como ella había esperado que él rechazara su proposición.

Pero el orgullo le hizo erguir los hombros, refrenar su furia y reconocer el juego de Morgan.

Pero él no se echó atrás. Oh, no… en lugar de ello, aumentó su oferta, y, como una jugadora adicta, Claudia aceptó desafíantemente su reto. ¡Si Morgan quería pagar por un amor que ella le ofrecía gratis, allá él!

Claudia se obligó a terminar de prepararse para el trabajo, con las manos tan temblorosas que necesitó tres intentos para lograr pintarse los labios. Debía de estar loca, se dijo mirando su pálido reflejo en el espejo. Ya era suficientemente malo enamorarse de Morgan Stone, pero mentirle y aceptar tener un hijo suyo y trasladarse a vivir aquella mentira a diario con él era simplemente una locura. ¿Qué diablos creía que estaba haciendo?

La misma pregunta le fue formulada unas horas después por un asombrado Simón Moore tras leer la renuncia a su trabajo que le presentó Claudia.

—¡Pero creía que estabas contenta aquí! —dijo, aturdido—. ¿Y la carrera de los Quinientos? ¡El proyecto está a punto de salir y casi todo el mérito es tuyo! ¡Ha sido tu bebé desde el principio!

Claudia parpadeó al oír aquello.

—Según mi contrato, tengo que avisar de mi renuncia con un

mes de antelación —dijo con voz ronca—, de manera que seguiré aquí unos días después de la carrera…a menos que encuentres a alguien que me reemplace antes…

Simón frunció el ceño, tamborileando impacientemente los dedos sobre su escritorio.

—Es probable que lleve más tiempo encontrarte sustituto; y eso es un hecho, no un halago. Aún no me has dicho por qué.

—Es… un asunto personal —dijo Claudia, incómoda, consciente de que Simón tenía todo el derecho a sentirse decepcionado por su decisión de abandonar—. He disfrutado mucho trabajando aquí… es sólo que, bueno, hay otras cosas sucediendo ahora mismo en mi vida en las que quiero concentrarme…

—¿Has ganado la lotería, o has recibido una herencia inesperada?

—Oh, no, nada de eso —Claudia se sentía reacia a hablar sobre algo que ni ella misma podía creer que fuera cierto, aunque sabía que Simón es enteraría muy pronto… ¡como el resto del mundo!

Morgan la había llamado poco después de que llegara al hotel para informarle de que había decidido frenar las inevitables especulaciones sobre su traslado llamando a un amigo periodista y dándole la primicia sobre su nueva relación.

Claudia se quedó anonadada al comprender que se lo comunicaba después de haberlo hecho.

—Pero yo no…

—Dijiste que dejabas los detalles en mis manos —había interrumpido él suavemente—. Por mucho que queramos ignorarlo, soy noticia. Siendo sinceros desde el principio cortaremos de raíz los cotillees. Ya sabes que cuanto más tratas de evitar a la prensa más despiertas su interés. Si les hacemos ver que no tenemos nada que ocultar, probablemente se limitarán a informar y nos dejarán en paz.

Apabullada por aquella avalancha de lógica estratégica, Claudia se quedó indecisa.

—Pero…

—¿Qué sucede? ¿Te asusta no poder echarte atrás ahora que es oficial? —preguntó él en tono provocador—. Podrías hacerlo, pero me temo que sin ninguna elegancia. ¡La prensa tendría un gran día si te fueras antes de haberte trasladado! Insistirían en averiguar el

motivo, y ya sabes cómo son los reporteros cuando husmean un posible escándalo…

¿Cómo se atrevía a referirse a su doloroso pasado con tal despreocupación?

—¿Es eso todo lo que tienes que decirme? —preguntó Claudia rígidamente, resistiendo la tentación de arrojar el teléfono contra la pared.

—Sí —mintió él con descarado aplomo—. Excepto por el hecho de que también he llamado a una empresa de mudanzas para que te ayuden a trasladar tus cosas a mi casa esta tarde. No será muy complicado, ya que apenas has tenido tiempo de comprarte muebles. Yo iría a recogerte personalmente, pero tengo una reunión a última hora, de manera que haré que dejen un coche en el apartamento para que puedas volver a casa. Nos veremos allí sobre las ocho, para cenar, ¿de acuerdo?

Era demasiado rápido para ella. Morgan colgó antes de que pudiera hacerlo ella. ¡Desde luego, no estaba dejando nada al azar, ni le estaba dando el más mínimo respiro para replanteárselo! Todo estaba sucediendo tan deprisa…

—Probablemente trabajaré un poco como relaciones públicas por libre, si hay algo disponible —añadió Claudia precipitadamente ahora, mientras Simón seguía mirándola con gesto preocupado.

Aquello también había sido idea de Morgan. Le dijo que, si vivir con él acababa resultándole demasiado aburrido, podía utilizar su equipo de informática para organizar un despacho desde su casa. El brillo de sus ojos cuando lo dijo implicaba que no creía en absoluto que Claudia fuera a aburrirse. ¡Y dados los acontecimientos de las últimas semanas, ella tampoco lo creía! La boca de Simón se comprimió.

—No puedo prometerte nada, Claudia. Sabes que manejamos todos nuestros asuntos desde aquí.

—Oh, no me refería a eso —Claudia se ruborizó ligeramente al añadir—: Lo que quería decir es que, si me dieras una carta de referencia…

Simón aceptó, aunque no sin reservas, cosa que Claudia no pudo reprocharle. La discreción era la norma de Simón, pero ella sabía que si le decía que su nuevo trabajo consistía en ser la querida de Morgan Stone, él se habría sentido obligado a advertirle de que no

cometiera aquella locura.

Pero no le iba a quedar más remedio que hacerse a la idea de estar en el ojo público una temporada, y sufrir las miradas de reojo y los cotilleos de sus compañeros mientras siguiera trabajando, aunque podría soportar todo aquello mientras supiera que Morgan la esperaba en casa por las noches…

¡Y volver a casa en su nuevo y reluciente juguete!

Casi había olvidado que Morgan había mencionado un coche, y cuando aquella tarde le entregaron una llave en su apartamento, Claudia se obligó a esperar a que los hombres de la mudanza se llevaran la última caja antes de bajar a ver qué clase de coche le había dejado.

Pero en lugar del modesto vehículo que había anticipado, allí, aparcado en la calle y llamando la atención de los peatones, estaba el Corvette azul que Claudia tanto había admirado en su primera visita al concesionario de Morgan.

Al principio pensó que estaba sufriendo delirios de grandeza, y permaneció sentada frente al volante varios minutos antes de mirar en la guantera para sacar la carta que había mencionado el joven que le entregó las llaves. Cuando lo hizo, encontró un sobre con el elegante logotipo de la empresa de Morgan y su nombre escrito en él a mano.

Si no hubiera estado enamorada ya de Morgan, se habría enamorado inevitablemente de él al leer la provocativa nota que le enviaba:

Cada vez que miro este coche pienso en ti. No puedo imaginar a nadie más poseyéndolo, y está haciendo estragos con mi concentración. Un coche sexypara una dama muy sexy. Que lo disfrutes.

Y eso hizo Claudia. Sin ningún recato.

Primero cautelosamente, con mucho cuidado, decidida a superar su temor. Pero pronto se hizo con el poderoso coche y recorría Marine Drive todos los días de arriba abajo, descubriendo por sí misma la extraordinaria fascinación que producía conducir un vehículo como aquél. Tras el volante, empezó a comprender la obsesión que consumió a Chris, aunque una multa por exceso de velocidad el cuarto día que condujo el coche refrenó cualquier deseo de temeridad. ¡Prefería guardar esa temeridad para su

comportamiento fuera de la carretera!

De hecho, las primeras semanas de adaptación a ser considerada públicamente como la mujer que vivía con Morgan Stone fueron menos difíciles de lo que había temido. La respuesta general fue más de envidia que de condena. Por un lado, para diversión de Morgan y bochorno de Claudia, su exótico coche atrajo más la atención de la prensa que los aspectos personales de su relación. La especulación más absurda fue la risible sugerencia de que Morgan había entregado a Claudia el Corvette para que pudiera participar en la carrera de las Quinientas. Morgan acabó con aquellos rumores de inmediato, llamando a sus contactos en la prensa.

Durante aquellas primeras semanas, Claudia vivió a salvo en una burbuja de perfecta felicidad, disfrutando de cada día más que de cualquier otro regalo que Morgan pudiera haberle hecho. Su trabajo empezó a mantenerla más ocupada según se acercaba la fecha de la carrera, y Claudia lamentaba secretamente cualquier rato que le robaba de la hermosa fantasía que vivía con Morgan. Pero aquella despreocupada existencia no podía seguir para siempre, y una tarde, al volver a casa antes de la hora habitual, la burbuja de felicidad que la rodeaba estalló en pedazos.

Estaba en el dormitorio que compartía con Morgan, desabrochándose la blusa mientras decidía qué ropa ponerse, cuando Mark salió repentinamente del baño. Claudia se quedó helada, sintiendo que se ponía totalmente pálida al ver el gesto de condena que había en su rostro.

—Me lo habían dicho, pero no podía creerlo —dijo Mark nerviosamente—. Pensé que era una broma de mal gusto. Pero es cierto, ¿no? Estás viviendo aquí. Duermes con él…

—Yo… —Claudia movió las manos en un gesto de impotencia—. No sabía que ibas a volver tan pronto. Tu padre me dijo que habías decidido quedarte unas semanas más en Europa de vacaciones.

—¿Quieres decir que esto es sólo temporal? ¿Pensabas irte antes de que volviera para que no averiguara lo que está pasando? —preguntó Mark con brusquedad.

—¡No! —horrorizada, Claudia se dio cuenta de que ni siquiera había pensado en las complicaciones que surgirían cuando Mark volviera—. Nosotros… yo… sólo llevo aquí unas semanas. Simplemente… sucedió—explicó, tratando de abrocharse

frenéticamente la blusa con manos temblorosas.

—Nada relacionado con mi padre sucede simplemente—dijo Mark, pareciendo repentinamente mayor de lo que era—. Siempre tiene algún motivo para todo lo que hace—miró en torno a la habitación como si nunca la hubiera visto—: ¡Por Dios santo, apenas he estado fuera más de un mes! ¡Cuando me fui ni siquiera os caíais bien!

—Yo no diría exactamente eso… —protestó Claudia débilmente, apoyando las manos sobre su vientre en un gesto de auto-protección. Si Morgan tenia que elegir entre su hijo y su querida, sabia muy a quién elegiría.

—¿Entonces qué dirías? —preguntó Mark con crudeza, acercándose a ella y arrinconándola contra la cama—. Hasta ahora nunca había instalado a ninguna de sus mujeres aquí, de manera que debéis excitaros mucho mutuamente. No podéis pasar sin hacerlo al menos una vez al día, ¿no?

—¡Mark! —exclamó Claudia, totalmente colorada.

Mark tuvo el detalle de mostrarse ligeramente avergonzado por sus palabras mientras se pasaba una mano por el cabello, apartándose de ella.

—Pensaba que eras tan… —dijo, moviendo la mano en el aire con un expresivo gesto—. ¿Cómo has podido, Claudia? Por Dios santo, tiene edad suficiente…

—Si dices que tiene edad suficiente como para ser mi padre, te doy un bofetón —dijo Claudia, haciendo un esfuerzo por recuperar la compostura—. Para empezar, no es cierto. Es tu padre, Mark, no el mío. Para mí es un hombre maduro, inteligente y muy atractivo —su voz se espesó al pronunciar la última palabra y Mark la miró con una mezcla de hostilidad y curiosidad. Claudia se sentó débilmente en el borde de la cama.

—Pero… Ya te advertí cómo era mi padre. Las mujeres son sólo una forma más de relajarse para él; nunca se implica seriamente en una relación. Después de todo lo que pasaste con Chris no puedo creer que te hayas dejado meter en una situación parecida. ¿Qué seguridad tienes ahora? ¡Cuando hablé con tu amiga en el hotel me dijo que incluso has dejado tu trabajo! —la expresión de horror de Mark resultaba casi cómica.

—Siempre puedo conseguir otro trabajo, Mark.

—¿Qué diablos le has dejado hacerte? —Mark se sentó pesadamente junto a ella, tratando de leer la respuesta en su tenso rostro.

—Nada —murmuró Claudia—. Todo lo he hecho yo sola.

Lo poco que dijo fue demasiado. Mark se quedó un instante sin aliento.

—¡Oh, Dios mío! ¡Estás enamorada de él! —exclamó, aún más horrorizado que antes—. ¡Oh, Claudia, qué locura! —sus dedos se cerraron en torno a la mano de Claudia mientras preguntaba con suavidad—. ¿Cuánto tiempo crees que va a durar?

—No importa —Claudia se encogió de hombros, manteniendo la cabeza alta. No quería que Mark pensara que se arrepentía de algo, o que culpaba a su padre por no ser la clase de hombre que habría querido que fuera.

— —Sí importa —dijo él con aspereza, soltándole la mano para pasar un brazo por sus hombros y atraerla hacia sí. Sin poder evitarlo, Claudia sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Mark bajó la mirada y se fijó en los botones desigualmente abrochados de su blusa. Suspirando, empezó a abrocharlos adecuadamente, con el gesto resignado de un padre cuidando a un hijo revoltoso. Claudia supo entonces que todo estaba bien. Había sido perdonada—. Oh, Claudia, si tenías que enamorarte, ¿por qué no ha podido ser de alguien que no fuera a destrozar tus sentimientos? ¿Por qué no te has podido enamorar de mí?

La arrogancia de Mark fue suficiente para hacerla sonreír.

—Porque tú no estás enamorado de mí.

—Ni él tampoco.

Mark pronunció aquellas hirientes palabras antes de poder evitarlo, y como si así pudiera disculparse por la cruel verdad, se inclinó y besó apasionadamente los temblorosos labios de Claudia.

Segundos después, Claudia se encontró mirando los acerados ojos azules de Morgan, que contemplaba la escena desde la puerta.

Capítulo 10

APARTA tus manos de ella! Mark, que había apoyado las manos sobre los hombros de Claudia para sujetarla cuando ambos saltaron culpablemente de la cama, las mantuvo allí en un automático gesto de repudia a la orden su padre, mientras ella explicaba precipitadamente porque había llegado antes a casa ese día.

A sus espaldas, Mark permaneció en silencio.

—Y cuando he llegado —concluyó Claudia—, me he encontrado con que Mark ya estaba en casa…

—Ya veo.

Las lentas palabras de Morgan hicieron que un helado escalofrío recomerá la espalda de Claudia mientras se interponía nerviosamente entre ambos hombres. Morgan se acercó amenazadoramente.

—Me preguntaba por qué habías salido de la oficina con tantas prisas —dijo, mirando fijamente a su hijo—. Irene me dijo que te había informado de que yo estaba en la sala de exhibición. Le pareció extraño que te molestaras en llamar mientras venías del aeropuerto y que ni siquiera te molestaras en quedarte para saludarme…

—Evidentemente, a ti no te ha parecido nada extraño —la voz de Mark sonaba tan acusadora como la de su padre—. ¡Al parecer, sabías exactamente a dónde había ido!

Morgan permaneció quieto mientras sus hombros se tensaban peligrosamente bajo su chaqueta. Los dos hombres estaban vestidos de manera similar y Claudia se sintió como un trozo de carne tierna en medio de un sandwich.

—¿Por qué no llamaste para decir que habías decidido adelantar tu regreso una semana? —preguntó Morgan ásperamente.

¿Una semana? Claudia tragó con esfuerzo. ¿Por qué no le había mencionado Morgan la inminente vuelta de Mark? ¿Pretendía librarse de ella antes de que volviera su hijo, como había sugerido éste?

—Pensé en darte la sorpresa —murmuró Mark sarcásticamente —. Pero he sido yo el que se ha llevado la gran sorpresa.

—Te he dicho que apartes las manos de ella —la orden de Morgan se convirtió directamente en una amenaza.

—Morgan, sólo estábamos hablando…

—¿Oh, así es cómo se llama ahora? —Morgan interrumpió a Claudia con letal ironía, alargando una mano para juguetear sugestivamente con uno de los botones que Mark no había terminado de abrochar.

Claudia se estremeció.

—Yo… me estaba cambiando…

—¿Ibas a ponerte algo más cómodo… para Mark?

—No, por supuesto que no —negó ella frenéticamente—. Ni… ni siquiera sabíamos que… que íbamos a vernos.

—Estás tartamudeando. ¿Te sientes nerviosa, Claudia?

—¡Por supuesto que se siente nerviosa teniéndote ahí delante como un amenazador tirano! —dijo Mark, enfadado—. ¿Qué te sucede? ¿Por qué no te apartas de una vez?

—¿Por qué no te apartas tú?

Claudia vio con impotencia cómo la mano que estaba abrochando el botón de su blusa se cerraba en un tenso puño.

—No, Morgan, no… —dijo, alzando ambas manos y envolviendo con ellas el puño de Morgan.

—¿No qué? ¿Que no le dé lo que se merece? —preguntó él con aspereza.

—No seas tonto. No es lo que crees…

—¿No estaba Mark besándote y desnudándote en la cama? ¿En mi cama? ¿En nuestra cama? —la voz de Morgan se fue espesando con cada palabra que pronunciaba.

Claudia sintió que las manos de Mark se tensaban sobre sus hombros.

—Mark sólo estaba siendo amable…

—¡Sí, claro!

Claudia sintió que el puño de Morgan se le escapaba de las

manos. Por un instante temió que fuera a lanzarlo contra Mark, pero en lugar de ello lo bajó y la rodeó con el brazo por la cintura, tirando de ella con fuerza para apartarla de su hijo, manteniendo su otro brazo libre, dispuesto.

—¡Maldito seas…!

—¡No, Mark, no…! —Claudia alzó sus temblorosas manos para detener a Mark cuando vio que éste se lanzaba agresivamente hacia delante—. Por Dios santo, Morgan —rogó al hombre que la sujetaba —, piensa en lo que estás haciendo…

—Sé exactamente lo que estoy haciendo. Estoy poniendo a cada cuál en su sitio. Puede que tengas la amistad de Claudia, Mark, pero todo lo demás es mío. Ella es mía.

Para ilustrar ese hecho, Morgan alzó la mano libre hasta uno de los senos de Claudia y lo tomó de forma tan posesiva como explícita. Claudia echó atrás la cabeza para protestar y se encontró con su boca cubierta por la de Morgan. Este se tomó su tiempo, dejando a Claudia totalmente ruborizada de excitación y de rabia cuando por fin se apartó.

Después de lanzarle una mirada de furiosa satisfacción, Morgan volvió a centrarse en su hijo.

—Hemos sido amantes durante varias semanas —dijo con aspereza—. Acéptalo. Cualquier idea que tuvieras en esa dirección hacia ella está muerta y enterrada.

Sus evidentes celos hicieron que una oleada de esperanza recorriera el cuerpo de Claudia, aunque enseguida comprendió que eran meramente debidos a un deseo de posesión sexual.

—¿Claudia? —la aturdida pregunta de Mark hizo que Morgan la zarandeara entre sus brazos.

—Vamos, duquesa —ordenó—. Dile cuánto te gusta cómo te hago el amor. Dile que yo no he sido el único que ha jugado a la seducción. Dile que soy el hombre más importante en tu vida…

—¿Por qué no la sueltas? —preguntó—. Le estás haciendo daño.

—No, no le hago daño. ¿Verdad, duquesa? —sin soltarla, Morgan hizo que Claudia alzara el rostro de nuevo hacia él—. Le gusta que sea un amante agresivo —añadió, volviendo a besarla casi con ferocidad.

—¿Seguimos teniendo esta conversación o se supone que debo presentar mis excusas y irme?

—Buena idea —dijo Morgan, apartando de mala gana sus labios de los de Claudia—. Cierra la puerta cuando salgas.

—¡Morgan! —Claudia trató de liberarse del abrazo de Morgan, pero al sentir la familiar dureza presionando contra sus muslos, dejó de intentarlo a la vez que se ruborizaba—. Mark… lo siento…

—¿Por qué? ¿Por elegir a un hombre decrépito en lugar de a otro joven y viril? No te preocupes, cariño. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Dadas las circunstancias, Claudia pensó que aquella falta de seriedad por parte de Mark estaba peligrosamente fuera de lugar, pero Morgan no. Su cínica sonrisa parecía tan divertida como la de Mark e infinitamente más masculina.

—Mantente alejado de ella si valoras tu virilidad, hijo.

—Me temo que eso va a resultar un poco difícil —dijo Mark maliciosamente—. Yo también vivo aquí, ¿recuerdas? ¿No será divertido compartir un ménage á trois…?

—añadió, tomando una mano de Claudia y llevándosela a los labios.

—Mark…

La advertencia de Claudia fue ignorada.

—Vamos, papá, hasta ahora nunca te ha asustado la idea de compartir.

Claudia abrió los ojos de par en par al oír aquello, pero Morgan fue rápido contestando a la malicia de su hijo.

—Ya que nunca hemos compartido el mismo gusto en mujeres, esa idea nunca ha supuesto una amenaza para mi decadente masculinidad. Y, aunque lo hubiera supuesto, nunca me ha importado lo suficiente como para preocuparme…

—¿Pero con Claudia es distinto?

Claudia contuvo el aliento. Sabía lo que Mark trataba de hacer. Trataba de ayudarla. Pero habría preferido que dejara las cosas como estaban…

—Con Claudia la cuestión ni se plantea. Creo que incluso tu ardiente virilidad sabrá frenarse ante la idea de tomar como amante a tu madrastra embarazada.

—¿Embarazada? ¿Madrastra?

—¿No te ha dicho Claudia mientras… hablabais… que ha decidido tener un hijo mío?

—¿Estás embarazada? —asombrado, Mark bajó la mirada hacia el plano vientre de Claudia. Luego volvió a mirar a su padre—. ¡Te has casado con ella porque está embarazada!

—Parece que me van los matrimonios precipitados, ¿no? —dijo Morgan, sin inmutarse por la sugerencia, haciendo salir a Claudia de su estado de estupefacción.

—¡Basta ya! ¡Los dos! —dijo frenéticamente— ¡Esto es completamente ridículo! Y deja de preocuparte, Mark; por supuesto que no estamos casados —Claudia pronunció la ultima palabra como si supiera mal.

—Pero lo estaremos para cuando nazca el bebé —dijo Morgan con suavidad.

Claudia contuvo un grito mientras se apartaba de él, dolida.

—¡Ni siquiera sabemos si hay un bebé!

—¿Es eso un no? —preguntó Morgan—. Piensa antes de hablar, Claudia, porque no me tomo muy bien los rechazos. Puede que no vuelva a pedírtelo.

—¿A eso lo llamas pedir?

—¿Quieres que me arrastre por el privilegio de hacer de ti una mujer honrada? —tuvo el descaro de preguntar Morgan con frialdad.

—En estos momentos me resulta más atractiva la idea de tener tu cabeza a la altura de mis zapatos —dijo con fiereza.

—Podría limitarme a arrojarte en la cama y desnudarte

—amenazó sedosamente—. Nunca dices no a nada de lo que te pido aquí. Normalmente sólo hacen falta unos minutos para tenerte rogando entre mis brazos…

—Er…papá…

Morgan ni siquiera miró a su hijo. Su reto iba directamente dirigido al rostro escarlata de Claudia.

—Sal de aquí, Mark. Esto no te atañe. ¿Y bien, Claudia, cuál es tu elección?

—¿Quieres decir que me estás ofreciendo una? —replico ella, consciente de la tensión deliciosamente familiar que empezaba a sentir en su interior.

—Tal vez vuelva un rato a la oficina —murmuró Mark mientras salía—. Er… felicidades, por cierto…

—¿Cómo te atreves a sugerir que soy tan promiscua como para

tener una aventura a tus espaldas con Mark?

—continuó atacando Claudia, dando un grito ahogado cuando Morgan la tomó en brazos y la arrojó sobre la cama como había amenazado—. ¡No creas que puedes…! El aire salió de sus pulmones cuando Morgan cayó pesadamente sobre ella. Poco después los dos estaban completamente desnudos y agresivamente excitados.

—No creas que esto prueba nada —gimió Claudia mientras él la agarraba con fuerza, separándole los muslos y moviéndose insistentemente entre ellos, jugueteando con su palpitante erección contra su húmedo calor, conteniéndose hasta que ella se aferró impacientemente a sus caderas.

—Prueba que me perdonas —Morgan jugueteó con su lengua sobre un excitado pezón mientras apuntaba todas las armas de su arsenal sexual contra su vencido objetivo.

—¿Perdonarte? ¿Por… por qué?

—Por cualquier cosa. Por todo… —Morgan volvió a chupar el pezón a la vez que Claudia tiraba de él y hacía que la penetrara. Un instante después, él se retiró para volver a penetrarla aún más. Los sonidos de placer que escaparon de su garganta mientras repetía aquella acción provocaron oleadas de vibrante placer en el cuerpo de Claudia.

—¡Sí., oh, sí! —susurró, dejándose llevar por un incontenible deseo.

—*¿Me perdonas por mis irrazonables celos?

—Sí… sí…

—Eres mía —dijo Morgan con voz jadeante, moviéndose cada vez más deprisa—. ¡Di que sí, maldita sea, di que quieres hacer esto conmigo cada día de tu vida…!

—¡Sí, sí, sí…! —gimió Claudia, y la explosiva reacción que fue su recompensa la hizo caer en un dulce olvido.

Un rato después, cuando despertó, Morgan se había ido. En la mesilla de noche estaba la única prueba de que lo sucedido no había sido sólo un salvaje sueño erótico.

He tenido que volver al trabajo. No creo en noviazgos largos, sobre todo en nuestro caso. Yo me encargaré de conseguir la licencia, lo demás lo dejo en tus manos…

Lo que hizo temblar el corazón de Claudia no fue la

confirmación escrita de su proposición de matrimonio, sino la despedida.

Con todo mi amor, Morgan

¿Amor?

Entre todas las palabras apasionadas que habían intercambiado, «amor» había sido el único tabú.

¿Pero y si era cierto…?

¡Vendería su alma por que lo fuera! Morgan no tenía necesidad de casarse con ella. El matrimonio sólo lo haría más vulnerable, le daría a ella un poder que nunca tendría como simple amante. A menos que…

Con todo mi amor, Morgan

Claudia releyó una y otra vez aquellas palabras, dándose cuenta de que se le había acabado el tiempo.

Se levantó y se vistió rápidamente, ansiosa por terminar con aquello. Si Morgan seguía queriendo casarse con ella después de que le explicara la verdad sobre la muerte del bebé, entonces sabría que la amaba de verdad, con una fuerza que duraría toda una vida.

Condujo despacio, repasando todo el camino lo que le iba a decir, probando sus mejores frases, dándose cuenta de que no había manera de suavizar el impacto de su confesión.

Al llegar a la oficina, Irene le hizo pasar de inmediato al despacho de Morgan.

Estaba sentado en su silla giratoria, de espaldas a la puerta, leyendo un informe que tenía en su regazo. Claudia dudó en el umbral.

—¿Morgan?

Él se quedó helado, alzando la cabeza como un animal que hubiera olido una presa, pero no se movió. Claudia entró en el despacho y cerró la puerta. Se humedeció los labios, tratando de recordar frenéticamente la frase con la que había pensado empezar.

—Morgan, necesito…

—¡Bruja! —Morgan se levantó y salió de detrás de suescritorio de una sola zancada—. ¡Sádica, calculadora y vengativa bruja!

Aturdida por su violenta y prematura reacción, Claudia se puso totalmente pálida mientras él la atacaba con furia.

—Oh, sí, puedes ponerte pálida, pequeña zo… —Morgan utilizó una palabra que hizo que Claudia se ruborizara intensamente antes

de volver a ponerse pálida—. ¡Estás enferma! ¡Deberían encerrarte! ¡Me dejaste creer que era responsable de la muerte de un niño!

La mente de Claudia se quedó en blanco. Morgan ya lo sabía.

—¿Qué diablos esperabas conseguir? —continuó, asqueado—. ¿Venganza? ¿Por qué? ¿Por tu orgullo herido? Admitiste que nunca habías querido a Mark, así que no me digas que te dejé sin lo que más deseaba tu corazón. Para ti nunca he sido una persona, ¿verdad? Sólo he sido un objeto. ¡Me utilizaste para tratar de negar tus propias responsabilidades y aún sigues tratando de utilizarme, bruja!

Morgan se irguió ante Claudia amenazadoramente, dejando caer sobre ella toda su furia.

—¿Y el hijo que decías querer de mí? ¿Iba a ser otro instrumento de tu macabro juego para hacerme sufrir? O puede que en realidad nunca fueras a tenerlo. Tal vez esa iba a ser tu forma de seguir torturándome. ¡Pero no pienso seguir formando parte de tus enfermizas fantasías! ¡Por mí puedes pudrirte en el infierno! ¿Me oyes, Claudia? ¡Puedes pudrirte en el infierno!

A continuación, Morgan arrojó los papeles que sostenía contra el rostro de Claudia y se apartó violentamente de ella. Los papeles cayeron al suelo y Claudia se agachó automáticamente para recogerlos. Sus manos se quedaron repentinamente quietas al darse cuenta de lo que estaba recogiendo.

—Este es mi informe médico del hospital… —dijo temblorosamente—. ¿Cómo lo has conseguido? —ni en sus peores sueños había imaginado que Morgan se enterara de la verdad a través de aquellos fríos informes clínicos—. Creía que los médicos no daban esta clase de información…

—Sí, otra vuelta de tu retorcida venganza —espetó él, con los puños cerrados a ambos lados del cuerpo, como conteniéndose de utilizarlos contra ella—. Te vas a reír de esto: he utilizado algunas influencias. Pensé que me ayudaría saber qué clase de problemas podrías tener para dar a luz. No quería hacerte pasar ese trauma si existía la posibilidad de que no pudieras llevar a buen término el embarazo…

Oh, Dios, la había amado…

—Pero te dije…

—Me dijiste muchas cosas, Claudia —Morgan apartó con rabia

una silla que tenía ante sí—, pero ninguna era cierta…

—Morgan, por eso estoy aquí. He venido a decírtelo…

—¿De verdad? —dijo preguntó él con desprecio—. Qué amable. ¿Qué ibas a decirme? Hola, Morgan, adivina qué. Resulta que después de todo no eres un asesino. ¡Te he estado engañando todo este tiempo sólo por el placer de ver como te retorcías!

La palabra «asesino» hizo que el corazón de Claudia se contrajera.

—Morgan, por favor, escucha al menos…

—¿Más mentiras? ¿Más medias verdades? —explotó él, echando llamaradas por los ojos—. Me costó, pero acabé comprendiendo que me mintieras sobre quién era el padre de tu hijo. ¿Pero esto? ¿Esto? —por un terrible momento Morgan pareció estar a punto de vomitar, pero se tragó la bilis para decir ásperamente—: No quiero oír nada, Claudia. Nada. ¡Sal de aquí! Sal de mi oficina. Sal de mi casa. ¡Sal de mi vida!

—Morgan, te quiero… —empezó Claudia, pero él maldijo violentamente entre dientes.

—Sal de aquí mientras puedas, Claudia. Si no lo haces, no seré responsable de mis actos. ¡Podría matarte por lo que me has hecho!

Temblando, sabiendo que se había decidido demasiado tarde, que siempre había sido demasiado tarde para ellos, Claudia se volvió para salir del despacho.

—Y vas a dejar esta relación sin llevarte nada, Claudia. ¿Comprendes? ¡Nada! —dijo Morgan con salvaje insolencia—. Si lo haces, te demandaré por fraude y haré que tu reputación quede por los suelos en los juzgados. Así que deja las llaves del Corvette en el escritorio cuando salgas. No te mereces ni la rueda de repuesto, y mucho menos el coche.

Claudia se puso rígida, y se volvió repentinamente hacia él, aguijoneada por el último insulto. Aquel coche había sido el símbolo de su felicidad juntos. ¡No estaba dispuesta a permitir que le quitara sus recuerdos!

—¡Vete al diablo, Morgan Stone!

Luego no recordó su temerario regreso a casa. Sólo supo que llegó a una velocidad increíble y que entró en la casa tambaleándose, respondiendo automáticamente el teléfono cuando éste empezó a sonar al pasar a su lado.

—¿Ho… hola?

Su ronco saludo fue recibido por un mortal silencio seguido de un gruñido.

—¡Teniendo en cuenta cómo has salido de aquí, tienes suerte de estar viva!

—¿Le llamas a esto estar viva? —preguntó Claudia, sollozando temblorosamente antes de colgar.

Se llevó el teléfono arriba, pero Morgan no volvió a llamar.

No llamó aquella noche ni durante los dos días siguientes. No puso un pie en la casa y Claudia no salió de ella. Llamó al hotel y dijo que había sufrido un virulento ataque de gripe, y, sin el más mínimo escrúpulo, dejó su trabajo en manos de su sustituto, que acababa de llegar para empezar sus dos semanas de práctica.

Mark llegó a casa y no dejó de hacerle preguntas, preocupado, pero Claudia no fue capaz de decirle nada en medio del aturdimiento emocional en que se encontraba; sólo fue capaz de sentarse y esperar, como un pequeño animal herido en una trampa, temiendo moverse, temiendo llamar la atención de su depredador.

La tercera mañana, antes de irse de mala gana al trabajo, Mark decidió presionarla con más insistencia.

—¿Qué vas a hacer, Claudia? Papá está encerrado en el hotel y salta sólo con oír tu nombre. Tú estás sentada aquí, como muerta. Si…bueno, si te tienes que ir, ¿a dónde irás?

La preocupación de Mark penetró finalmente la espesa capa de tristeza y dolor que rodeaba a Claudia.

¿Dejar a Morgan?

Se preguntó si sabría que todavía estaba viviendo en su casa. No; si lo supiera, probablemente habría contratado a unos matones para que la echaran a la calle.

—¿Irme? —no tenía a dónde ir, comprendió, repentinamente asustada. No podía quedarse en el HarbourPoint. Su trabajo en el hotel estaba a punto de terminar y, además, Morgan se hospedaba en él. Se había quedado sin nada, sin nadie…

Pero, de pronto, un destello de resistencia brilló en sus ojos. Después de todo lo que había arriesgado para estar con Morgan, ¿por qué estaba dispuesta a renunciar a él con tan poca lucha? Había visto cómo respetaba a aquellos que se atrevían a enfrentarse a él, incluso cuando creía que estaban equivocados.

Además, si realmente la odiaba, ¿por qué había llamado para comprobar qué tal había llegado después de su terrible pelea? Incluso en aquellos momentos se había preocupado lo suficiente por ella como para llamar…

¿Qué tenía que perder enfrentándose a él de nuevo? ¡No le quedaba nada que perder! ¿Pero cómo podía hacerlo si él no quería? Debía haber alguna forma de obligarlo a reunirse con ella. Claudia entrecerró los ojos

al recordar de repente algo con lo que él la había amenazado.

—¿Conoces algún buen abogado, Mark? —preguntó lentamente.

—Por supuesto, ¿por qué?

—Quiero presentar una demanda por incumplimiento de promesa.

—¿Por inclumplimiento de… ? ¿Te refieres a papá?

—Nadie más me ha propuesto matrimonio últimamente.

—Pero Claudia… Dios santo, él nunca… ¡Dios santo!

—Tú estabas presente —insistió—. Le oíste decir que iba a casarse conmigo.

—¿Quieres que me presente como testigo? —preguntó, mirándola con gesto de asombro—. Me matará, Claudia… ¡Nos matará a los dos!

—Hay algunas cosas por las que merece la pena morir, ¿no crees?

Una sonrisa de maliciosa diversión curvó los labios de Mark.

—Sí. Sí, supongo que sí. Y no sólo conozco buenos abogados. Algunos de ellos incluso me deben favores. Tú quédate aquí sentada esperando, Claudia. ¡Yo me hago cargo de todo!

Cuando Mark se fue, encontrando aquel asunto mucho más divertido de lo que convenía, Claudia sintió que su confianza en sí misma la abandonaba. ¿Incumplimiento de promesa?, pensó irónicamente. ¡Era totalmente risible!

Sabiendo que, en interés de sus beneficios, algunos abogados llevaban sus casos con gran lentitud, Claudia se consoló pensando que tendría mucho tiempo para cambiar de opinión si le fallaba el coraje. Entretanto, al menos podría sentir que estaba haciendo algo por controlar su vida.

Por primera vez en varios días, logró desayunar y comer algo sólido, en deferencia a los desesperados esfuerzos de la confundida

asistenta de Morgan.

Por la tarde, mientras estaba sentada en la terraza, oyó el ruido de un coche frenando violentamente ante la entrada de la casa. ¿Habría vuelto Mark ya a casa? Se puso en pie y se asomó a la barandilla, quedándose horrorizada al ver el coche negro que estaba aparcado abajo.

Un segundo después, oyó su nombre retumbando por la casa.

—¿Claudia? ¿Claudia? ¡Sé que estás aquí! ¡No trates de esconderte!

Frenética, Claudia miró a su alrededor, buscando algo que ponerse sobre el body amarillo con el que había salido a la terraza. Estaba pensando utilizar el mantel de la mesa cuando Morgan apareció de repente en la entrada.

—¡Creía haberte dicho que salieras de mi casa! —exclamó. Sus ojos recorrieron de arriba abajo los miembros expuestos de Claudia mientras avanzaba—. Veo que me estabas esperando.

El sarcástico murmullo fue tan inesperado que Claudia se sobresaltó.

—¡Ni lo sueñes! —«espetó, controlando el impulso de cubrirse lo senos con las manos.

Los ojos de Morgan se entrecerraron en un rostro lleno de implacables líneas. Su traje gris y su camisa blanca hicieron que Claudia se sintiera desnuda y en desventaja.

—¿Sabes lo que me ha pasado hoy, Claudia? —preguntó, palmeándose la palma de una mano con un papel enrollado que sujetaba en la otra. Claudia negó con la cabeza, temiendo preguntar —. Estaba concediendo una entrevista en televisión sobre la carrera cuando se han presentado dos hombres con aspecto de matones a entregarme unos papeles legales, explicando a todo el que quería oírles de qué se trataba. No sólo he sido denunciado por incumplimiento de promesa, sino que mi hijo va atestiguar contra mí y mis propias señas figuran como origen de la demanda.

—¿En… en serio? —Claudia no se atrevía a mirarlo al rostro. ¿Qué diablos había hecho Mark? ¿Cómo había conseguido que todo fuera tan rápido?

Morgan desenrrolló el papel y lo miró un momento.

—¿Qué clase de mujer es capaz de hacer algo tan estúpido?

Una mujer enamorada.

El silencio se prolongó entre ellos. Claudia tragó con esfuerzo. Horrorizada, vio que Morgan volvía a deslizar la mirada por su cuerpo, y sus senos respondieron al instante, recordando sus caricias.

—¿Una mujer enfadada? —replicó, alzando la barbilla con gesto orgulloso.

—¿Enfadada? —preguntó Morgan con peligrosa suavidad, alargando un brazo y deslizando la punta del papel por el círculo de uno de los pezones de Claudia, apenas ocultos por la transparencia del body—. No creo, Claudia

—los agujeros de su nariz se ensancharon al ver que el pezón se contraía instantáneamente—. Lo sabes, ¿verdad?

—dijo, moviendo arriba y abajo el papel con cruel deliberación —. Sabes que esa demanda por incumplimiento de promesa no vale nada. Claudia tembló.

—Morgan, yo…

—No —interrumpió él—. No me mientas. ¡No vuelvas a mentirme nunca! —a continuación, preguntó en tono tenso—: ¿Estás embarazada?

—¿Qué? —Claudia parpadeó, aturdida.

—La demanda menciona que te he abandonado en una situación delicada…

¡Oh, Mark!

Claudia miró a Morgan a los ojos, sin siquiera sentir la tentación de mentirle.

—No.

¡Si la quería, tendría que ser por ella misma, no por otra cosa!

—¿Cómo puedes estar tan segura? No esperabas que te llegara el periodo hasta la próxima semana.

Claudia nunca se acostumbraría a la cruda franqueza que empleaba Morgan incluso en los momentos más delicados. Ruborizándose, tomó el papel con que Morgan jugueteaba con sus senos y lo arrugó.

—Es… estoy segura de que probablemente no.

—«Segura» y «probablemente» son términos contradictorios.

—¿Es a eso a lo que has venido, a hablar de los términos?

—Tú me has llamado y yo he venido.

—Yo no…

—Sabes muy bien que esta demanda no vale nada —Morgan ilustró sus palabras tomando el papel arrugado de manos de Claudia y arrojándolo por el balcón—. No sé quién es tu abogado, pero voy a asegurarme personalmente de que quede excluido del ejercicio de la abogacía. Y en cuanto a los tipos que ha enviado a entregarme la demanda…

—Yo… ha sido Mark… esta mañana le sugerí… pero no pensaba seguir adelante con ello —Claudia no tenía intención de llorar, pero la perversa sonrisa que le dedicó Morgan fue demasiado para ella —.Te odio —susurró mientras él la tomaba entre sus brazos.

—Y yo también te odio.

La besó para demostrarle cuánto, y las lágrimas de Claudia se derramaron aún más deprisa. ¿Era aquello una ejecución o una absolución? Aún no lo sabía.

—Lo siento, lo siento, lo siento… —murmuró—. Estaba loca… tenías razón. Cuando perdí mi bebé, también perdí temporalmente la razón, pero incluso cuando la recuperé tuve miedo de enfrentarme a lo que había hecho. Sólo quería olvidar… todo… —se estremeció con el recuerdo—. Y… cuando volvimos a encontrarnos otra vez… no tuvevalor para decírtelo. Sabía que te asquearía… y tendrías razón, porque no había excusa. Pero iba a decírtelo el otro día… por eso fui a tu oficina. Nunca me habría casado contigo dejándote pensar…

—¿Que era un asesino de bebés?

—Oh, no, no digas eso… —Claudia tomó el rostro de Morgan entre sus manos y lo miró a los ojos, quedándose conmocionada al ver que estaban velados por el llanto—. Lo siento tanto —repitió, impotente—. Nunca me lo perdonaré. Y comprenderé que tu tampoco puedas hacerlo. Haré cualquier cosa que quieras para tratar de compensarte…

—Cualquier cosa excepto irte y dejarme en paz. La amarga ironía de Morgan fue demasiado dura de soportar. Claudia cerró los ojos.

—Incluso eso…

—¿Y si estás embarazada?

—Haré lo que quieras.

—¿Un aborto?

Claudia sintió que la sangre se le helaba en las venas ante la

perspectiva de una venganza tan cruel

—¡No!

—Entonces no harías cualquier cosa —¿cómo podía hablarle Morgan con aquella crueldad y a la vez seguir abrazándola tan cálidamente?

—No, no cualquier cosa —admitió Claudia con debilidad.

—Acabo de decirte que no me mientas.

—¡Trato de no hacerlo!

—Esfuérzate más —con la misma intensidad, Morgan preguntó —: ¿Me amas? Claudia apretó los dientes.

—¡Sí! —contestó con amargura. Morgan le tomó la barbilla con la mano, haciéndole alzar el rostro.

—¿Crees que yo te amo?

Se produjo un doloroso silencio. Claudia lo miró, llenando su corazón, sus sentidos y su mente con su esencia.

—Sí —dijo roncamente—. De lo contrario, no habrías vuelto a verme. Pero eso no significa que vaya a aprovecharme de…

Un furtivo brillo de risa brilló en los ojos de Morgan.

—Veo que ahora crees eso, duquesa, pero más adelante se convertirá en otra mentira más. Te aprovecharás de todas mis debilidades…

—Querer a otro no es una debilidad, Morgan —protestó ella, temblando con exquisito alivio—. Querer a otro te hace fuerte.

—Lo suficientemente fuerte como para conquistar los demonios de la duda —dijo él, deslizando una mano por la espalda desnuda de Claudia—. Incluso cuando te odiaba, no dudaba de que eras mía…

—Morgan…

—No, déjame decir esto para que no haya dudas, para que podamos dejar atrás esta pesadilla. Me gustaría mucho que estuvieras embarazada, pero lo estés o no, aún quiero casarme contigo. Te he perseguido y te he atrapado; no pienso renunciar tan fácilmente. No podemos cambiar los errores del pasado, pero podemos moldear un futuro mejor para nosotros, si los dos estamos dispuestos a hacerlo. En los últimos días me he dado cuenta de que el orgullo ha alimentado mi sentimiento de haber sido traicionado. He pasado los últimos días bebido y pensando cosas horribles, lamentándome por lo injusta que era la vida… ¿pero quién dijo que

no lo fuera? —Morgan alzó una mano y deslizó un dedo por el labio inferior de Claudia—. Esta mañana he vuelto al mundo real. Y he descubierto que seguía teniendo las mismas opciones que cuando leí ese informe médico: vivir contigo o vivir sin ti. Te conozco bastante bien y sé que, en el fondo, eres una romántica incapaz de hacer daño —inclinó la cabeza y deslizó la lengua por los labios de Claudia—. No querías herir a Nash, de manera que aceptaste casarte con él a pesar de tus dudas. No querías

herir a Mark, de manera que no le contaste lo que sucedió entre nosotros. No querías hacerme daño a mí, de manera que decidiste protegerme de descubrir algo que me causaría más dolor que alivio…

—Lo siento de verdad, Morgan…

—Lo sé. Yo también. Por el tiempo que hemos perdido. Probablemente te habrías dejado seducir por mí mucho antes si no hubieras tenido que proteger ese culpable secreto —murmuró él—. Cuando me han traído la demanda, he perdido los estribos y he estado a punto de golpear a esos tipos, hasta que me he dado cuenta de que no podías ir en serio… no mi apasionada y romántica Claudia. Me estabas diciendo que no te habías ido. Que seguías aquí para mí si quería aceptarte —apoyó la frente contra la de Claudia y la besó en la nariz—. Hicieras lo que hicieras, hace dos años me enseñaste una lección muy valiosa: que la vida es frágil y cada momento que tenemos es tremendamente valioso para nosotros y para quienes nos aman. Gracias a ti, volví a descubrirme a mí mismo —y a mi hijo… y mi capacidad de amar. Te quiero, duquesa, así que cásate conmigo y disfrutemos de la vida juntos. Te prometo que haré que te sientas tan querida, que olvidarás por completo todo lo malo que ha pasado entre nosotros…

Claudia ya se sentía maravillosamente querida, con la boca de Morgan acariciándola y sus manos moviéndose hábilmente bajo la fina tela de su body.

Su celebración fue personal y privada, pero tuvo un notable y prolongado efecto público.

Nueve meses después, la pequeña Sarah Stone vino al mundo en los estrechos confines de un Corvette clásico mal aparcado cerca de un hospital de Wellington, anunciando con su enrabietado lloro que tenía el genio de su padre y el talento de su madre para llamar la

atención.



SUSAN NAPIER (nacida un 14 de febrero en Auckland, Nueva Zelanda). es una popular escritora de más de 30 novelas románticas para Mills & Boon desde 1984.

Trabajó como reportera en el periódico «Auckland Star», donde conoció a su marido, Tony Potter, reportero jefe. Tuvieron dos hijos, Simon y Ben.

De sus novelas publicadas algunas se han traducido en más de 20 idiomas. *Romantic Times* ha descrito su trabajo como 'multi-capas' con 'bien definidos personajes y conflicto dominante'. Ha sido dos veces nominada para el premio *Romantic Times Reviwer's Choice Award*, en 1996 por *Una rubia muy especial*, y en 1997 por *La amante del novio*.